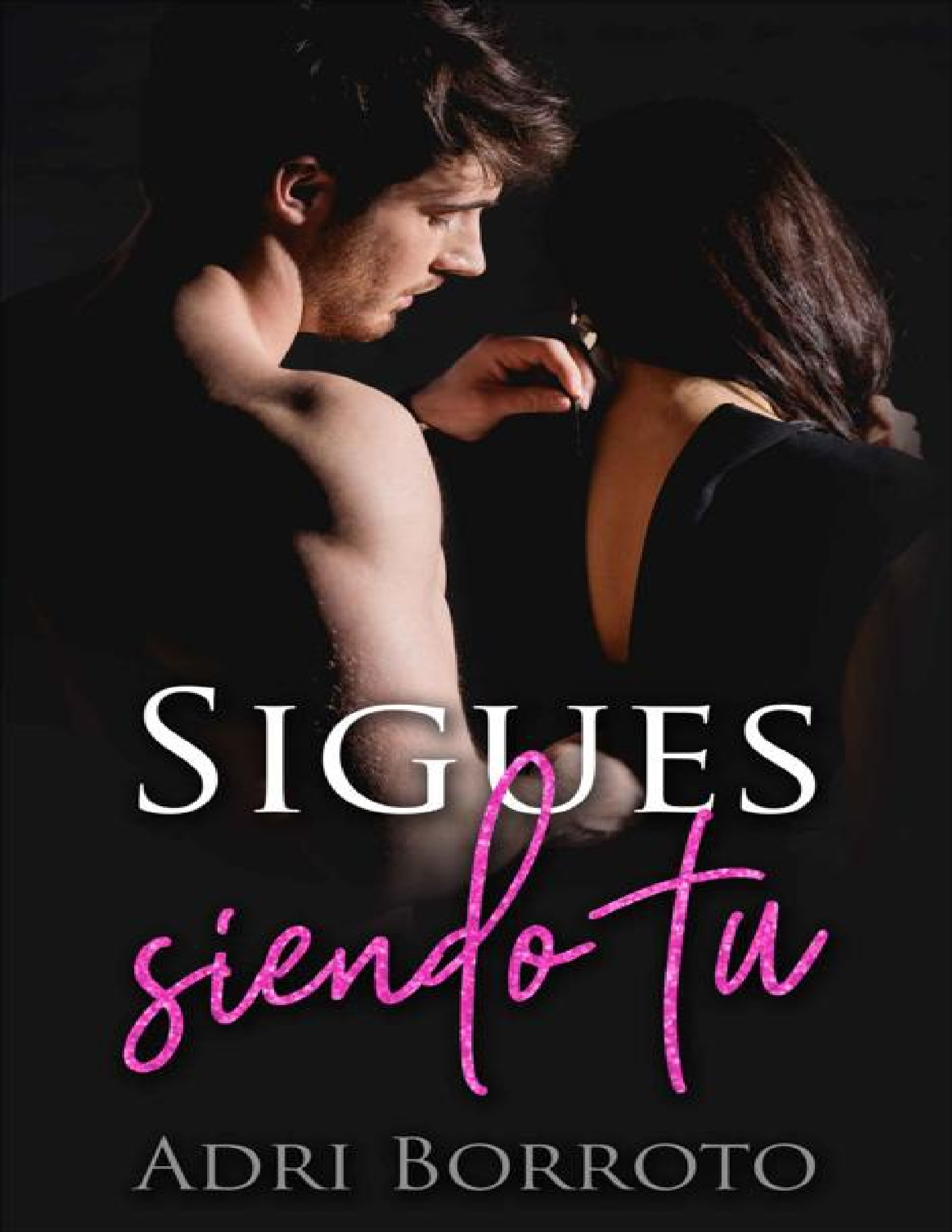

SIGUES
siendo tu
ADRI BORROTO

Sigues siendo tu

ADRI

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
Epilogo

1

ALEJANDRO

—Son nuestros —dijo.

Nuestros.

Nuestros.

Nuestros.

Míos.

¿Acaso hay diferencia?

Eres padre, cabrón.

—Nuestros —murmuré, notando cómo la palabra rodaba en mi lengua extraña y con un peso increíble.

Me atreví a mirarla por primera vez. Sus ojos eran dos lagunas, tanto que no pude distinguir su pupila.

Inspiré y expiré, con las manos sobre mi cintura y demorando escuchar la respuesta a una pregunta que no pensé que haría tan pronto:

—¿Soy padre?

Asintió y una lágrima se le escapó.

—Hablemos abajo, ¿sí? No quiero que se despierten.

La seguí escaleras abajo completamente fuera de mí. Al llegar a la planta baja, lo primero que hice fue tomarla del brazo y girarla hacia mí. Tomé su barbilla, obligando a que me mirase.

—Si son míos, ¿quieres decir que...? —Joder, no podía ni decirlo. Sentí que me ahogaba. Nadaba a la superficie, pero esta cada vez se notaba más lejos. Me faltaba el aire. Inspiré. El oxígeno no llegó a mis pulmones.

—Sabía que estaba embarazada cuando te fuiste, sí.

Ahí todo tomó sentido. Sí que la sangre es fuerte y llama; siempre supe que algo me ataba a este lugar, a ella. Caminé dando pasos lentos hasta que mis piernas chocaron con el sofá y me dejé caer. Escondí la cabeza entre mis piernas. La creí, seis años atrás la creí, pero me había mentido. Un sentido de culpa se apoderó de mí. Debí exigirle ver los resultados, debí ir con ella a esa cita médica. Nunca me odié más que en ese momento.

—No te preocupes —la escuché tan lejos que sonó a un susurro, o era ella aguantando el llanto—. No necesité tu ayuda antes y no la necesito ahora. —Su voz confiada. Elevé el rostro y la vi entre mis pestañas, su labio inferior temblaba y no sé qué vio en mis ojos, porque desvió la mirada.

—No me mires así.

—Creo que es mejor que me vaya. —Comencé a pararme y la vi asentir como si mi salida

confirmara algo que llevaba tiempo diciendo en su mente.

Le quería decir que no me iba, lanzar mi brazo a su nuca, traerla a mí, dejarla llorar en mis brazos, asegurarle que nunca más estaría sola, pero me sentía como una granada cargada, lista para explotar, y si me quedaba terminaría cometiendo un error y diciendo lo incorrecto.

Arrastré los pies hacia la salida con la cabeza baja, sintiéndome entumecido. Necesitaba procesar tal noticia, solo eso. Había tantas preguntas en mi mente que no me atrevía a hacer... ¿Por qué no me dijo? ¿Cómo se llamaban? ¿Se parecerían a mí? ¿Planeaba decirme alguna vez?

No recuerdo salir de la casa, no recuerdo despedirme, no recuerdo entrar en mi auto; recuerdo que encendí el coche, pero no pude marcharme.

Las imágenes de *esa* mañana pasaban por mi mente una y otra vez. Me culpé, culpé a esa obsesión enfermiza de no ver lo que tenía justo ahí, frente a mis ojos. Mientras yo me comía el mundo escalando cima tras cima, ella criaba a mis hijos *sola*.

Rompí en llanto. El tiempo no volvería. No importa quién seas, ni cuánto dinero tengas, hay una sola cosa que no tiene arreglo en la vida y es el tiempo perdido. Sentí ira, rabia, impotencia, tanto hacia ella como hacia mí mismo por ser tan hijo de puta, por no haber vuelto antes, por no intuir, por no creer que ella podría mentirme. Sostuve el volante del auto con tanta fuerza que el cuero se enterró en mi piel y me dejó llagas en la palma. Las quería ver sangrar como si eso fuera a quitarme el sentimiento de culpa.

Un grito agudo, ahogado, salió de lo más hondo de mi garganta, casi un reflejo de la impotencia que sentía. ¿Cómo no los vi crecer ?, ¿cómo podía ser que no los conociera? ¿Tan malvado fui con ella que me merecía que los escondiese así de mí? ¿O estaba recordando el pasado de una manera distorsionada? Si me arrancaran el corazón a sangre fría no dolería tanto.

El ruido de un camión escolar me despertó; ni noté que me había quedado dormido. Dos niños salieron corriendo de la casa tomados de la mano, con *el amor de mi vida* siguiéndoles el trote. El pequeño era un saco de huesos con uniforme, el pelo negro azabache acomodado a un costado; la niña, un poco más rellena, llevaba un moño alto peinado a un costado y rizos que caían por media espalda. Ambos se veían impacientes por irse.

Cristina los detuvo, se agachó, abrazó a cada uno y les besó en la mejilla. Los chiquillos se notaron malcriados y majaderos; la chiquita se limpió la cara al beso de su madre, ella les dijo algo a ambos al oído y al fin los dejó ir dentro del bus.

Me bajé del coche. Ambos observábamos el autobús marcharse y al darse la vuelta me notó, pestañeó y abrió los ojos en grande, sorprendida quizás de verme.

—Estás aquí —dijo.

—Dormí en mi auto toda la noche —le expliqué.

—Oh.

—No llevas abrigo, hace frío. —Se encogió de hombros. Intenté pasarle uno de mis brazos pero me esquivó dando un paso atrás y se abrazó a sí misma—. Entremos. —Odié mi voz autoritaria, es que necesitábamos hablar.

La vi con el ademán de dar media vuelta y pasar por mi lado, pero la tomé del brazo y la volví a mí.

—Cristina, tenemos que hablar. No puedes continuar ignorando lo que está frente a tus narices...

Ella al fin suspiró y asintió. La seguí adentro hasta la cocina.

Tomé asiento en una de las sillas de la isla de granito mientras ella se entretenía con la cafetera.

—¿Quieres café?

No sé cómo estuve tan ciego la noche anterior; ahí estaba la verdad: los calendarios escolares, los crayones sobre la meseta de mármol, libros de colorear esparcidos, un baúl de juguetes con una manta encima acomodados en una esquina en la sala, incluso el perro que dormía plácido en un rincón, ¿desde cuándo Cristina tenía perros? Les tenía pavor. ¿Cómo no vi nada de esto anoche? Quizás el ciego en toda esta historia siempre fui yo.

—¿Por qué no me dijiste? —Fui directo al grano, no estaba para más juegos.

—Simple: no los querías y yo sí. —Su respuesta me supo tan amarga y negra como ese café que se preparaba.

—¿Esa es tu explicación?

—Si te da positivo haz que te prescriban mifepristone y termínalo. ¿Quieres más explicación que esa? No me jodas, Alejandro.

—¿Eso te dije?

—¿Acaso no te acuerdas?

Juro que no recuerdo decirle eso. ¿Tan metida tenía la cabeza en el culo esos días? ¿Cómo no lo vi? «Los ignoraste, cabrón», dijo esa voz en mi cabeza.

—¿Ese día que volviste? ¿Lo sabías?

Ella asintió.

—Sí, pero no sabía que tendría mellizos.

—Aun así, ¿por qué no me dijiste?

—Ya salías, tenías un vuelo. —Soltó el suspiro más hondo que jamás he escuchado, sus manos apretaron la esquina de la península tan fuerte que sus nudillos se volvieron blancos—. Te ibas y no quise arruinarte la vida. Mírate —señaló entre nosotros con la palma abierta—, eres uno de los mejores cirujanos *del país*, ¿crees que habrías logrado eso con dos chiquillos y yo? Te hice un favor, y ya te dije: no te preocupes, no necesité ayuda antes y no la necesito ahora.

Me quedé atónito. No sabía cómo responder a aquello. ¿Qué quería que le dijese?, ¿que le agradecía?, ¿que todo estaba bien?

—Debiste decírmelo.

—¿Habría cambiado eso algo?

Mierda, cómo hubiese querido tener otra respuesta en la punta de la lengua, pero era mejor no mezclar más mentiras en la historia.

—El Alejandro de aquel entonces no es el mismo que tienes enfrente —fue lo único que me atreví a decirle, porque era la verdad: no me sentía orgulloso del yo de antes, ese al que solo le importaba ascender en su carrera, da igual quién se quemase en el proceso.

—¿Quién dice que esta vez será distinto? —Sabía que se hacía la fuerte, me daba la espalda concentrada en terminar el café.

—Porque aún te amo como te amé la primera vez que te vi… —La escuché dejar de respirar. Mi respuesta le afectaba, se notaba. Fui a ella y me detuve justo detrás, esperando que se diese la vuelta…

Además,tenemos dos hijos; ahora es «ellos», no más «nosotros», lo que queremos nosotros ha pasado a un segundo plano… Tenemos que funcionar, por ellos…

Joder, una ansiedad rara se asentó en la boca de mi estómago mezclada a la vez con una alegría extraña. Teníamos dos hijos.

—A nuestra relación le faltó mucha madurez y mucha mucha comunicación, pero ya no somos niños, Cristi, no podemos actuar igual que antes, ignorando la verdad y resguardándonos en el rencor, viviendo en el pasado, siendo egoístas. —Suspiré porque perdíamos el tiempo discutiendo, buscando una explicación, enfadándonos, exigiéndonos el uno al otro, culpándonos

uno al otro. Podríamos comenzar a cambiar el rumbo de nuestra historia.

La tomé de la cintura y le hice darse la vuelta, sus ojos aún no se atrevían a encarar los míos.

—Sé que me odias, Ale… —lo dijo tan bajo, tan en un susurro, que si no estuviese entrenado a leer su mente no lo habría escuchado.

No, eso nunca. Ahí se equivocaba; más bien me odiaba a mi mismo, nunca podría odiarla, ella solo reaccionó, tomó una decisión que no me dijo, que omitió. Aun así, el que debería arrodillarse a sus pies y pedir perdón era yo. El hecho de que tuviéramos dos hijos y no me lo hubiera dicho no cambiaba que yo fuera el hijo de puta que causó todo este problema. Un vagabundo en busca de ella, su hogar. Más bien, la admiraba, le agradecia; si no fuera por ella, ahora no tendríamos dos increíbles hijos. Me odiaba a mí mismo por ser tan ciego y no ver, por no intuir. Saberla sola criando a mis hijos me causaba una ira grandísima, y me sentiría agradecido por la eternidad.

Di dos pasos al frente y la envolví en mis brazos, uno de mis brazos alrededor de su cintura y el otro tomando su barbilla. Incliné su rostro hacia atrás para que puediese verme. Tenía los ojos enrojecidos, humedecidos y cansados.

—No podría odiarte, eso nunca… —Limpié una lágrima que se atrevió a rodar por su mejilla —. Nada de esto cambia el futuro, más bien lo cimienta.

—Anoche dijiste que te ibas, y desde que regresaste siempre vi esa conclusión. —Su pecho subió, bajó, y un suspiro escapó entre nosotros—. Que, en el momento en que lo supieras, te irías.

Oh, eso era lo que la asustaba, que la abandonara *otra vez.* Quise abrazarla, besarla, tomar su rostro en mis manos, besar sus labios. Sabía que unos momentos pasionales no le dirían nada, solo lo haría el tiempo, estar presente y demostrarle que no iba a ningún lado, que estaría aquí, donde siempre debí estar, que pasaría las malas y las buenas con ella. Solo el tiempo lograría convencerla.

—Anoche —comencé a explicarme— necesité espacio, llorar a solas, gritar a solas, procesar. Nada cambia, volví porque eres mi vida y me quedo porque siempre lo serás, ahora mucho muchísimo más que antes. Sé mi mujer, mi esposa, la madre de mis hijos... Me perdí seis años de sus vidas, cariño, pero podemos rectificar los próximos cuarenta o cincuenta años, ser los mejores padres... Por favor. —Se me hizo un nudo en la garganta, la mirada nublada—. Los recuerdos se han esfumado; sus primeras palabras, los primeros pasos... Pero puedo estar ahí para los años de adolescente, para lo bueno, para lo malo, para ayudarlos a mudarse a la universidad, para llevar a Isabela del brazo en su boda, para llorar con ellos, para sonreír con ellos... —La voz se me quebró y juro que me bebía las lágrimas—. Te robaste el pasado, pero, por favor, te lo suplico, no te robes el futuro... Sé mía.

Sus ojos se aclararon como el cielo después de una tormenta, pero aún quedaba la duda y aunque su suspiro me sonó a alivio, sus manos temblaban. No estaba lista para darme una respuesta, y eso me asustó. Si Cristina decidía que no éramos nada, yo viviría con un permanente espacio vacío en mi corazón. No la buscaba otra vez por vanidad, ni por el ego de lo que una vez perdí, sino porque que vivir no era vivir, que el aire que respiraba era espeso y carente de oxígeno sin ella a mi alrededor.

Me incliné despacio, sus ojos sin dejar los míos, largas pestañas húmedas adornaban esos bellos ojos caramelo que adoro. Casi podía saborear su aliento en la punta de mi lengua cuando la puerta principal nos sobresaltó al abrirse. Maldije por lo bajo.

—Oh, ¿aún estás aquí? Pensé que ya te habrías ido al hospital, mira a quién me encontré. — Al vernos, la recién llegada calló de súbito y nos miró a ambos con cierto interes.

Cristina al fin habló tras dar un paso atrás y poner distancia entre nosotros:

—Anita. —Su voz sonó seca. La recién llegada se conocía la cocina, porque aprovechó para servirse del café que habíamos dado por olvidado—. Te presento a Alejandro, el padre de los niños.

El silencio que se hizo fue largo e incómodo hasta que la señora lo rompió con un:

—Oh. —Su semblante cambió, ya no tenía la mirada juguetona ni la sonrisa, y me miraba seria y decepcionada—. Un gusto, Alejandro, qué bien que *al fin* lo conozco. Pero, si te soy sincera, esta lo que necesita es un marido, ¿no tienes uno por ahí?

—Anita —la regañó Cristina—. ¿Qué pregunta es esa?

—Lo siento. —Se mordió el labio inferior y me miró—. No tengo filtro, es mi peor cualidad. No sabía que estuviesen en malos términos.

—Anita.

—No, está bien, es refrescante —me apresuré a intervenir—. Y no estamos en malos términos, o al menos eso intento yo. No quisiera que el puesto de *marido* caiga en ninguna otra persona. —Lo último lo dije mirando directamente a Cristina.

—*Oh là là* —respondió la señora. Sonreí a Cristina, que me miraba petrificada, asombrada y con la boca abierta.

«Te amo y no me importa quién lo sepa», le decían mis ojos.

—Sorpresa.

Los tres nos volvimos a la voz que provenía de la puerta. La madre de Cristina se dirigía a nosotros en la cocina, venía arrastrando lo que podría ser la más grande valija que he visto en mi vida.

—Por cierto —dijo Anita—, se me olvidó decirte: recogí a tu madre en el aeropuerto.

—¿Y por qué no entró contigo? —Cristina rodó los ojos, negó, inspiró y se recompuso al instante, su incomodidad solo visible para mí. Hasta su tono de voz cambió a una melcocha de azúcar quemada—. ¡Ma!

—Si Mahoma no va a la montaña, pues... —La señora abrazó a su hija con un solo brazo rodeándole los hombros y dio un beso al aire; muy superficial, si me preguntas. Parecía que no me había reconocido de lejos, pero cuando estuvo mucho más cerca se detuvo, elevó un dedo y pestañeó.

—¿Alejandro?

Asentí.

—Elena, ¿cómo está?

—¿Estás de vuelta? —Con la misma, se dirigió a su hija—. ¿Está de vuelta?

—Sí, estoy de vuelta.

No me gusta cuando las personas hablan sobre mí como si yo no estuviese presente.

Cristina y yo necesitábamos hablar a solas y ya había notado que eso no pasaría, así que decidí que lo mejor era irme y regresar luego. Comencé las despedidas. Elena aún me miraba como si viese un fantasma, ¿qué le habría dicho la hija de mí? Yo, por supuesto, era el malo de la película. No me importó que tuviéramos audiencia ni lo que pensasen: retiré un mechón del rostro de Cristi y lo situé detrás de su oreja, con mi otro brazo rodeé su cintura y la atraje más a mí. Acuné su mejilla, dejando a mis dedos acariciar su piel suave. Sus ojos eran puro pánico, una advertencia en ellos. En el último momento decidí besar la comisura de su labios, aunque moría por besar su boca.

La liberé y al darme la vuelta Anita me observaba con corazones en los ojos; Elena, por su parte, me miró con la frente arrugada y una mueca en los labios, como si en un momento

cualquiera fuese a lanzarme un cuchillo. Me despedí de ambas y salí, no sin antes observar a una Cristina inmóvil.

2

Cristina

«Creo… que es mejor que me vaya». Esas palabras rompió mi corazón en una millonada de pedazos. Las había anticipado, pero aun así me destrozaron, no estaba tan preparada para escucharlas como pensé. Lo que había previsto que pasaría cuando Alejandro se enterase que tenía dos hijos pasó. Se fue mucho más rápido de lo que toma decir «adiós».

No pegué ojo en toda la noche observando a mis dos hijos, tan pequeños y ajenos a que la vida no es libros de colores, ni lleno de fantasías con finales felices, ni legos de construcción, ni magia. La vida real es dura, durísima.

Me juré que no dejaria que Alejandro continuara rechazándonos, que reiniciaría mi vida. Ya era hora. Además mis hijos y yo nos merecíamos el sincero amor de alguien.

Debí de quedarme dormida en la madrugada, ya que Iza me despertó. Observé a mi alrededor, sobresaltada y aturdida.

—Ma, que vamos a perder el autobús.

«Mierda», maldije por dentro.

Puse mi mejor sonrisa, suspiré y me observé desde fuera. Apurada, lavé las manchas que dejaron mis lágrimas en mi rostro la noche anterior. La nariz roja y los ojos enrojecidos podrían pasar por mal dormir, o alergia, eso diría en el trabajo. Corrí detrás de Alexei para que se lavase los dientes, una tarea que siempre me daba un poquito de trabajo.

—Vamos, nene, por favor —supliqué.

Usualmente lo hacía como un juego para él, pero no teníamos tiempo. Los ayudé a vestirse, aunque Iza me puso mala cara porque estaba en su fase de «lo puedo hacer sola», pero si la dejaba no terminaríamos nunca.

Ya vestidos ellos, bajamos corriendo las escaleras, la madera crujiendo a mis pies. No soy de hacer desayunos elaborados, no son lo mío, me recuerdan a momentos del pasado, a cierta persona que convirtió los desayunos en una pesadilla. Solo pensar en panqueques y sirope de arce me causa arcadas. Suelo tomar nada más que un café negro mientras mis hijos comen fruta fresca: fresas, bananas, arándanos, piñas y mangos. Bueno, es una sorpresa que a Alexei le gusten todas, porque es muy quisquilloso al comer, pero aún no he logrado que Iza se coma una banana, a no ser que se la bata o se la esconda en un licuado.

Las ruedas del autobús rechinando contra el pavimento me alertaron. Cinco minutos más tarde ya salíamos, gracias a que las mochilas estaban listas de la noche anterior. No importa lo tarde que fuera, me di un segundo: respiré, me agaché y besé a ambos, que se limpiaron mis besos. Antes podía comérmelos a besos y no hacían esas muecas de asco; más bien, reían con cachetes rosados. Estaban creciendo muy rápido. Alexei casi me llegaba por la cintura. Se me

encogió el corazón, no estaba lista. Los quería pequeños para siempre. Me disculpé con la conductora por la espera y ella solo sonrió.

—No hay ningún problema, nos pasa a todos. Ten un buen día.

No me gusta mucho la idea de que vayan al cole en autobús, preferiría llevarlos yo misma, pero desafortunadamente no tengo tiempo. Mi reloj de mano me alertó de que necesitaba respirar. Me había comprado uno de esos inteligentes y no paraba de querer dictarme la vida. Aun así, respiré dejando mi caja torácica subir y bajar y observé el autobús doblar la esquina. Al darme la vuelta, lo vi esperándome de pie en el pavimento con las manos en las caderas, un aura sombría y una rara expresión en el rostro más allá del cansancio; era una mezcla de arrepentimiento, pena y desesperación.

Sentí palpitaciones, como si mi corazón lo reconociese. Creaba una atracción magnética que volvía a mi corazón esclavo del suyo y me convertía en un satélite bajo su órbita. No importa lo fuerte que me haga, ni lo que me diga internamente, en cuanto aparece todas mis convicciones se me van a los pies. Rompo al instante las promesas que me hago a mí misma.

Dio dos pasos hacia mí, luego tres, hasta quedar frente a frente sin casi separación entre nuestros cuerpos. Aun así, seguía existiendo un secreto a voces entre nosotros; la verdad volvía como un tren a toda velocidad, y no había manera de detenerla.

Entramos y discutimos, quizás por primera vez, como adultos. Me pidió ser suya de nuevo, ser una familia. No pude responder porque justo antes de que pudiese hacerlo llegó Anita, que una vez por semana se encarga de ayudarme con las compras. Me alegré por la interrupción porque estaba tan hechizada que casi cometo el error dejarme conquistar, de ponerme la venda sobre los ojos y decirle que sí. Tenía los pies al borde del precipicio, lista para lanzarme con él, y pestañeé para obligar a mi cerebro a no escuchar a mi corazón, que palpitaba y se ahogaba por él.

Si queríamos sobrevivir, debíamos ir lento, era lo mejor para todos. No podemos comenzar a jugar a las casitas cuando la vida de mis hijos estaba en juego. Su pequeño discurso y su intención de estar en la vida de sus hijos me causó recelo; soy una osa polar con mis hijos, sea eso bueno o malo. Le tengo miedo al cambio, pero así es la vida; no voy a poder controlarlo todo, esto quizás tampoco, pero sí atrasar.

¿Y si no funcionamos? No quiero causarles más daño. Me imagino la montaña rusa que serían los traumas que podríamos crearles: primero, no tienen padre; luego, lo conocen y lo pierden, porque este decide que eso de tener hijos no es lo suyo, que es mucha responsabilidad, y se va a continuar su vida. Digamos que dejo que Alejandro entre en mi vida, comenzamos algo, lo tienen como papá, se acostumbran a vernos juntos, a tener una familia, y un día decidimos que no funcionamos y tienen que vivir una dolorosa separación o, peor, un divorcio, si es que llegamos tan lejos como al matrimonio.

Él debió de sentir mi indecisión. Dio un paso hacia mí, sin importarle nuestra audiencia, como un puma marcando territorio. Tragué en seco. Sus ojos no dejaban los míos y se hizo el silencio en el mundo exterior. Abrí la boca para objetar a lo que sea que planeaba ese cielo turbio de sus ojos grises. Mi voz no salió, mi corazón ganándole a mi mente. Perdí todo sentido, solo existía su mirada anclándome a él. Llevó la mano a mi rostro. El suspiro que salió de mí fue un reflejo ocasionado por la exquisita sensación de su piel quemándome, su pulgar acariciando mi mejilla, la yema de sus dedos torturándome, deteniendo el tiempo en un caricia, alargando nuestro contacto. Mi corazón brincó dentro de mí como un pajarito encerrado, rogando a mi mente que se lanzara, que se dejara ir.

Lo vi agachar la cabeza. Pensé que me besaría y abrí los ojos en grande, horrorizada y como

advertencia. No había nada que yo pudiese hacer para evitarlo porque sus ojos me inmovilizaban, me guardaban, me hacían suya sin siquiera tocarme. Sus labios hicieron contacto con mi mejilla en el más sutil beso, tan lleno de pasión que me tentaban, me calentaban, causaban el efecto buscado; tanto, que quise lanzar mis brazos alrededor de su cuello, tirármele encima, envolver mis piernas en su cintura y rogarle que me besase de una manera más apropiada. Su sonrisa pícara sabía exactamente lo que hacía, solo calentaba el «horno» jugando a hacerse el inofensivo cuando ambos sabíamos quién era de verdad: el amo de todos mis deseos y necesidades. Maldita sea.

Al marcharse, el telón cayó. No me atreví a mirar a mi madre ni a Ana a los ojos. Me ardían las mejillas, así que pasé rápido por su lado y subí de dos en dos las escaleras. Terminé escondiéndome en el cuarto de baño con el pretexto de que se me había hecho tardísimo para el trabajo.

—Ma, no tengo tiempo para preguntas —le informé cuando la sentí abrir la puerta. Mi madre nunca ha escuchado ni entendido la palabra «privacidad».

—Ducharte no te impide hablar, Cristi. —Rodé los ojos a su lógica—. ¿Es ese?

—¿Mi exnovio de la escuela de medicina? Sí. Mierda, me cayó jabón en el ojo. —Intenté abrir el ojo en el agua, pero el ardor no se iba.

—Guau.

—Ma, si tienes algo en la cabeza, solo dilo. —Era mejor no esperar, porque la conozco y sé que se destapará en el peor momento—. ¿A qué te refieres con «guau»?

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

De veras que no quería responder a esa pregunta, pero suspiré.

—Casi una semana.

—¿Casi? ¿Semana? ¿Vas en serio, Cristi? ¿Y ya te besas con él, así de fácil? Se va, vuelve y tú olvidas todo, ¿así sin más?

—Ma, fue un beso de despedida en la mejilla. —Ni yo misma me creí lo que decía.

—Sí, claro, yo no vi cómo te vuelves nada delante de él. —Su tono era sarcástico—. Me preocupas, en serio que me preocupas. No puedo creer que en seis años no haya aparecido un hombre mejor que la plasta de mierda esa.

—No lo llames así. —Sentí ira porque ella no tenía derecho a hablar así de él solo por sus ideas preconcebidas de que era un «niño rico» y por haberlo conocido hacía años durante unas horas. «Tiene que haber alguien más», fue exactamente lo que me dijo cuando lo presenté como mi novio. Ale me sorprendió con un viaje a Miami por nuestro primer aniversario, y ahí conoció a mis padres. Incluso si les hubiera llevado a un Kennedy a casa, ningún hombre sería suficiente para su única hija, y que tuviese dinero parecía ser mucho peor. Mi madre me pidió, no, me rogó que fuera despacio, que «los chicos de esas familias no terminan con chicas como yo». En aquel entonces le respondí que veía muchas telenovelas, que la vida real no era así, pero después de nuestra separación y la manera tan cruda en que Ale me exigió abortar no supe si ella estaba tan equivocada. Sus ideas ayudaron a cimentar esa sensación de inseguridad en nuestra relación, el miedo de que un día todo se volvería humo, de que no era suficiente para él.

Volver a ver la desaprobación en los ojos de mi madre aquella mañana solo sirvió para que todos esos sentimientos regresaran.

—Es el padre de Alex e Iza. —Pensé que al revelar esa información todo cambiaría, pero su silencio era un arma de doble filo.

Nunca les dije quién era el padre de mis hijos, ellos solo sabían que se había ido; creía que habían asumido que mi ex de la escuela era el padre.

—¿Acaso no lo sabías? —Cerré la ducha e hice malabares para obtener la toalla sin abrir la cortina. Su expresión me volvió muda, me miraba con la boca abierta y como asustada—. No me mires así —le exigí y eso pareció sacarla de su trance.

—¿Cómo te miro? ¿Cómo pudiste ser tan tonta de embarazarte de ese hombre?

—¿Ese hombre? —repetí sus palabras asintiendo a la vez que me secaba.

—Nunca nos has dicho nada de nada de tu vida.

«Oh, madre, esa es una calle de dos vías».

—Todo lo que hago para ti está mal, si quiero estudiar medicina está mal, si quiero irme a otro estado para salir de tus garras obsesivas está mal. —Me arrepentí de decir esto en cuanto las palabras salieron, sus ojos se notaban heridos—. Vamos, madre, ¿y tú me has dicho alguna vez de la tuya? Ni siquiera sabía que tenías problemas con mi padre, me dijeron que se están divorciando sin más.

Se la notó apenada. Jugó con las manos, bajó la vista al piso.

—Lo hago para protegerte, Cristina.

—Soy adulta, madre.

—Entonces, demuéstralo. Piensa bien lo que vas a hacer, no vuelvas con el hombre que una vez te hizo sufrir y te abandonó...

—Nunca le dije que tenía hijos...

Y, como la cobarde que soy, tomé ese momento para salir a mi cuarto y entrar al guardarropa en busca del uniforme.

—Por favor, dime que no dijiste lo que acabas de decir, porque no te creo.

—Exactamente como lo oyes, él no sabía nada hasta ayer.

—Maldición, Cristina. Vendrán por ellos, te los pueden quitar, lo sabes, ¿verdad?

Moví la cabeza en un sí leve, porque no quería creer que algo así pudiera pasar.

—¿Cómo se te ocurrió hacer algo así?

No sé, madre, porque no estaba pensando con la cabeza en ese entonces. Solo reaccioné. No sabía el poder que tenía como mujer, quizás. No sé muchas cosas.

—¿Y ahora? —preguntó, sus labios eran una línea sin expresión.

—No sé, él dice que se queda.

—Oh, porque la palabra de un hombre vale mucho. —Sonrió con sarcasmo.

—Ma, no sé qué pensar.

—Joder, Cristina, si quiere ser padre déjalo ser padre. Llévalo a juicio, consigue una manutención para tus hijos, pero porque sea el padre de tus hijos no tienes que dejar que…

—... Lo amo —la interrumpí, sorprendiéndome de lo fácil que me salió decirlo, ¿sería que de veras lo amaba o solo lo decía para callarla? Me sentí muy confundida.

—Entonces estás jodida. —Nos quedamos mirándonos en silencio porque ambas creíamos que teníamos razón. Se le escapó un suspiro.

—Tengo que ir a trabajar, ¿vas a estar bien? —Le apreté el brazo de manera afectuosa y ella asintió.

—¿Tienes mucha ropa para lavar?

—Ma, no tienes que hacer nada.

—No, Cristina, sabes que necesito estar ocupada.

Sabía que era como hablar con la pared. Cuando volviera a casa me encontraría alguna que otra sorpresa; la otra vez fueron todos mis cajones reorganizados hasta tal punto que no encontré

mis camisetas favoritas, ni mis bragas de encaje. Suspiré, observando el orden en el desorden de mi armario. Pasaría semanas sin encontrar nada. Mi madre no respeta ningún tipo de límite, no importa que pongas dos estados entre ella y tú. Ni quise preguntar por cuánto venía, porque vi la valija en el centro de la sala de estar y supe que serían meses y que necesitaría un milagro para sacarla de casa.

La alarma de mi móvil nos interrumpió. Siempre la pongo para saber que si suena y no estoy en mi auto no llegaré en tiempo. Dejé a mi madre sentada en el borde de mi cama y le dije que nos veíamos a la noche, aunque lo más probable era que ya estuviera durmiendo cuando yo regresase del hospital. Siempre terminaba durmiéndose viendo telenovelas que le llenaban el cerebro de musarañas. Bajé a la cocina lo más rápido que pude.

—Anita, ¿me puedo llevar tu auto?

No me escuchó, tenía los AirPods puestos y observaba el *tok* mientras cocinaba. Le toqué en el hombro y se sobresaltó. Se retiró uno del oído.

—¿Me puedo llevar tu auto? —repetí.

—¿Y qué pasa con el tuyo? —Sabía que lo preguntaba solo por curiosidad, no era la primera vez que recurría al suyo.

—El mecánico dice que cuesta mucho arreglarlo, que mejor me compre otro.

Peter, mi coche, había tosido su último aliento a pesar de que tenía una batería nueva gracias a Sam y el mecánico había hecho todo lo posible.

—Busca mis llaves en mi bolso, mi novio puede pasar a por mí.

—¿Novio? —¿Desde cuándo tenía novio?—. Mierda, es tarde, hablamos luego...

Gracias a Dios, había dejado las llaves de su auto sobre el sofá al entrar, porque si hubiera intentando buscar en su bolso nunca habría llegado al trabajo.

3

Cristina

Horas más tarde, mi estómago rugía ante el exquisito olor a comida del único Starbucks cercano al hospital.

—Algo apesta aquí. —Amy arrugó la nariz.

—¿Qué? —Pestañeé ante su comentario. Mi mente no estaba allí con ella, estaba en las palabras de mi madre y en el hecho de que era lunes, el peor día de la semana; ¿por qué no se votaba para eliminarlo del calendario? Suspiré. Nada olía mal, era el típico olor a café y a horneados. Amy arqueó las cejas y ahí caí en que solo intentaba sacarme de mi trance.

—¿Todo bien? —preguntó—. ¿Te pasa algo?

Moví la cabeza de lado a lado. No podía decirle *todo* lo que me pasaba porque me daría un discurso, igual que mi madre.

—Los lunes son difíciles; más aún ahora que la clínica se ha inundado con las últimas lluvias y no se sabe cuándo abrirá otra vez —terminé diciendo.

Un lunes al mes voy como voluntaria a pasar consulta en uno de las pequeñas clínicas de la ciudad donde van pacientes de bajos recursos que no tienen seguro médico. La mayoría son inmigrantes recientes, vagabundos, o adictos. Mi amiga me rodeó del brazo para acercarme un poco más a su costado.

—No sé cómo lo haces, pero te admiro.

—Es frustrante porque no puedo hacer nada, solo esperar a que algún donante sea caritativo y nos ayude a arreglarla. A veces quisiese tener mucho dinero para hacer más, ayudar mas.

—Habla con Sam, quizás él te pueda ayudar a encontrar donantes. Por cierto, tiene un pequeño *crush* contigo.

—¿Te refieres al doctor Carrera? ¿El director del hospital? ¿Nuestro jefe?

—¿Por qué tienes que ponerle trabas a todo? —Usó un tono brusco.

—No le pongo trabas. —Me encogí de hombros—. Solo constato los hechos: él es el jefe y yo una subordinada.

—¿Y?

—¿Un *crush*?, ¿en serio? Amy, no estamos en secundaria, ¿de dónde sacas eso? Además, seguro que está casado. —Me reí ante sus ocurrencias, siempre viendo fantasmas donde no los había. La cola avanzó y nos movimos; pasaban de las tres de la tarde y ninguna de las dos había almorzado aún.

—¿En serio? ¿Casado? ¿De dónde sacaste eso?

—Un hombre así…, ¿soltero? —Moví la nariz de lado a lado—. Lo dudo.

—Tonterías.

—Bueno... —Titubeé, no sabía si debía contárselo o no—. Me ayudó a cambiar la batería del auto la semana pasada.

El grito que soltó mi amiga y el brinco que dio atrajeron miradas incómodas. Negué poniendo los ojos en blanco. Era única para reaccionar así.

—¿Y lo dices así, tan calmada? Me imagino que se remangó las mangas de esas camisas a cuadros que lleva, tiene unas manos increíbles, no creas que no he notado cómo te mira.

—¿Cómo me mira? —Para colmo, era cómica la niña—. Solo lleva de director unas dos semanas y ya estás creando fantasías entre él y yo.

—Tú no lo ves, pero cuando entra a la guardia por las mañana te busca con la mirada, lo he notado.

—Mentira. Por favor, no armes intrigas, te digo que está casado.

Si Sam hubiese aparecido antes, quizás, pero ¿a quién quería engañar? Siempre los comparaba a todos con él, y es que ninguno lo superaba. Él me había vuelto adicta; adicta a las mariposas en el estómago, a su olor, a su boca, a sus ojos que me miraban como si estuviese hecha de azúcar. Sentí mi piel arder y me llevé la mano al cuello, febril; si cerraba los párpados notaba la presión de sus labios en mi piel, ese beso aún quemando mi mejilla.

—Si tú lo dices. A ver, dime, ¿cuándo te arregló el auto? ¿Se quitó la camisa? ¡Dime que se quitó la camisa! —me murmuró al oído.

—¡Amy! Eres una mujer casada, por Dios... ¿Y para qué va a necesitar quitarse la camisa para cambiar una batería?

—Lo sé, tonta. —Suspiró—. Toda mujer casada vive a través de sus amigas solteras.

—¿Estáis bien Andrew y tú?

—Tan bien como una pareja de casi diez años puede estar, aburridos y en la monotonía.

—Eso no me suena a «bien».

Era urgente que hablásemos, pero no era ni el momento ni el lugar. Además, al fin habíamos llegado casi a pedir y podía oler el increíble aroma del café. Si soy sincera, prefiero las cafeterías a pequeña escala y locales, estas corporaciones son todas iguales. Pero Starbucks era la única en el hospital, y no había tiempo para salir.

—Por cierto —la conozco, esa es su frase favorita para cambiar de tema—, no pudimos hablar ayer por la mañana. —Se refería a mi regla de no hablar de mi vida romántica delante de mis hijos—. ¿Cómo te fue en la cita el sábado?

—Increíblemente aburrida, casi te llamo para que me saques del apuro, que inventases una emergencia o qué sé yo.

—Entonces nada, aún eres virgen. —Esto último lo dijo un poco más alto y me molestó su tono burlón. Bajé la mirada al piso, las personas a nuestro alrededor me miraban y quise decirles que tenía dos hijos. Elevé los ojos a ella como diciendo «¿en serio, Amy?».

—Joder, no decía literalmente —explicó con una voz como si hablase con una niña de dos años, y me susurró al oído—: No importa lo aburrido que sea el hombre, quizás en la cama es diferente, debiste de darle una oportunidad.

No podía contarle la verdad, que Ale apareció e interrumpió mi cita y que desde que regresó había puesto mi vida patas arriba y cambiado todo lo que creo y lo que pienso, nublándome la mente. No se lo podía confensar porque me regañaría como mi madre.

Ella sin embargo tomo mi silencio como una afirmación, abrió los ojos en grande

—Oh, Dios. —Su voz ya iba perdiendo los tonos sutiles y discretos—. Sí te acostaste con él. —Pestañeé y tuve que recordarme que se refería a Michael, no a Ale. Me pasó el brazo por el hombro con una sonrisa orgullosa—. No te creía capaz, pero me alegro. ¡Al fin!

—No, mujer, que no pasó nada, te lo juro.

—No tienes que jurarme, te creo. Y no te gires, Alejandro está dos personas atrás en la fila y te mira; bueno, a tu trasero, como si fuera un dulce.

Intenté hacer caso a mi amiga, hacerme la fuerte, pero a su mención mi corazón dio un brinco. Además, su mirada me quemaba la nuca. Me viré levemente, tímida, le miré sobre mi hombro y su mirada me atrapó. Sus ojos me gritaban todo lo que confesó aquella mañana, ese «aún te amo, Cristi», y era como si pudiese escuchar su voz suave, melódica. Mentiría si dijera que podía escapar de él, ni aunque cerrase los ojos huía de su efecto. Mis ojos se fueron a sus labios; él sacó la lengua y se los humedeció. Joder, ese gesto me llegó a las bragas. Moví la cabeza a modo de negación despacio, rogando por clemencia en nuestro lenguaje silencioso, a lo que él respondió riendo con esa sonrisa juguetona que no dejaría de sorprenderme nunca, enamorarme, volverme loca, hechizarme.

Me tocó hacer el pedido, lo usual: un café latte con vainilla y un pastel de maíz. La dependienta me entregó el pastel envuelto en un papel y me alejé para dejar que la fila se moviera. Amy hizo su pedido y se unió a mí.

—¿Está bueno?

Me encogí de hombros.

—No sé. —El sabor a pan de maíz explotó en mi lengua—. Cuando se tiene hambre todo sabe increíble. —Amy siguió mis ojos hasta Alejandro, tres personas por detrás.

—Verdad, pero que no se te olviden las diarreas después…

Mi móvil vibró con un mensaje de texto en mi pantalón y lo saqué con dificultad.

Desconocido: Lo que daría para que mis labios fuesen ese pastel.

Yo: ¿Cómo tienes mi número?

Añadí unas caritas de sorprendida y confusa.

Desconocido: Nunca lo cambiaste, me lo sé de memoria.

Cierto, no llegué a cambiar de número; sin embargo, él sí cambió el suyo. Eso me hizo sentir más que estúpida, ridícula. De seguro me creía una Penélope, quizás esperando que un día apareciese su voz en mi buzón. Sentí ira. «Mírame, soy tu amor, regresé», tarareé en voz baja la canción en forma de burla. Mi estado de ánimo cambió por completo y la venda rosa de mis ojos cayó. Muchas señales me gritaban que fuese con cautela. *Hasta ahora no has sido tú quien decidía la narración de esta historia, sino él.*

La fila se movió tanto que le tocó a él hacer su pedido. No necesitaba escucharlo, era un café negro sin azúcar. Aburrido. Al unirse a nosotros, nos saludó con besos en la mejilla a ambas.

—¿Doctor Cortez ? —Amy le habló con voz áspera y formal, sin el tono amistoso que solía usar con él durante la carrera—. ¿A qué se debe esta maravillosa sorpresa? —Su tono destilaba sarcasmo—. Deja que adivine…

Él interrumpió con una voz tan profesional y fría como la suya.

—Tenía una cita con el director del hospital, pero fue cancelada en el último minuto. No se puede decir mucho de la hospitalidad del sureño.

—Es un cuchitril de hospital, qué se puede esperar… —añadió ella de forma sarcástica. La llamaron para recoger su pedido y se volvió a mí—. ¿No pediste tú primero?

Le respondí encogiéndome de hombros como diciendo «así son las cosas». Se alejó a buscar su bebida y nos quedamos solos.

Sus ojos, intensos, me buscaban. Los ignoré y mantuve la distancia; o, al menos, lo intenté. Él se movía cada vez que yo daba un paso a un lado, nuestras caderas casi tocándose, pero me mantuve rígida como una estatua. Crucé los brazos sobre mi pecho repetiéndome a mí misma

que nunca fui, ni sería, su prioridad, que sus «te amo» eran solo palabras convenientes ahora que sabía que teníamos dos hijos; que tuvo mi número durante años y nunca llamó. Ahora volvía y yo tenía que correr a su lado como su perrita faldera. No, esa voz en mi cabeza me gritaba «date tu lugar». Mi madre tenía razón: él podría ser el padre, pero no tenía que ser el hombre.

Agradecí que mi mejor amiga recogiera su café y volviera, la tensión entre nosotros se podía cortar con una tijera.

—¿Qué ordenaste? —le pregunté; necesitaba entretenerme en otra cosa. El lugar comenzaba a agobiarme y aunque el aire acondicionado estaba a todo meter, sentí calor.

Mi amiga nos miraba curiosa. Había notado nuestra posición, parecíamos el eclipse del otro. Di un paso al lado y él me siguió, el calor de su cuerpo transpirando al mío.

—Leche de soya —Amy comenzó a listar los ingredientes de su café—, mocha, con tres *hazelnut*... y...

La interrumpí.

—Tú siempre ordenando bebidas complicada. Cuidado con el azúcar.

—Una vez al año no hace daño.

Sonreí porque siempre dice ese tipo de cosas, pero pide el mismo café casi todas las semanas. Sorbió de su pitillo.

—¿Y esa cita con el director para qué era? Ale, ¿no andarás buscando trabajo aquí? Un poco acosador, ¿no crees?

Abrí los ojos en grande a mi mejor amiga. Ella solo rio, le encantaba provocarlo.

Aguanté la respiración mientras esperaba la respuesta. Ale no sería capaz de trabajar donde yo, ¿verdad?

—Su superior descubrió que estoy en la ciudad y quiere coordinar una pequeña clase a sus pasantes de cirugía de último año. —Dio un sorbo a su café y sus ojos no dejaron los míos cuando dijo—: No, no busco trabajar aquí.

¿Me daba espacio? ¿O este lugar le quedaba chiquito? La inseguridad me carcomía.

—¿Qué casualidad? —insistió Amy.

—No, no es mucha… El doctor Carrera es muy amigo de Edel, un ex colega en D. C. Estudiaron medicina juntos.

—¿Ex? ¿Eso significa que no vas a volver a D. C.?

—Vamos, Amy, no te hagas la ingenua. —La voz de Ale se tornó áspera—. Ambos sabemos que *mis hijos* están aquí.

Amy abrió los ojos en grande y se giró hacia mí.

—¿Lo sabe?

Intenté hablar, pero mi voz no salió. Solo logré mover la cabeza de arriba abajo.

—¡Un café *latte*, un *croissant* de chocolate y un emparedado de *mozzarella* con espinaca!

El grito de mi pedido rompió el silencio de nuestro pequeño círculo. Excepto que no lo era. Yo no había pedido nada de eso.

—¿Cristina? —volvió a llamar el dependiente. Esta vez no cabía duda.

—Un café y un dulce no son suficiente, necesitas comer comida —me susurró Ale al oído. Sentí su mano rozar la parte más baja de mi espalda para impulsarme al frente y me alejé rápido a tomar la orden antes de que Amy lo notase. El olor del emparedado me hacía la boca agua y mi estómago gruñía de felicidad.

—¿Y tú ordenaste todo eso? —Amy arqueó las cejas, y si no fuese porque había comenzado a hacerse botox, dos líneas se habrían visto en su frente—. Si tú odias la comida de Starbucks, por eso de no darles dinero a las corporaciones.

—Tengo mucha hambre —mentí, pero mi amiga no se tragó mi respuesta y pasó la mirada de Ale a mí.

—Las dejo… No dormí casi nada en la madrugada —otra vez sus ojos atraparon los míos; las ojeras en mis ojos imitaban las suyas— y estoy aniquilado.

El escalofrío que causó el súbito anuncio de su ausencia fue otro indicio más de que no estaba curada y que ese hueco en la boca del estómago era porque aún le amaba, porque le quería como una tonta.

Suspiré bajo, inhalé lento y exhalé. Estaba muy pero muy mal sentirse así, quererle así. Una voz me decía que no podía acostumbrarme a tenerlo cerca; después de todo él siempre sería primero el cirujano, la eminencia, el doctor Cortez.

Nos deseó una bonita tarde y besó en la mejilla a Amy, que recibió el beso con un rodeo de ojos.

Al llegar a mí, su brazo me rodeó de la cintura y me pegó a su costado, con su manaza abierta quemando la piel de mi espalda. Sus labios se cerraron en la comisura de los míos y se demoraron, asegurándose de tatuar mi piel. Cerré los ojos, sintiéndole bien adentro. A la ausencia de sus labios, los abrí para descubrir sus ojos grises penetrantes, que me decían que también odiaba sentirse así. Le escuché suspirar como si mi ausencia también le causase ansiedad, como si no tenerme también la causase un dolor infinito. Intentando volver a la realidad, le dije a la romántica en mí que veía fantasmas y mi mente solo jugaba conmigo.

Observé su espalda ancha alejarse y sentí frío. Mi mirada se nubló y al volverme a mi amiga abrí los ojos bien en grande para evitar que la lágrima corriese por mi mejilla.

—My cariñoso el niño.

No hice caso a su comentario.

Ella, como mi mejor amiga, por supuesto que lo había notado. Solo me tiraba un anzuelo. Me senté a la primera mesa que vi, agradecida de caer en algo sólido; si no, me habría caído, pues habían sido unos días bien cargados emocionalmente.

Dividí el emparedado en dos. Ella tomó una de las partes y yo di un mordisco al pan. No estaba tan mal, pero no se sentía fresco.

—Estos emparedados recalentados en el microondas deberían estar prohibidos —comencé a hablar para conversar de cualquier cosa menos de mi vida sentimental. Amy no respondió; veía que me juzgaba en su expresión facial, en sus ojos azules como mar en tormenta.

—¿Tú y Alejandro? No me digas, Cristina.

No supe qué decirle; si le decía que entre nosotros no había nada, le mentiría, pero si le decía que lo había, también sería una mentira. Estábamos aún en el puente, ni juntos ni separados, y en esta encrucijada era mejor no meter a terceros que nublasen con sus opiniones lo que solo debería ser decisión nuestra.

—Alejandro estaba en el restaurante —comenté casualmente. No le dije que no tuve sexo con éel, que pensase lo peor; mi vida privada era mía.

Una sensación de orgullo me llenó porque no me dejé llevar por mis instintos ni sucumbí a los suyos. Solo dormí con él, enredada en sus brazos en sábanas blancas, y me atrevería a decir que fue mucho más íntimo que el mismo acto del sexo. Boba quizás fui, pero no me arrepiento. Si le contaba a ella que solo habíamos dormido, no me creería, pero en una historia tan íntima como esta no necesitábamos que nadie nos creyera nada. La verdad era nuestra y solo nuestra.

—Oh, y así de fácil dejaste a uno y fuiste al otro. —Sus palabras me trajeron de vuelta al presente. Dejé el emparedado caer en la envoltura—. Alejandro vuelve y te olvidas de los últimos seis años.

—No es su culpa.

«Bueno, *no todo* es su culpa».

—¿Ah, no? Mierda, amiga, creía que te querías un poquitín más. No por ser el padre de tus hijos tienes que volver con él. —Se detuvo de súbito, no sin antes tomar el sándwich—. Esto está buenísimo.

4

ALEJANDRO

Volví a la habitación y me lancé en la cama con ropa, hasta con los zapatos. Grité contra la almohada queriendo que cobrase vida y me ahogase; supe que todo cambió cuando le dije que todavía me sabía su número de memoria: sus ojos se agrandaron y por primera vez no supe leerla.

Si ella supiese las millones de veces que escribí su número en mi móvil y no tuve las agallas de marcar porque siempre supe que en cuanto escuchara su voz su fuerza gravitatoria arrancaría el eje de mi vida y no lograría mantenerme alejado. Joder, esta historia se hubiese resuelto con una simple llamada o un simple mensaje, un «Hola, *¿cómo estas?*».

Siento que estoy escalando una montaña con un increíble peso que amenaza con tumbarme. Siento pavor porque hay algo que no encaja, no la creo tan cruel como para mentirme por siempre. La conozco, se asustó cuando mencioné el aborto años atrás. Creyéndose sola, tomó su vida en sus manos: sin saber que todo el poder era suyo, y mucho menos que nunca la dejaría hacerlo sola.

Recuerdo sus palabras: «Eres uno de los mejores cirujanos *del país*, ¿crees que habrías logrado eso con dos chiquillos y yo?».

Tal vez tenía razón y yo no sería el eminente doctor Cortez; oh, quizás sí, eso no podía saberlo ninguno de los dos, porque hasta ahora no creo que se haya inventado la bola de cristal. Sí hay algo que sé y que podría decir con convicción: yo sería feliz hoy con los tres a mi lado, pero *¿lo serían ellos?* Esa voz en mi cabeza tenía que recordarme que yo siempre fui un hombre duro y ambicioso.

Una lágrima corrió de mi ojo a la almohada. Al final, habíamos dado vueltas en círculo para terminar en el mismísimo lugar: *heridos.*

Terminé durmiendo, con dos preguntas en mi mente: ¿por qué no me buscaste, Cristi?, ¿cómo no intentó buscarme cuando se vio embarazada de gemelos y sola? Nada encajaba.

Tuve un sueño pesado, de esos en los que existe la ausencia de luz y cuando vuelves en ti te toma un tiempo recordar que eres humano. Me levanté sobresaltado, desorientado, bañado en sudor, con el corazón latiendo a noventa millas por hora y con la leve sensación de haber soñado las últimas dos semanas, como si hubieran sido producto de mi imaginación. El miedo se apoderó de mí: ¿y si yo no había regresado? ¿Y si estaba de vuelta en D. C.? Poco a poco, mis ojos se adaptaron al cambio, a la luz de una farola llenando la habitación del hotel con sus matices rojos. Noté el zumbar de la calefacción, el leve olor a rosas proveniente del ambientador, el sonido lejano de personas hablando fuera de mi habitación, mi cuerpo sobre el edredón aun con ropa; mi respiración, que se controlaba, y mi corazón, que retomaba sus latidos normales.

No estaba en mi pequeño apartamento en D. C. y me sentí agradecido por ello. Tenía dos hijos y una mujer que conquistar. En el pequeño reloj de la mesita de noche pasaban de las cuatro. Había recibido un mensaje suyo casi tres horas antes: «Si puedes, pasa por la casa a la noche». *Había mucha* inseguridad en esas palabras, «si puedes». Me encargaría de que nunca más se sintiese insegura a mi lado. Sonreí, porque se sentía bien despertarse con mensajes suyos. Me atreví a guardar su número en mi móvil como «mi vida».

Mi móvil volvió a vibrar, pero era una llamada. Mi corazón dio un brinco antes de comprobar que no era ella. Era Edel. Tomé la llamada con los ojos en blanco, aunque no pudiera verme. ¿*Q*ué *querría?*

—Con que resucitas, *my friend.* —Edel es boricua, nacido y criado en el Bronx, y mezcla de esa manera *suave* el inglés con el español; más que un hábito, es su forma de ser.

—Buenas noches para ti también.

Edel y yo nunca fuimos amigos; rivales con un poco de confianza, quizás, pero nunca amigos. Le expliqué que no había podido hablar con el dichoso director del hospital.

—Bendito, no pensé que irías tan rápido, creí que me darías mucha más pelea, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien. —La pausa me dijo que no me creía; vamos, ni yo mismo me lo creí.

—*Man*, se echa de menos competir contigo. —Reí a eso, porque en realidad no existe tal competencia. Al no responderle, continuó—: ¿No lo echas de menos?

—¿Competir?

—No. La cirugía. ¿Ya tienes la licencia de Carolina del Sur?, ¿estás practicando?

—Ni he pensado en sacarla. —En los Estados Unidos se necesita tener licencia estatal en cada estado, no importa quién seas. Las leyes se aplican para todos.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea.

—Disculpa que te pregunte, ¿estás enfermo?, ¿cáncer?

¿Por qué todos continuaban preguntándome eso? Le respondí que no de inmediato.

—Ava… —Hizo una pausa al mencionar su nombre y me sentí culpable porque ni me acordaba de que ella existía—. Deberías llamarla.

Ava. «Oh, Ava», suspiré. ¿Qué habría hecho en mi ausencia? Era muy propio de ella hacerse ideas en las que terminábamos como en los cuentos de hadas, felices para siempre.

—¿Por qué debería llamarla?

—Hombre, no es mi lugar, pero se le ve muy dolida desde que te marchaste. Quizás podrías darle *closure*… No sé exactamente lo que pasó entre ustedes.

—¿Qué ha estado diciendo? —Mi voz sonó severa—. Nunca hubo nada entre nosotros.

—No, no ha dicho nada… Es que… —Hizo una pausa—. ¿En serio? ¿Nada de nada?

Supe de dónde venía su confusión, no era un secreto que Ava estaba enamorada de mí, después de todo no era muy discreta. Más de una vez la noté mirándome con ojos de cachorro, y siempre buscaba la manera de estar en mi grupo de estudio en John Hopkins. Luego comenzó a trabajar en el mismo hospital como cirujana general, y aunque nunca le di ninguna indicación de que lo nuestro pudiese ser, creo que pensó que algo pasaría entre nosotros por fin una vez allí.

Era una excelente cirujana, tan adicta al trabajo como yo. Quizás seríamos la pareja perfecta: yo podría continuar mi vida sin cambiar nada, de conferencia en conferencia, de quirófano en quirófano, y ella estaría ahí cuando yo decidiera regresar para tomar las migajas que decidiera regalarle. Cristi no. Ella necesita de mi calor, de mi día a día, y mi adicción a ella es mucho más fuerte que mi adicción a la cirugía; ni siquiera echo de menos mi trabajo, estas últimas semanas han sido un bálsamo, unas vacaciones que se pueden volver infinitas y me han ayudado a verlo todo desde otro punto de vista.

—Joder… —La voz de Edel al otro lado de la línea me trajo al presente—. Todo este tiempo… —Su tono fue bajo, apenado consigo mismo, como si hubiera cometido un gran error, como si mi respuesta cambiase muchas cosas—. Pensaba que entre ustedes había algo.

La primera y única vez que Ava se me tiró encima fue en la última fiesta de año nuevo, esas a las que no suelo atender. Sin embargo, me llamó y la reconocí embriagada. Fui a buscarla con la intención de llevarla a casa, pero no evité que nuestros colegas la viesen entrar a mi auto. No pasó nada. Ella se durmió de camino a su casa, tomé las llaves de su bolso, la cargué dentro y la dejé durmiendo en su sofá. Así de simple. Nada más.

Se lo expliqué y terminé añadiendo:

—No creo que pueda decir que seamos siquiera amigos…

—Entonces, ¿no te molestaría si la invito a salir…?

Oh, así que por ahí iba Edel...

Reí alto y claro. ¿Es que no me había escuchado? Él soltó un suspiro y le escuché gritar su nombre. Ava estaba cerca.

—Edel, ve a por la chica.

—Gracias. Debo decirte que hay rumores…

—¿Rumores?

—De por qué te fuiste.

Sabía exactamente a lo que se refería: a mi última cirugía. No fue bonito. La vida es graciosa a veces y te avisa de los cambios, pero no siempre somos buenos leyendo los mensajes.

—¿Qué se dice?

Le escuché aclararse la voz.

—Sobre tu partida… Que tienes parkinson. Se habla de que titubeaste, te congelaste, te llamaron y te tomó casi medio minuto volver en ti.

Cerré los ojos, recordando ese día. La duda es el peor enemigo del cirujano; reaccionar medio segundo más tarde puede ser la diferencia entre la vida y la muerte, y mucho más cuando se trabaja con un órgano tan delicado como el corazón.

—El paciente sobrevivió… —Mi voz salió mucho más áspera de lo que esperé.

—No hagas caso. Somos humanos, después de todo… *Ava.*… —le escuché gritar otra vez—. Te dejo, buena suerte en Carolina del Sur.

Al tono agudo de la llamada al cortarse le deseé una mejor vida que la mía y que su relación estuviese llena de amor y sin complicaciones.

Fui al gran cuarto de baño y me quité la ropa. Observé mi cuerpo en el espejo: aún joven, aún atractivo. Si no estaba en el quirófano, estaba en el gimnasio levantando, y se notaba. Sonreí a mi reflejo al recordar cómo a ella casi se le salen los ojos cuando vio la obra de arte que escondía debajo de mis ropas; esa boquita abierta, rosada y ansiosa que me regaló la perfecta O con su labio inferior temblando.

No veía la hora de que *ella* fuese otra vez mía, que dejase el pudor ir, que se volviese desquiciada en mis brazos, que la locura la envolviese y se reguardase en mi calor, y que en la intimidad disfrutase de esta obra de arte que creé solo para ella.

Me adentré en la ducha abriendo el grifo; ni el agua congelada lograría calmar ese fuego que corría por cada poro de mi piel como lava. El más mínimo pensamiento me volvía duro como una piedra, como si ella fuese el fósforo y yo la gasolina que se prendía. A mi mente volaban las imágenes de las tantas maneras en que la podría volver a hacer mía y recuperar el tiempo perdido, reescribir el *Kamasutra* con ella.

«Cristi, ¿por qu*é* me vuelves un demente depr*a*vado y sin pudor?».

Mis manos bajaron solas y mis dedos la piedra entre mi pierna, tan dura y caliente que dolía. Al primer roce se me fueron los ojos para atrás mientras mi mente le mentía a mi corazón, jugando con la idea de que era ella la que me ofrecía placer, *mi mujer*. No importaba que mi mano intentara cumplir el trabajo, sería inutil. Sentí frío, últimamente ya ni sus recuerdos me ayudaban.

No eran sus manos pequeñas.

No era su boca.

No era el volcán de su centro, lista con la miel del deseo brillando entre sus piernas.

No era su olor lo que me rodeaba.

No era su cuerpo tibio y ligero.

Necesitaba el calor de su cuerpo descongelando mi corazón, sus caderas rodeando mi cintura, sus uñas arañando mi espalda, sus dientes mordiendo mi hombro.

Lo que daría por besarla justo allí donde sus muslos se encontraban, adorarla, mucho más ahora que sabía lo que su cuerpo de mujer poderosa me había regalado. Sin ella este sentimiento de necesidad se volvía una enfermedad sin cura, inaguantable.

Lo que en un momento era hierro se volvió nada entre mis manos, un órgano de mi anatomía y nada más. Terminé bañándome lo más rápido que pude, cerré el grifo y salí de la ducha frustrado.

5

ALEJANDRO

Al salir para ir a casa de Cristina, me sorprendió ver a Aidan fuera de mi habitación, sentado en el piso en el pasillo. Al verme se levantó y se sacudió los vaqueros. Pestañeé, pero me recuperé rápido y nos dimos un fuerte abrazo con palmadas que podrían sacarle un pulmón a cualquiera.

—¿Qué hacías en el piso? —pregunté.

—Bueno, toqué y toqué, y nada… Pensé que no estabas.

Le informé de que me había estado duchando.

—¿Llevas mucho tiempo esperando?

—No, no mucho…

—¿Cómo me encontraste?

—Arabella.

Esa hermanita mía... Estoy seguro de que puso un localizador en alguna parte de mi cuerpo, siempre parece saber dónde estoy.

—Me alegra verte bien —dijo de súbito, y creo que hasta se se le escapó un suspiro de alivio.

—¿Qué pensaste? ¿Que me encontrarías en un caño muerto por ahí?

—Nunca se sabe. Dejaste tu vida en D. C. sin decir a nadie, así que uno se preocupa… Cenemos. —Notó cómo mis ojos se iban a mi reloj: más tiempo con él significaba menos tiempo con mis hijos.

—¿Ya tienes planes? —Me dedicó su sonrisa de niño juguetón—. Vamos, no me digas que no tienes tiempo para tu hermano, ¿ya cenaste?

—No es que no quiera, es que de veras no puedo…

Asintió, ausente. Sus ojos viajaron al final del pasillo, sus manos jugaban con el llavero de su auto.

—¿Cómo se llama? —Señaló con la barbilla a la chica del carrito de la limpieza—. Vaya trasero que tiene, y esas piernas…

—¿No esperarás que sepa eso?

—Vamos, hombre, me dices que llevas aquí casi una semana y no te la has tirado.

—Aidan —le regañé.

—Sí que eres aburrido. Dame un segundo, ahora vuelvo…

Fue a donde la camarera doblaba unas toallas. No entiendo cómo lo hace, pero ellas no ven raro que un extraño les hable así de la nada. Quizás sea por esos hoyuelos en las mejillas, los ojos verdes o la sonrisa perfecta; el pelo rubio o ese gesto de no tomarse la vida en serio, como si fuera su juguete.

La chica no se veía incómoda; más bien le sonreía de oreja a oreja. La vi sacar un lapicero y escribir unos números —los de su móvil, asumí— en la mano de mi hermano. Cuando volvió le pregunté:

—¿Cómo lo haces?

—¿Cómo hago qué?

—Que hagan lo que quieres.

Él solo se encogió de hombros; un poco autosuficiente, si me preguntas.

—Solo les pregunto… ¿Dónde quieres ir?

Insistí en que no podía esa noche, que tenía un compromiso previo.

—Pero, hombre, hace años que no nos vemos.

Tenía razón. Miré el reloj: pasaban de las seis y media. Quizás sí tenía tiempo para un aperitivo en el bar del hotel, y así se lo sugerí.

—Bueno, puede que sea persona *non grata*...

—Aidan, ¿cómo puedes ser *non grata* ahí ya?

—Bueno, llevo aquí varios días. —Arqueé una ceja, sorprendido—. El día que llegué estuve un poco ocupado con la camarera del bar; buenísima, unos melones que...

—Ahórrate los detalles, ¿sí?

No sé que me molestaba más, que llevara aquí varios días y no me hubiera dicho, o que ya se hubiera acostado con medio Carolina del Sur. Bueno, no me sorprendía en absoluto. Mi hermano tiene dos problemas: su adicción al sexo y al alcohol.

—Mira, ¿por qué no dejas que te dé un adelanto a donde sea que vayas? Necesito hablar contigo, es urgente.

Terminé asintiendo, no sin antes advertirle:

—Si sigues así, acostándote con cualquiera, vas a terminar con una enfermedad de transmisión sexual.

—Detente, ¿sí? No seas tan aguafiestas, no cojo sin preservativo. —Estuve a punto de decirle que fallan, pero callé y continué caminando a su lado de camino a su auto. Él continuó listando sus razones—: Mantengo un excelente ritmo de análisis de sangre; además, el sexo es un excelente ejercicio cardiovascular, por si no lo sabías. Deberías probarlo de vez en cuando.

—Lo que tú digas, ¿dónde no hay chicas que te hayas tirado? ¿Alaska?

—No, me he tirado a chicas en Alaska.

—Joder.

—Tú preguntaste. Estás de mal humor; o tienes hambre, o… No, ya sé, lo que te hace mucha falta es sexo.

Mi silencio le dio la razón. ¿Tan obvio era que tenía las bolas azules?

—Ale —chasqueó los dedos delante de mí, su cara de puro asco—, deja de poner esa cara de alguien que recuerda la única que vez que tuvo sexo y fue en la postura del misionero.

—¿Eso es lo que crees? Qué equivocado estás.

—Entonces, ¿por qué no lo tienes?

Ya nos montábamos en su auto, una monstruosidad, de esos deportivos que no son nada prácticos. Son muy bajos para mi gusto, pero aparentemente sirven para bajar bragas.

—Yo, a diferencia de ti, respeto a las mujeres y no las manipulo para que se abran de piernas.

—Te extrañé, hermanito. —Sonrió poniendo su auto en marcha. El auto ronroneó feliz de tomar carretera y yo sostuve el mango sobre mi cabeza. Conducía como un loco.

—¡Aidan! —grité en forma de advertencia. Me froté el tabique de la nariz y él solo rio a carcajadas.

Me preguntó a dónde íbamos y le di la dirección de la casa de Cristi. Él asintió. Tan distraído estaba con su conducción que ni noté que no me pedía más instrucciones para llegar.

—Te diré —comenzó a darme conversación— que tu hermanita querida está saliendo con su guardaespaldas, aunque ambos creen que no lo sé. Seba no quiere ir a la escuela de medicina, y no le ha dicho a papá que anda detrás de una *hippie* en la Universidad de Nueva York.

—No me sorprende —admití—, no todos nacemos para ser médicos. Dudo que hayas venido hasta acá para ponerme al día sobre nuestros hermanos, ¿qué haces aquí?

Se hizo el silencio entre los dos. Habíamos parado en un semáforo y me miró serio, con una expresión rara en la mirada, las cejas unidas y la frente arrugada.

—¿Y a ti qué mosca te picó? Solías venerar la medicina, más incluso que yo.

—Nada, cosas que pasan. La gente cambia mucho, bla, bla, bla, pero ¿qué haces aquí? No puedes seguir alargando lo que de veras viniste a decirme.

—¿No puede ser algo simple como que eche de menos a mi hermano menor?

—No, para nada… No te creo.

—Mierda, no puedo seguir conduciendo, simplemente no puedo. Cristina tendrá que esperar.

Giró en un callejón, aparcó el auto contra el contenedor, se bajó y caminó en la acera de un lado al otro. Estábamos a unas cuadras de la casa de Cristi, en la zona comercial. Se podía escuchar el cuchicheo de las personas, el sonido de cubiertos contra platos y música de fondo. ¿Había mencionado a Cristina?, ¿o yo estaba mucho más cansado de lo que pensé?

—¿Cristina? ¿ De dónde coño la conoces? —Cerré las manos en puños, mi mandíbula apretada.

Levantó las manos como tratando de apaciguar a un oso molesto.

—No es lo que piensas, los conocí ayer.

—¿Los?

—Tienes dos hijos, Ale… —La voz le salió como si decir aquello le quitase un peso de encima.

—A ver, detente ahí un segundo, ¿cómo sabes *tú* eso?

Oh, perfecto, lo que me faltaba. ¿Acaso era yo el último en conocer a mis propios hijos? Suspiré hondo y necesité apoyarme en el capó del auto para estabilizarme.

—¿Ya lo sabías? —preguntó y asentí sin volverme a mirarle—. Dios santo, gracias… Por fin te dijo.

—No exactamente. Lo descubrí como si me tiraran un cubo de agua congelada, un «aquí tienes dos hijos».

—Mierda.

—Probablemente —me volví a él, apoyándome contra el auto— nunca pensó en decírmelo, no lo habría hecho si no me hubiera tropezado con la verdad. Anoche fui a verla, pensé que al fin retomaríamos lo nuestro, pero ya tenía inquilinos en su cama: mis hijos.

—Coño, así de fuerte.

—No tanto. La chiquilla parece que tiene terrores nocturnos y la llamó, y ahí lo supe… ¿Por eso viniste? ¿Cómo sabías que estaba en Carolina del Sur?

—Sería muy fácil mentirte —dijo. Crucé los brazos sobre el pecho esperando una explicación—. Años atrás —dio un paso atrás porque yo ya iba dando uno adelante— te llegó un sobre —otro paso, mi ira a punto de hervir—; estabas aún entre apartamentos en Baltimore y me pediste usar mi dirección. Tu salida de Carolina del Sur fue brusca…

—¿Y?

—No me acuerdo, pero recuerdo una ecografía. No estoy cien por cien seguro, me dio

pánico, y…

Ahí solté el primer puño justo contra su nariz, tan fuerte que dio un paso atrás. No, no quería escucharlo, no quería escuchar.

Yo sabía que ella no era cruel, que había una pieza que no encajaba en nuestra historia. Quizás me omitió que estaba embarazada ese día cuando me fui, pero continuar la farsa y prohibirme ser parte de su vida, criar sola a dos criaturas, eso nunca. Ahora todas las fichas del rompecabezas estaban en su lugar. Me odiaba porque pensaba que siempre lo supe, y que la abandoné.

—Por favor, dime que esa carta no venía para mí y que no la escondiste de mí a propósito, que fue un puto error. Miente, cabrón, miente.

Mis puños agarraron esa camiseta suya blanca, quería teñirla, arruinarla. Me rechinaban los dientes y mi voz era baja, casi un susurro, pero llena de hiel. Lancé el segundo puño, contra su mejilla esta vez; necesitaría cirugía reconstructiva cuando terminara con él. Una y otra vez, mi puño hizo contacto con su bonito rostro; quería verle sangrar, romper esa nariz tan bonita suya.

—Defiéndete, hijo de puta.

No lo hizo, se dejó golpear. Cabe mencionar que, de los dos, si mi hermano decidiese pelear, el que terminaría en un charco de sangre en el piso sería yo. Lo solté de un empujón y se tambaleo, él *quería* que le pegase, su rostro me decía que lo necesitaba, quizás era una forma de mitigar su culpa.

—No tenías derecho, ¿por qué? —pregunté.

—Porque soy un alcohólico hijo de puta, creí que la carta era para mí, nunca mencionaste su nombre…

—¡NO DIGAS MÁS! —grité.

—O quizás lo hice a propósito, no sé —se atrevió a admitir—. No me acuerdo, no recuerdo mucho de esos meses. Además, te iba muy mal en la residencia, no te adaptabas, la extrañabas demasiado y estabas muy pero muy deprimido. ¿Qué iba a decirte? ¿Que una loca me había mandado una ecografía? ¿Que lo dejases todo por nada?

Volvió a lanzar el puño, pero esta vez encontró aire… y dolió mucho más.

—Tú eres tan culpable como yo —continuó—, ¿cómo cojones no vas a saber que tu novia, con la que vives, está encinta? Esa mentira no te la cree nadie, eres un gran hijo de puta. —No vi venir el puño que lanzó contra mi mejilla y lo tomé sin chistar porque me lo merecía. Tenía toda la razón, yo debí saberlo, pero estaba tan preocupado por mi carrera y mi futuro, que no la vi a ella. La creí cuando dijo que no lo estaba, la creí.

—Cojones que no la vi —grité, destapando todo sentimiento de mí—. Me iba, tenía mi vida planeada.

—No es justificación —gritó de vuelta—. Lo único que te queda es ser un hombre ahora, cojones, madura y agárrate de los huevos, que ya no estás tú solo, son tres.

«Mira qui*é*n habla», quise decir. Me toqué el rostro; dolía, pero no sangraba. Mis nudillos... Bueno, eran otro problema. Cerré y abrí la mano; dolía, pero no tanto como el tiempo perdido.

—Ale, tu mano... —dijo, y levanté una mano para detenerlo. Ya no éramos nada; ni hermanos, ni familia, ni nada.

—Estás muerto para mí, ¿lo escuchaste? Muerto —hablé calmado y le di la espalda, le di la espalda caminando hacia la salida del callejón.

—¡Aleeeee! —Su grito sonó desesperado. Si me conociera un poquito sabría que me es difícil perdonar, y mucho más olvidar a quien me hace daño.

6

ALEJANDRO

Di un toque a la puerta cambiando el peso de mi cuerpo de un pie a otro.. Me abrió la señora de pelo corto plateado.

—¿Está Cristina?

Ella no respondió, pero se hizo a un lado para dejarme pasar.

—Los chicos ya están durmiendo. —Su labio se curvó en una mueca de simpatía.

Encontré a Cristina en la cocina, con espuma del fregadero hasta los codos. No se podía ver más hermosa. Llevaba un vestido de mezclilla azul sin mangas con solo una cremallera al frente por los muslos, iba descalza y se había recogido el pelo en una coleta alta. Cantaba desentonada una canción que no reconocí. Aproveché que no había notado mi presencia, dejé los claveles rojos y el vino sobre la meseta y me paré a observarla. Se veía libre, en paz, segura de sí misma, como una margarita salvaje al viento en primavera.

Dio una vuelta, bailando al son de la música, y nuestras miradas se encontraron. Fue como si el tiempo se detuviese; tragué, con la garganta seca. Ella se llevó la mano a los audífonos para retirárselos de los oídos y dejó un rastro de espuma en su mejilla. No se podía ver más espectacular. Moría por acortar nuestra distancia, limpiarle la mejilla y dejar mis dedos acariciar su piel; cerrar la mano en su nuca y aplastar mis labios con los suyos. Sin embargo, su expresión me detuvo: sus ojos llameaban, pero sus brazos cruzados sobre el pecho ponían distancia entre nosotros, un hielo que crecía como un puente entre los dos.

Mi corazón se contrajo ante la idea de que había llegado tarde a su vida, de que quizás nunca iba a poder decir que era mía; era como si agarrasen mi corazón y lo arrugaran como si estuviese hecho de papel hasta dejarlo en nada. ¿Cómo pude pasar años sin ver su rostro?, ¿por qué dejé que mi cobardía y mi ambición ganasen? ¿Y si estaba equivocado y ella no sentía lo mismo que yo? No podía ser, me rehusaba a creerlo. No. Su pecho subiendo y bajando, sus mejillas que cada vez se sonrojaban más bajo mi mirada... Mi presencia la ponía nerviosa. No, yo no era el único con mariposas revoltosas en el estómago.

—Cristi —habló la señora detrás de mí—, me voy. La telenovela la continuamos mañana, ni se te ocurra seguirla sin mí.

El amor de mi vida le agradeció y sonrió, iluminando mi día con su sonrisa. Me quedé inmóvil,. Oí el sonido de la puerta al cerrar detrás de mí Quizás fue rudo no despedirme, pero mis ojos no podían dejar de observarla. Adoré sus cachetes rosas, los flequillos de su frente, lo delicado de su figura, su cinturita, sus piernas largas, incluso esos pies que ella misma creía odiosos.

Vino a unirse a mí con paso de hada saltarina, hechicera, embrujándome.

—¿Son para mí? —Moví la cabeza de arriba abajo levemente y ella sacó los claveles de su envoltura, los abrazó contra su pecho e inhaló—. No tenias por qué.

La seguí con la mirada mientras buscaba un búcaro en los estantes altos. Con ese gesto, la falda de su vestido se subió y dejó mucha más piel desnuda, tanto que noté que llevaba unas bragas rosa fosforescente. El momento fue breve, pero suficiente para desequilibrar mis sentidos y hacer que mi pantalón se sintiera tres tallas más apretado. Si no la follaba pronto moriría con las bolas azules.

Abrió el grifo y llenó el búcaro con agua, acomodó las flores dentro y las dejó en el centro de la península.

—¿Estás bien? —preguntó—. Me miras raro.

Sonreí a su comentario.

—Me hipnotizas. —Rodó los ojos ante mis palabras y negó, pero se sonrojó y se tapó la boca con una mano para que no viese la sonrisa que adornaba su rostro. Le brillaban los ojos—. ¿Dónde está tu madre? —Miré a ambos lados esperando que el arpón del diablo me cruzara de lado a lado; había durado mucho sin su presencia.

—Durmiendo, quizás.

Quería preguntarle cuánto tiempo se quedaría Elena, pero decidí que no era el mejor momento para ir en contra de la futura suegra.

—No tiene a dónde ir —justificó—. Todo, todo es —agitó las manos en el aire— un desastre. —Lo dijo mirándome a los ojos, soltó un suspiro y se encogió de hombros. Algo me decía que en esas palabras también me incluía a mi, que *yo* había puesto su mundo patas arriba, tanto como estaba el mío—. Mis padres se están divorciando. —Sus hombros cayeron y se agarró con ambas manos de la península. Quise pasar mi brazo por su hombro, abrazarla, ofrecerle consuelo. Di el primer paso y ella dio uno atrás, no era bienvenido—. Es un alivio poder decirlo en voz alta.

—Lo siento.

La vi mal, con el alma destruida. Quise traerla de vuelta y dejé que el impulso me ganara. A la mierda. Di un paso. Quizás vio mis intenciones de agarrarla contra mí, porque esta vez no solo dio un paso atrás, sino que también elevó la mano, palma al frente, en señal de «detente». Su rechazo me sorprendió a la vez que dolió muchísimo, pero no se lo dejé notar, mi postura calmada y despreocupada.

—Ya es noticia vieja. —Dio media vuelta y continuó con la faena de lavar los platos. No me encaraba; sabía que sí le afectaba, aunque no lo admitiría. Intentaba mantener la fachada—. Vivieron treinta y pico años infelices. —Se dio la vuelta de repente, esparciendo espuma al frente con la mano—. A veces es lo mejor. Oye, si los chicos ya están durmiendo, creo que no tienes nada que hacer aquí.

No me gustó su tono, como si yo fuese un obstinado problema, una piedra en su zapato y nada más.

Solo el padre de sus hijos, pura biología y nada más.

—Es temprano aún.

No me iría, no le daría ese gusto. Yo no estaba allí solo por ellos, por ella también, y así le dije, pero ella solo hizo un gesto, resopló, rodó los ojos y movió la boca, obstinada.

—Pasan de las ocho —continuó, ignorando el gran secreto a voces, *nosotros*—. Los tengo en una estricta rutina, bañados y comidos a las seis, en la cama a las ocho…

Algo en mí le llamó la atención. Primero examinó mi rostro, la arruga entre sus cejas volviéndose más evidente; luego mis manos, que cerré en un puño por instinto y escondí a mi

espalda antes de que notase los nudillos ensangrentados. Abrió la boca, con la misma la cerró, y vino a mí.

—Maldición —dijo—, ¿qué pasó? ¿Cómo no lo noté antes?

Su pecho estaba muy cerca, casi rozando el mío. Se puso de puntillas y tomó mi brazo para forzarme a traer la mano al frente, pero me quedé firme. Aproveché que la tenía cerca y en un movimiento de ninja pasé un brazo por su cintura, con el otro rodeé sus hombros y la encerré en un abrazo, mis manos ambas cerradas a su espalda.

Forcejeó y yo sonreí pícaro; no había notado que la tenía donde queria: mis labios tan cerca de su pulso, mi nariz inhalando el olor de su cuello, que me embriagaba... Me sentí valiente y la besé ahí con los labios abiertos. Se estremeció en mis brazos, pero mis labios no se conformaron y continuaron camino arriba hasta su oreja, mi aliento causándole cosquillas.

—Me vuelves loco, un demente —le susurré.

—No me… —su respiración entrecortada, su pulso acelerado— distraigas.

Aún así, se derritió en mis brazos y arqueó la espalda, dándome mucho más acceso a su cuerpo, a su cuello, a su clavícula, que llamaba a mis dientes a gritos.

—Ale, déjame ver tus manos. —Su voz era suave, un ruego.

—No hasta que me digas que existe un *nosotros*, y que *esto* te afecta tanto como a mí. —Me atreví a besarle la barbilla, el cuello, hasta llegar a la cremallera de su vestido y bajarla con los dientes. Sus pechos, escondidos bajo encaje rosado fosforescente, eran una visión, y me pregunté si se vestía así solo por mí.

—Joder, Cristina… —Me atreví a elevar la mirada y la pillé sonriendo; sí que se había vestido así para tentarme—. ¿Ves lo que causas…? —pregunté, mi hierro encendido contra su muslo. Besé la piel delicada de su clavícula y subí los dedos por dentro de su muslo hasta llegar a la tela de sus bragas. Las hice a un lado con los labios ocupados, mi lengua rodeando un pezón. De repente, dio un brinco y se hizo atrás.

—¿Cristi? la llamé. Ella solo movía la cabeza a los lados. Se subió la cremallera, su pecho subiendo y bajando. Se llevó la mano al rostro y di un paso hacia ella. Tragué en seco. ¿Había ido muy rápido?—. Sabes que nunca haría nada que te pueda herir, ¿verdad? —Di dos pasos al frente, mi mano buscando su cintura. Otro paso que la alejaba más de mí.

—Lo sé, pero es muy fácil dejarse llevar. Tengo que mantenerme cuerda, eres como una adicción que por mas que lo intento no logro quitarme, y no puedo dejar que vuelen mis sentidos... No cuando existen dos criaturas por medio. Entiéndelo, Alejandro…

Odiaba cuando usaba mi nombre completo, ponía demasiada distancia entre nosotros.

—¿Qué hay de malo en dejar nuestros sentidos volar? —pregunté tan cerca de sus labios que pude beberme su aliento: fresas, vino blanco y… limón. Necesitaba luz verde y la besaría, pero sus manos fueron a mi pecho y me empujaron levemente.

—¿Tus manos? —preguntó obstinada.

Al fin se las enseñé. Los nudillos comenzaban a inflamarse. Ella las examinó con expresión preocupada, su labio en una mueca. Tomó mi barbilla de forma delicada, pero aún así solté un «¡ay!». Otro morado comenzaba a formarse ahí.

—¿Qué te pasó?

—Un altercado —omití los detalles.

—¿Con quién? ¿Por qué? No eres de los que van por ahí buscando pelea. Además, ¡¿QUÉ ESTABAS PENSANDO, ALEJANDRO?! ¿Tus manos? En serio — soltó lo último de carrerilla, su voz preocupada—. Eres cirujano, no puedes ir por ahí dándole golpes a la gente…

Sonreí, feliz de que aún se precupara por mí.

—Si te digo, nos arruinará la noche.

Ella se rio.

—Ale, no va a pasar nada más —intentó hablar sin mostrar duda, pero le tembló el labio inferior.

—¿Por qué? —tuve que preguntar, separando la distancia entre nosotros con una mirada decidida.

—Porque sigues demostrándome que no has cambiado. Te hago una pregunta y la evades. Diría, además —se mordió el labio inferior—, que es muy poco y muy tarde, seis años tarde.

«Muy poco y muy tarde…», repetí. Fui al fregadero, mi mejor manera de evitarla; sí, evitarla. Ella no insistió, quizás pensando que mi silencio le daba la razón. Suspiré. No me escondía y no le mentí, nos arruinaría la noche. Le diría, respondería a cada una de sus preguntas, lo juro, pero no quería empezar una discusión cuando estábamos en la cuerda floja. Me entretuve tomando los platos y sentí cómo dolía abrir y cerrar las manos, con una mueca de dolor.

—¿No tienes lavavajillas?

—A tu derecha. —Sus ojos quemaban en mi nuca, pero no me volteé. Continué escurriendo los platos y situándolos dentro del lavavajillas como pude, entre el dolor y el hecho de que ya estaba casi lleno y, por supuesto, mal acomodado.

—¿Dónde está la basura?

—No tienes porque que hacer nada de esto.

—*Quiero* hacerlo.

Movió la cabeza a los lados en un gesto leve, pero me la señaló. Se paró cerca, apoyada contra la encimera con un pie detrás del otro. Se veía casual, para cualquier otra persona sería una manera natural de pararse, pero yo podía ver la parte interior de su muslo, podía imaginarme a dónde guiaba, un camino que moría por seguir con mi lengua. ¿Por qué tenía que ser tan perfecta? Me concentré en respirar y en escurrir los últimos platos de los restos de la cena, espaguetis con una salsa verde. Notó la curiosidad en mí, porque se justificó:

—La salsa es una mezcla de espinaca, brócoli y carne picada. *M*i madre cree que… —No terminó de decirlo, como si ya hubiese dicho demasiado—. Bueno, *tus hijos* son los más quisquillosos para comer. —Se frotó el rostro con la mano—. ¿Qué modales los míos, ¿tienes hambre?

Negué, porque no me atrevía a comer su comida. La conozco y no sabe cocinar; cuando vivíamos juntos, el que cocinaba era yo. A ella se le quemaban hasta los huevos hervidos. Dudaba mucho que hubiera cambiado. Estaba seguro de que *mis hijos* sufrían al comer esos «experimentos» suyos. Adoré esa frase, *mis hijos*, pero a la vez sentí un dolor increíble porque todo en la cocina me recordaba que yo no había estado aquí, que no pertenecía, desde las mochilas —una rosada con alas de mariposas, otra negra llena de caras de superhéroes— hasta los abrigos, el calendario escolar con notas no sabía lo que significaban y el cachorro que dormía en una esquina—. ¿Cómo se llama el perro?

—Hulk. —Al escucharse mencionado, levantó la cabeza y ladró—. ¿Seguro que no tienes hambre? Mi mamá cocino, si te hace sentir mejor.

Mi estómago rugió, recordando que no había cenado. Ella fue al refrigerador y volvió con un *tupper*.

—Es del almuerzo, ¿está bien?

Asentí. Ella se entretuvo calentando la cena en el microondas y sentí que era eso lo que yo quería todas las noches del resto de mi vida. Nuestros hijos durmiendo, una Cristina descalza por la casa ordenando la cocina, yo acomodando el lavavajillas mientras hablábamos de los

aconteceres del día, de planes futuros, de nuestros hijos... Incluso alguna que otra disusión sería bienvenida mientras significara que mantendríamos la misma pasión, que terminaríamos resolviendo las cosas en la cama; que me pondría furioso porque sabe que suelto mi ira azotándola con orgasmo tras orgasmo, volviéndola una demente por mí.

El plato que puso delante de mí no se veía mal, una mezcla de carne con verduras y arroz. Al primer bocado, abrí los ojos en grande: estaba exquisito, o yo tenía mucha más hambre de lo que pensaba.

—No está mal, ¿verdad? —Sonrió. No respondí; mi manera rápida de comer era muestra suficiente—. ¿Qué pasó para que *casi* arruines tus manos?

—*Mi hermano.* —La miré fijo a los ojos y ella desvió la mirada, pues sabía *exactamente* qué discusion había tenido con él. Me sentí feliz, ella tampoco quería romper este hechizo que parecía habernos envuelto.

El cachorro aprovechó ese momento para despertarse, ladrón, corrió a pararse a mi lado, ladró y otra vez me pedía que compartiese la cena con él. Le lancé un trozo de carne un poco lejos. Cristina se notaba incómoda en su presencia, su cuerpo se ponía rígido y hasta aguantaba la respiración.

—¿Cómo tienes perro si aún les tienes pavor? —pregunté—. ¿Cómo te convencieron?

—Me emboscaron, ya lo tenían dentro de la casa cuando regresé del trabajo. —Se encogió de hombros—. ¿Qué iba a hacer? No podía quitarles *otra* cosa. —Sus ojos notaron los míos, la *otra cosa* era yo. Asentí, entendiendo.

—Ana es la que —continuó— se hace cargo del cachorro *casi* siempre.

—¿Qué hay con Ana?

—¿Te refieres a su manera de ser? Es una vieja con un espíritu joven, tiene mejor vida social que yo, hace yoga por las tardes y va al gimnasio tres veces a la semana. La conocí cuando compré esta casa. Vive a tres casas y se enamoró de mis hijos, así que es su abuela postiza y una segunda madre para mí. Es mucho más que «la niñera». —Marcó las comilla con los dedos.

Terminé de comer y me levanté a lavar el plato y ponerlo en el lavavajillas, pero no parecía querer caber.

—Parece que se quedará para luego. —Estaba a mi lado, su hombro casi rozando mi costado. Sus palabras decían una cosa, pero sus gestos no mentían; para aparentar no querer nada más conmigo, se paraba muy cerca, buscando mi calor.

Negué con la cabeza, ella solo rodó los ojos sabiendo exactamente lo que iba a hacer.Saqué pieza por pieza del lavavajillas, y las volví a acomodar. Al final todo cupo, incluso ese último plato. Me observaba con una expresión rara, los labios entreabiertos como en un trance.

—¿Qué? —Di un paso hacia ella, ella dio otro atrás, y otro, hasta que su espalda chocó contra el borde del fregadero.

—Nada, que… —Suspiró—. Que…nada cambia. —Juntó los labios para evitar sonreír, pero aún así se curvaron y sus ojos se iluminaron.

Supe a qué se refería, lo increíblemente fácil que era convivir, sin esfuerzo, casi como respirar. Sin discusiones: ella decía que no se podía, renunciaba rápido, luego venía yo a demostrarle que sí se podía. A su manera solo cabían tres platos, literalmente.

Se volteó, dándome la espalda, su trasero casi contra mi frente. Podría haberle dado espacio, pero no quise.

—Estas —se refería a las grandes ollas que quedaban por lavar— se quedan para mañana, estoy muerta…

Se frotó entre la nuca y el hombro. Yo me pegué mucho más a ella, sus manos reemplazadas

por las mías. No protestó. Doy los mejores masajes, y me tomé mi tiempo desatando la tensión de los músculos de su espalda, su cuello y su hombro.

—¿Por qué no dejas que yo las lave? Abre el vino. —Mis labios *casi* rozaron la piel delicada del lóbulo de su oreja. Inclinó el cuello atrás para apoyar la cabeza en mi pecho.

—Ale. —Mi nombre sonó más bien a un gemido, su labio inferior entre sus dientes.

Qué daría por tener más de dos manos para acariciar otras partes de su cuerpo que llamaban mi atención, justo ahí donde sus muslos se encontraban. ¿Encontraría oro allí? ¿Estaría húmeda? ¿Lista? Sería muy fácil hacer sus bragas a un lado y entrar en ella, volver a casa.

—Ale, ¿qué? —la tenté, mi voz baja, musical—. Admite que quieres lo mismo que yo.

—Quizás, pero no… No juegas justo, sé lo que intentas hacer.

—No sé de qué hablas. —Bajé las manos inocentemente de su cuello a sus hombros y sus costillas, sintiendo el bosquejo de sus senos entre mis dedos…

—Sé… que… intentas seducirme con tus tendencias domésticas obsesivo-compulsivas.

—¿Solo mis tendencias domésticas?

No me aguanté más. Subí el dobladillo de su vestido empujándola a la vez contra la meseta, la fricción una tortura. Subí ambas manos por sus muslos, mis dedos acariciando la piel desnuda. Uno de mis dedos llegó ahí donde el material encontraba su muslo y lo hice a un lado, los ríos de su deseo crecidos y calientes como lava. Eché la cabeza atrás, un gemido escapó de mis labios a la vez que mis dedos encontraban un ritmo lento explorando su interior.

Le di la vuelta de súbito, su respiración jadeante, su pecho subiendo y bajando entre nosotros. Me miró de arriba abajo con llamas en los ojos y una mirada decidida. Me mordí el labio inferior disfrutando de cómo la cremallera del vestido *casualmente* se había abierto y dejaba ver mucho más escote que antes. Quise subirla sobre el granito y bajarle la cremallera con los dientes, descubrir su cuerpo con mis labios… Me volvía un adolescente con ella. Sentía el pantalón innecesario y mucho mucho más apretado. Respiré hondo, intentando calmar esa parte de mi anatomía, pero fallé increíblemente. La llama en sus ojos era el fósforo que me encendía, que hacía que por mis venas corriese esa hirviente necesidad de poseerla. Necesitaba calmarme, nuestra primera vez después de años no sería apurada, y menos sobre el frío del granito en el centro de la cocina. Ella se merecía tiempo y espacio, tomarme mi tiempo saboreando cada milímetro de piel con mi lengua, beberme su sudor, estirada en mi gran cama con su cabello salvaje sobre la almohada y sus gritos de placer llenando la habitación.

Me agaché en busca de los guantes para lavar los trastes que quedaban. Ella se alejó y volvió con un Sauv Blanc a medio empezar y dos copas.

—¿Y el Pinot Grigio que traje?

—Este está empezado, *el tuyo* otro día… —Había travesura, picardía en su mirada.

—Vamos, di que *no* quieres compartir el mío porque es tu favorito y quieres disfrutarlo a solas.

«Quiz*á*s en la tina, record*á*ndome con tus dedos, o *quizás* con un juguete entre tus piernas...». No lo dije en voz alta, pero ella sabía muy bien lo que pensaba. Abrió la boca en grande para refutarme, pero nada salió, así que solo sonrió.

—Lo que *tú* digas… Quizás… Dile a tu amigo —señaló con las cejas altas ahí donde mi pantalón había hecho una tienda de campaña— que no puede ser ese tipo de noche.

Solté una carcajada, porque si no era ese tipo de noche no era por falta de deseo. Necesitábamos tiempo para reconocernos en la intimidad; el sexo se puede apurar, pero al amor hay que darle su tiempo.

—Está contento, solo mírate… Te ha echado mucho *muchísimo* de menos.

Mi brazo buscó su cadera y la atrajo a mí. Disfruté de cómo entraba entre mis brazos sin protesta, su trasero contra mí, mis labios otra vez escondidos entre su cuello y su clavícula, mi nariz causándole cosquillas, olía increíble… Soltó una carcajada muy en alto, tanto que despertaríamos a los chicos.

—Si quieres huir de mí tendrás que ser un poquito mas rápida —le susurré al oído—. Me vuelves un enfermo mental.

Ella solo movió la cabeza de arriba abajo, quizás sin voz.

—No quiero que los chicos sepan que eres su padre, por ahora no.

7

ALEJANDRO

—¿Qué dijiste? —tuve que preguntar, porque no me lo creí.

Se aclaró la garganta y volvió a repetir las palabras exactas que mis oídos se rehusaban a escuchar.

Me llevé la mano a la boca abierta. Nos creía casi del otro lado del puente, ya habíamos pasado por esas aguas y comenzábamos a dejar el pasado atrás, pero no, ahí íbamos otra vez. O quizás era que yo que estaba viviendo una de esas locuras de ficción donde el personaje principal revivía el mismo día una y otra vez, sin poder cambiar el final. La solté y nos di distancia, la península entre nosotros.

—¿Vas en serio? Son *mis hijos*, Cristina. —Mi voz sonó áspera y firme. Ya no era ni suave, ni calmada, ni melódica. Ella tenía que entender que no podía imponer distancia entre mis hijos y yo.

—Lo sé, Ale, no quiero esconderte a tus hijos, quizás lo dije mal —continuó—. Ni quiero prohibirte que los veas. Les diremos que eres su padre, por supuesto, pero no en cuanto te conozcan, necesito que me demuestres primero que esto es lo que quieres. Dos hijos son una increíble responsabilidad, y no quiero que en un mes descubras que no es lo que quieres, te marches y los dejes con el corazón roto. Es preferible que ni te conozcan si eso va a ocurrir.

Reposé la frente contra el granito frío brevemente, frustrado.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no voy a ningún lado? —Enredé las manos en mi cabeza y jalé de mi cabello—. No todo es mi culpa.

—¿Y de quién es?, ¿mía?

—Tú me mentiste. —Mi voz sonó unos decibelios más altos. A la mierda, iba a decirle lo que pensaba, le gustase o no—. Me dijiste que la prueba era negativa. Y, *sí*, yo me fui; sí, quizás sugerí un aborto, pero… eso fue antes de saber si era de veras positivo. ¿Fue eso justificación suficiente para mentirme? ¿Qué pensaste que pasaría? ¿Que te drogaría o algo y te los sacaría yo mismo? —Me retiré los guantes que ni había notado que aún llevaba, frustrado, y los lancé dentro del fregadero. Salpicaron agua por todos lados—. Entiende que lo estoy intentando, ¿no es suficiente dejar mi carrera? ¿No es suficiente que lo deje todo por volver aquí? ¿Qué más quieres? ¿Que me arrodille? ¿Que te ruegue? No es eso lo que ya hago. —La respiración me salía entrecortada, mi nariz echaba fuego. Nunca antes había perdido la paciencia así con ella, pero todos tenemos un límite, y mis hijos al parecer eran el mío—. Además —apunté—, si vamos a continuar sacando cosas, ¿por qué no me dijiste que me escribiste?, ¿que mi hermano

sabía y decidió no decirme?, ¿que estuvo aquí justo ayer? ¿Cómo crees que se siente que él conozca a mis hijos y yo no?

—Porque es *tu* hermano, cometió un error. —Hizo una pausa—. No quería que lo odiases.

—Esa es *mi* decisión. —Ninguno dijimos nada, quizás por miedo a decir lo incorrecto. Nos miramos sabiendo que el camino se dividía; yo sabía seguro cuál quería tomar, la pregunta era si ella vendría conmigo.

—No tenías derecho —hablé bajo—, igual que no tenías derecho a mentirme años antes.

Cerré los ojos. Una lágrima se atrevió a correr de mi pestaña a mi mejilla. La retiré. Dolía; mierda, sí que dolía. En un momento casi nos vi recomenzando y al siguiente me apuñalaba por la espalda.

—Mentiste, pero no me ves sacándolo a cada momento que creo necesario. Y proteger a mi hermano es un error, porque ni siquiera lo conoces.

—¿Y de quién es la culpa? Alejandro…, me guardabas como al más sucio secreto.

—¿Eso piensas? ¿No podrías pensar que más bien te protegía? Mi familia no es normal; pero no, claro que no… Lo tuyo es asumir, y punto.

Se dio la vuelta, abrió la botella de vino y se sirvió una copa que se tomó de un solo sorbo.

—Juro que pensé que hacía lo mejor. Años atrás, pensé que te ayudaba a cumplir tus sueños, al menos en ese momento. —Se sirvió otra copa—. Volver a estar juntos no es una buena idea, nos hacemos muchísimo daño. —Parpadeé ante sus palabras; si me hubiera apuñalado, creo que no me hubiera dolido tanto.

—Ni lo digas…L la habitación se cerraba sobre mí—. No lo digas, porque no habrá vuelta atrás.

—Seamos amigos, criemos a nuestros hijos, pero nada más —dijo, y juro que sentí como si me disparara—. Es lo mejor, los chicos necesitan un ambiente estable, y hasta hoy lo he logrado. No quiero que pierdan eso, tienes que entenderlo; es lo mejor, que te conozcan sin la idea de que somos algo.

—Es lo mejor… —repetí, rodando las palabras en mi lengua—. Usaste esas mismas palabras entonces. Me rompiste con *esas* mismas palabras. —Abrí los brazos al aire, dándome por vencido—. ¿Necesitaré buscarme un abogado, Cristina?

—¿Me estás amenazando?

—No. Solo te pregunto… porque…, ¿acaso no puedo tener miedo también? Soy el padre, y no sé ni sus nombres…

La vi suspirar y servirse otra copa, pero no la tomó.

—Iza y Alex… ¿Qué más quieres saber?

—Todo. Me lo merezco, son míos.

Que se acostumbrara a escuchar esa palabra, «m*í*os». Tenía que entender que ni ella ni nadie me iba a separar de mis hijos; que, si tenía que luchar con uñas y dientes por ello, lo haría. Mi amor por ella siempre sería secundario a mi amor por dos criaturas que aún no conocía.

—¿A qué te refieres con todo…? —Mis ojos le decían que no jugara conmigo—. Me es difícil volver atrás. —Vi las lágrimas en sus ojos y quise ir a tomarla en mis brazos, pero el calor reconfortante de mis brazos no sería bienvenido.

¿Amigos? ¿Cómo coño sería solo amigo suyo? Imposible.

Esperé. O me decía ahora, o delante de un juez. Ella decidía. Mantuve la mandíbula apretada, y los puños; vi su pecho subir y bajar, cerró los ojos…

—Nacieron antes de tiempo, el diez de enero. Estuve hospitalizada las últimas tres semanas. Tus hijos son una bola de fuego y no querían estar adentro, nacieron vía cesárea. Iza nació

primero, le encanta decir eso. Pesó cinco libras y media, menos mal que logré llegar a las treinta y cuatro semanas… Ambos necesitaron atención médica durante tres días, fueron las peores setenta y dos horas de mi vida. Alexei tiene tus ojos azules y fue como volverte a ver cuando los vi; Iza se parece a mí, pero tiene tu inteligencia, algarabía y soberbia. Lee desde los cuatro años. Alex es tímido, demasiado, pero increíblemente inteligente, ¿tengo que seguir?

Ambos éramos dos madejas de mocos. Negué, porque se notaba que la torturaba. Me limpié las lágrimas con la solapa de la camisa. No importaba cuántas bolas curvas me lanzara, era y siempre sería la mujer de mi vida. Llamadlo sadismo o masoquismo. No importaba. Nada importaba.

—Lo haremos a *tu* manera por ahora.

«Me *pides* pruebas, ¿verdad? *P*ues *prepárate,* que no pretendo dejarte ni a ti ni a ellos. *S*eré tan mejor amigo, tan buen padre, que te juro que *querrás* llamarme esposo».

—¿Te puedo preguntar...? —Mis ojos chispeantes—. Si no hubiera regresado, ¿les ibas a decir alguna vez sobre móvil?

Su respuesta fue inmediata:

—Por supuesto. Te escribí, no recibí respuesta, ambos sabemos ya por qué. Pero siempre pensé en decirles cuando fueran mayores, y si querían entonces ellos habrían podido buscarte. Tienes que entenderlo: pediste un aborto.

Si existe una palabra que quiero borrada del diccionario es esa, por inmaduro, por egoísta, por hijo de puta.

—¿Podemos prometernos algo? —Esperé a ver su cabeza moverse en un leve asentimiento —. Ambos nos herimos. Yo sugerí un aborto, ahí está, lo dije, lo admito, sí…, pero la decisión era tuya. El pasado no añade nada más a nuestra situación, se nota que aún te hiere y me pasaré la vida entera intentando borrar ese recuerdo.

—Entonces, yo también te pido, más bien te ruego, que seamos solo amigos.

—¿Por ahora? ¿O por siempre? —fue mi simple respuesta—. Amigos, imposible, por eso nunca te llamé; por eso nunca te busqué. Ser solo tu amigo es imposible, te deseo demasiado. —Tragué, pero la saliva no quería bajar por mi garganta—. Eres el oxígeno que cada célula de mi cuerpo necesita.

«¿Amigos?, ¿para qu*é*? ¿*P*ara darle *la oportunidad a otro de que ocupe* mi lugar*? N*i en un *millón* de años».

—Aprenderás, por ellos…

Elena apareció de repente en la cocina con una manta cubriéndole los hombros, el cabello despeinado y los ojos soñolientos. Me miraba con odio. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? ¿Cuánto escuchó?

—Ustedes dos, ¿no creen que es un poquito tarde para dramas?

Cristina bajó la cabeza negando, su rostro apenado. Suspiró y casi me suplicó con la mirada.

—Ale, mejor vete, ¿sí?

Le quise decir que era su casa, que no le debía nada a su madre, pero todo estaba claro. Aquello explicaba el cambio en ella, porque en días anteriores no la sentí tan insegura, tan distante. Tenía que llegar Elena a llenarle la cabeza de tonterías. Fui hasta ella y le besé la mejilla sin pudor por la compañía...

—¿Amigos? —susurré—. Te respeto, es *tu* decisión. *Tú*… no quieres nada conmigo, *tú* crees necesitar tiempo. Está bien, lo respeto, pero a la vez tendrás que respetar que son *mis hijos.*

Luego le besé la frente descaradamente en un beso suave. Caminé a la puerta sin darle la espalda, abrí y salí al aire frío. Me fui como un soldado que vuelve de la batalla derrotado.

8

Cristina

La semana se fue volando y no supe más de Alejandro desde el lunes por la noche. Había metido la pata: no solo le pedí ser solo amigos, sino que también le dije que lo mejor era no decirle nada a los chicos. Por supuesto, me malinterpretó: le quise decir que los conociese primero y se lo dijéramos luego. Por eso, estaba segura de que de mi casa fue directo al abogado.

«Necesitaré buscarme un abogado, Cristina». Solo a mí se me ocurría prohibirle conocer a sus hijos. Yo también movería cielo y tierra si alguien me dijera que no los puedo ver ni conocer. Su silencio esos días solo sirvió para que el miedo a perder a mis hijos creciera y sabía que no podría relajarme hasta que hablara con Nathaniel.

Amy me había ignorado durante dos días y mi madre no paró de buscar pretendientes con comentarios inofensivos como «el hijo de Marta está soltero» o «¿sabes quién terminó su doctorado y está soltero?». Casualmente todos estaban en Florida. Otras veces, me decía «te echo mucho de menos, Cristi», o, mejor, «si viviéramos más cerca...». Menos mal que no. Evitaba preguntarle cuándo se iba porque sabía que se sentiría ofendida, armaría su teatro y sería peor.

Jugaba con la idea de si mandarle un mensaje a Alejandro, o llamarlo. Tenía su número en mi móvil aún sin guardar. Podría quedar en una cita, decirle a los chicos, romper la curita, pero su silencio me hacía dudar y que mis hijos salieran heridos era mi peor miedo. Quizás Amy y mi madre tuvieran razón, quizás me estaba hundiendo en el mismo agujero. Así, de la nada, Alejandro había vuelto y quería reiniciarlo donde lo dejamos. Quizás era orgullo, o más bien amor propio, por tantas voces gritándome que era una mala idea mezcladas con la suya: «es tu decisión, Cristina, tu decisión».

Ni mi mejor amiga ni mi madre creían que fuera buena idea volver a caer enamorada de él. Ellas no estaban locas ni cegadas por él, estaban fuera y veían más allá de lo que mis ojos ciegos veían: ¿cómo iba a saber si era el hombre indicado si no le había dado la oportunidad a nadie más? Era la voz de mi madre, resonando en mi mente.

No ayudaba que al cerrar los ojos lo viviera todo de nuevo: su calor, el peso de su cuerpo contra mi espalda, el olor de su colonia, sus manos subiendo por mis muslos, sus huellas dactilares tatuadas en mi piel, sus labios explorando mi cuerpo, sus dedos volviéndome un juguete, una muñeca creada exactamente para su placer. Tonta de mí, sugiriendo ser amigos cuando sabía que solo demoraba lo inevitable. Él solo tenía que mirarme y decir «ven aquí», y sin tocarme incendiaría mi cuerpo entero.

Tan sumida estaba en mis pensamientos que no vi a Sam detenerse enfrente de mí. Cuando habló me sobresaltó y el café que tenía en la mano terminó esparcido sobre la pequeña mesa.

—Lo siento, no quería asustarte —se disculpó rápido y se alejó para buscar servilletas con las que limpiar el desastre.

—No —me llevé las manos a la nuca para masajearla—, es uno de *esos* días. ¿Cómo estás?

—Bueno, es miércoles…

—Eso también.

—Podría ser peor, podría ser lunes.

—Oh, sí, podría ser mucho peor.

Sonreí y me devolvió la sonrisa. Noté que tenía una sonrisa bonita, casi perfecta, pero nada… Ni la más mínima mariposa, ni el más mínimo brinco del corazón. Continué buscando el atractivo de ese hoyuelo en la barbilla cuadrada, quizás… No me veía besando sus labios, un poco finos, y la imagen en mi cabeza cambió a unos labios acolchonados color carmín. Joder, eso era lo que siempre pasaba, siempre, comenzaba a compararlos a un ideal, y siempre me llevaban a pensar en Alejandro.Arrugué las cejas sin querer.

—¿Te molesta si me siento?

—No, no —respondí rápido. Ahí estaba yo, convirtiendo un simple encuentro entre colegas en algo raro, y el hombre seguro que estaba hasta casado. Le hice señas de que se sentara y tomó asiento frente a mí—. ¿Cómo estás? —pregunté—. ¿Cómo te trata la semana?

—Podría ser mejor, pero ahí vamos, ¿y la tuya?

—Igual. —Desarrolló su emparedado, uno de esos de desayuno con tocino y huevo. Su olor fuerte impregnó el espacio entre nosotros. Quizás yo fuese muy expresiva, porque añadió—: Esto es una mierda, tanto dinero que gana el hospital y no pueden invertir en una buena cafetería.

—Quizás, si le hablamos al director... —Se quedó observando con la boca abierta, el siguiente bocado a medias—. Oh… —Rei a su inocencia—. Entonces, ¿tendremos mejor cafetería?

—Quizás si sabes cómo convencerme… —Pestañeé al provocativo comentario—. Joder —añadió rápido, sus mejillas tornándose carmín—. Eso ha sonado muy pero que muy mal, una visita a recursos humanos de mal. Cuéntame de tu semana, ¿por qué podría ser mejor? Espero que haya sido menos atareada que la mía, he tenido un miércoles de esos que sabes será de perros incluso antes de que salgas de la cama. —Ya iba conociéndolo y sabía que tomaba carrerilla al hablar cuando se veía encajonado y nervioso. Bebí un sorbo de lo que asumí era un té por el pequeño cordón que colgaba del vaso de papel.

—Empezando por que no he podido dormir —omití la razón—, las últimas lluvias inundaron la consulta de bajos recursos a donde voy todos los lunes, y Peter…, mi coche, falleció…

—¿En serio? Le pusimos batería nueva…

—Al parecer eso fue por gusto, muchas gracias, pero tenía otros achaques y de repente, puf… No más coche.

—¿En qué te mueves?

—Ana, la niñera, me ha prestado su auto, pero estoy segura de que tendré que comprarme uno pronto. No espero con ilusión esa visita a los vendedores. ¿Qué pasó contigo esta semana?

—Tuve que viajar a casa de emergencia y cancelar todas mis citas. —A mi mirada preocupada, añadió—: Nada grave, todo se soluciona, pero después mi vuelo de regreso se atrasó y esta mañana mi alarma no sonó.

Asentí en simpatía, porque de la manera en que lo dijo no parecía querer preguntas.

—Al menos es un bonito día —dije con sarcasmo. El día no prometía levantar, continuaba nublado y gris aunque no hiciera frío.

—Verdad. —Observó a nuestro alrededor y sonrió—. Al menos t*ú* estuviste de vacaciones,

¿hicieron algo divertido? —No se me pasó la manera en que incluyó a mis hijos, por lo que me atreví y sonreí.

—Lo usual. El domingo hizo un día espectacular, así que fuimos a por un helado, después pasamos el día en casa, y te diré que ahora tenemos un cachorro, es la novedad.

La sonrisa le llegó a los ojos.

—Yo tuve una cachorra cuando niño, Malie… La adoraba con la vida… —Me dejó en suspenso y volvió a darle un mordisco a su emparedado. Por su expresión, no parecía estar muy bueno.

—¿Y qué le pasó?

—Se hizo vieja, engordó y murió de vieja… a los trece.

Pensaba que su historia tendría un final más impactante, como que un camión la atropelló o fuera raptada por aliens. Se hizo el silencio y ninguno de los dos sintió la necesidad de llenarlo. Observésus manos vacías, no llevaba anillo pero sí se veía una línea.

—Tú y tu esposa, ¿tienen planes para el fin de semana?

Él sonrió. Sí que estaba casado, disfrutaría al observar la expresión de Amy cuando le dijese.

—Exesposa. Finalizamos el divorcio hace tres semanas.

—Oh, lo siento. —Me sentí incómoda, ¿por qué había abierto la bocota?

—No, para nada. No somos ni amigos ni enemigos, ambos estamos de acuerdo con la situación y listos para el futuro. —Sus ojos encontraron los míos, el verde chispeando—. Descubrimos que era mejor separarnos ahora que odiarnos en unos años, no todas las separaciones son de novela.

Sonrió y sentí algo extraño, algo así como paz, como si pudiera decir o preguntar lo que quisiera sin miedo a ser juzgada. Di un sorbo de mi café ya frío. Seguía sin atreverme a decirle que mi ex había regresado y que había abierto la caja de Pandora en mi vida.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién? —Parpadeó confundida. Por un momento creía haber hablado en voz alta.

—El perro.

—Hulk, mi hijo está obsesionado con el gigante verde ese.

—¿Le gustan las pelis de Marvel? ¿Qué edad tiene?

—Cinco. Es muy chiquito para ver ese tipo de peli, lo sé, pero un día la estaban pasando por la tele y el berrinche que me hizo cuando la apagué fue que ni te cuento. Mis hijos son muy inteligentes, no quiero decir que sean genios porque ya eso sería hablar mucho, pero… —Me tomé un descanso para tragar saliva. Podría hablar de mis hijos durante horas y él me observaba atentamente sin parecer aburrido.

—No te juzgaba —dijo—, solo pregunté por curiosidad.

—Lo siento… Gracias. —Sonreí tímida.

—Es bueno que tengan mascota, mis mejores recuerdos son con esa perra. —No sé si lo dijo para cambiar de conversación y volver a donde no nos sentíamos incómodos.

—Yo les tengo pavor.

—¿En serio?, ¿por qué?

—Por un casi ataque de niña. Si mi padre no se hubiera entrometido entre el pitbull y yo... —Me inspiré, recordando que mi papá aún tenía cicatrices en el brazo.

—Los pitbulls son super agresivos, pero, dime, ya que no creo que sea justo —miró a los alrededores—, ¿tienes a alguien en tu vida?

Su pregunta me tomó desprevenida.

—Nadie.

—Entonces, ¿estás tan soltera como yo?

Suspiré… Quería decir que sí, pero era una verdad a medias y no se merecía eso. Tragué en seco y cambié de tema.

—Ya no hacen películas que te hagan pensar o meditar, todo son superhéroes y acción.

Sé que no fui muy sutil, porque él solo sonrió, una sonrisa que me decía que aceptaba el reto y que la dejaba pasar, solo por el momento.

—Desafortunadamente el mundo se ha monetizado de una manera increíble estos últimos años.

—Querrás decir décadas. —Levantó su vaso en señal de aprobación a mis palabras.

—Quizás. Y no me creas baboso, pero… podríamos ir a ver una peli juntos. La de *Mario Kart* dicen que es buenísima, o puedes escoger la que quieras, te prometo el cubo de palomitas más grande. Lo que me lleva a preguntarte: ¿eres una chica Pepsi o Coca-Cola?

Sonreí genuinamente a su elocuente manera de volver la conversación a nosotros.

—Chica Pepsi.

—¿En serio? —Se le notó de veras ofendido.

—En serio, la Coca-Cola creo que pica mucho…

—La Pepsi es muy dulce. —Puso cara de asco—. Pero puedo dejarlo pasar..., solo tienes que decir que sí.

Mi corazón dio un brinco. Debía decirle que no, pero si lo hacía esto entre nosotros se volvería humo y no sabía si estaba lista para dejarle ir. De repente, quise más de él, de su conversación, de su sonrisa, de sus ojos verdes… ¿Por qué tenía que aparecer tan tarde?, ¿por qué no pudo aparecer el mes anterior?

—¿Te gustan los videojuegos? —La pregunta era tonta, y no una forma sutil de desviar la conversación otra vez.

—Oh, estoy obsesionado. No sé ni cómo terminé la escuela de medicina. ¿Y a tu niña qué le gusta? —Me alegré de que continuara en la misma línea y mi silencioso rechazo no volviese raro el trato entre nosotros.

—Le gustan los rompecabezas y leer muchísimo.

—Están muy apegados a ti… —Abrió la boca y la cerró, estaba segura de que la próxima pregunta sería la que había escuchado un centenar de veces: «¿y el padre?».

—Bueno, soy lo único que tienen aquí, mis padres viven en Florida.

—¿Eres hija única?

—Sí, ¿y tú?

—Soy el único varón, tengo dos hermanas menores. —Soltó un suspiro.

—¿Hay una historia ahí?

—Miles, sinceramente. Por eso fue el viaje de emergencia; Penélope, la menor, estudia Derecho en Nueva York, y por poco la deja este fin de semana por un patán.

—Oh.

—Mis hermanas son todo un cliché . Aun así, ni porque soy el único hermano varón conozco a las mujeres.

—¿No? —pregunté curiosa.

—Soy un desastre con las mujeres. —Rio alto, una risa melódica de esas que humedecen bragas, pero las mías se mantenían secas.

—¿Cómo así? —La pregunta la hice solo por curiosidad. No podía ser. Un hombre como él, con ese carisma, esa sonrisa segura que a veces se volvía picara, los ojos café aguado..., no podía tener problemas con las mujeres.

—Es que no tengo alma de Casanova, más bien de Quasimodo.

Reí a su ejemplo, porque él no se parecía en nada al personaje de Victor Hugo.

—No tanto, solo exageras…

—¿No tanto? Joder, y que no haya un espejo cerca... —Reí en alto y el río conmigo—. Me rechazas y para colmo me dices que no me parezco *tanto* a Quasimodo, creo que *sí* que me merezco esa cita, como pago por los daños emocionales causados. —Guiñó y quise decirle que sí.

—No fue mi intención insultarte… —Me hervían las mejillas de la vergüenza.

—Solo juego contigo… Sé que no lo dijiste mal, pero aun así me debes…

—¿Cuándo? —Me sorprendí con esa pregunta.

De repente, el espacio se hizo pequeño. No era saludable que saliese con Sam mientras mi mente, mi cuerpo y mi corazón deseaban al padre de mis hijos, pero ¿qué había de malo en darle una oportunidad?

«*Q*ue lo dejar*á*s herido y tendido», dijo una voz en mi cabeza.

—¿Qué opinas? ¿Este sábado?

—¿Este sábado? —Me mordí el labio inferior—. No puedo.

Sus ojos me miraban extraños, como si no me creyese.

—Excusas, excusas. —Su voz sonó saltarina, nada molesta.

No había mentido. No podría haber elegido un día peor. El sábado estaba fuera de discusión: era mi cumpleaños y mi madre siempre organizaba una fiesta sorpresa, que dejó de ser sorpresa quizás en mi quinto cumpleaños, aunque ella insista en fingir que yo no sé nada.

—¿Qué opinas del sábado siguiente? —Propuse. No entendía por qué insistía. Debería haber aprovechado y no darle más alas, pero ahí estaba yo, metiendo la pata a cada paso.

—Vale, pero promete que no cambiarás de idea,

Asentí.

Sonó un mensaje en su móvil y se entretuvo leyéndolo.

—Joder, ¿ya es esta hora? Lo siento, tengo que irme.

Le hice saber con un movimiento de manos que no había ningún problema; yo también había perdido la noción del tiempo.

Se acercó a mí y murmuró en mi oído:

—Nos vemos, Esmeralda.

Sonreí. Rodé los ojos porque, aunque se hiciera llamar Quasimodo, para mí era más bien un Casanova con disfraz.

9

ALEJANDRO

Arabella apareció el martes por la mañana. No puedo decir que su llegada me sorprendiera; iba a aparecer tarde o temprano, sabía que no se conformaría con un «todo bien» como respuesta a sus llamadas y mensajes de texto. Al verme, me abrazó y agradeció a los cielos «que no encontró a su hermano en una cuneta».

Le cedí la cama de la suite. No podía cambiarme de habitación porque el dichoso hotel no tenía más por culpa de una gran conferencia teológica que según ellos era anual. Desde entonces dormí en el duro sofá de la pequeña sala.

Los vecinos de Cristi, después de largas negociaciones, vendieron por fin, solo después de pagarles casi el veinte por ciento por encima de lo que valía realmente su propiedad. No podía ni imaginar el rostro de Cristina cuando se lo dijera. Le había dado espacio y quizás pensaba que me había ido, pero no: estuve aquí, planeando mis movimientos durante el día y ahogando mis penas con mi hermana vigilando que no tome hasta morir por las noches. Y es que me hundía en una depresión tremenda recordar que ella solo quería ser amigos, que tendría que verla a diario para *solo* criar a nuestros hijos. La culpa era mía. Como dijo ella: «muy poco y muy tarde».

Los días habían sido largos. ¿Se vería alegre?, ¿triste?, ¿molesta o indiferente?. Sabía que no había acaso mayor que tu ex mudándose frente a tu casa, pero ella quería que le demostrara que podía ser padre y nada gritaba pertenencia y estabilidad que comprar una casa, echar raíces y ver a mis hijos crecer desde la ventana de enfrente. Además, me imaginaba la cara de cada pretendiente cuando ella les dijera que su ex, el padre de sus hijos, vivía justo enfrente. No había mejor venganza que esa. Sonreí y di otro sorbo a mi bebida.

Vi venir a mi hermana como un duendecillo pequeño de piel bronzada, pelo negro y ojos chispeteantes de un verde musgo. Silenciosa como un ángel se sentó en la silla alta a mi lado. Levanté el vaso vacío y la miré a través de él: un poco distorsionada, en minifalda y *Converse.* Sonreí a ese detalle, su mano rodeó la mía y me quitó el vaso vacío. Lo apoyó frente a nosotros, no en un gesto brusco sino más bien como se le quita algo peligroso a un bebé. Su mirada era gentil.

—¿Cuántos de estos has tomado?

—Los suficientes. —El sabor del *whisky* aún seguía en mi lengua. Reposé mi brazo en el respaldo de su sillón. Ella se giró hacia mí y tomó mi barbilla, sus ojos queriendo penetrar en mi cerebro…

—Llevo un día entero aquí, te he preguntado casi veinte veces qué hace que el eminente cirujano deje su vida en D. C. y se mude a un pequeño hotel en un pequeño pueblo en Carolina del Sur donde no existe ni un centro comercial decente, y lo único que he sacado de ti es que te

encojas de hombro y pidas otra bebida… Mírate, tienes los ojos rojos… Ale, tú no bebes… ¿Qué te está pasando?

—Te propongo algo —dije, y me miró con sospecha—. Te respondo a todas esas preguntas si me dices qué haces aquí de verdad.

—Aidan me dijo que tuvieron una riña, pero no me dijo por qué, y… necesitaba salir de Nueva York.

—¿Por?

—Terminé con... —hizo una pausa— el problema con el que *salía*.

—¿Por qué?

—Dios… No puedo creer que le esté contando esto a mi hermano mayor —dijo para sí misma—. Quedamos en que solo sería sexo, y no puedo continuar mintiéndome a mí misma: tengo sentimientos por él, pero él no los tiene por mí, así de simple.

—¿Cómo sabes que no tiene sentimientos por ti?

La observé tragar y bajar los ojos a sus manos. Quién me iba a decir que un día hablaría de estas cosas con mi hermanita menor y que no se sentiría tan raro.

—Me lo ha dicho. —Sus ojos encontraron los míos y la tristeza en ellos me causó una ira increíble. Si alguien hiriera a Izabela así, sería capaz de matar. Cerré los puños. Tanta protección rara, porque ni la conocía.

El barman se acercó. Quizás nos vio con ganas de ahogarnos a ambos, porque nos puso dos pequeños vasos enfrente.

—¿Tequila? —preguntó.

Mi hermana se encogió de hombros.

—A la mierda. Solo para mí; para este de aquí, solo agua.

—No, que soy el hermano mayor.

—Ale, no has sido un hermano mayor en mucho tiempo.

Sus palabras no podían molestarme, no cuando tenía toda la razón. Bajé los ojos a la barra, avergonzado. Gracias a mi ausencia, gracias a mi ambición, no solo había perdido a Cristina y a mis hijos, sino que había sido un mal hermano; quizás hasta un mal hijo, porque no recordaba la última vez que hablé con mi madre.

Observé a Arabella. Sabía que salía con su guardaespaldas, pero no podía decir a ciencia cierta si era de él de quien hablaba. En fin, que no conocía a la chica que ahora echaba la cabeza atrás, abría los labios y se ahogaba en un chupito de tequila para luego morder un pedazo de limón con cara de asco.

—Otro —exigió al barman, que solo negó. Me miró y yo le hice señas de que sí. *Cold Heart*, el remix, comenzó a sonar en los altavoces y ella empezó a bailar sin importarle que no estaba en una disco. Lanzó sus manos al aire, moviendo el cuerpo al ritmo de la música, sus caderas de un lado al otro. Cantaba siguiendo la letra y yo me volví en la silla alta a observar, libre, una mariposa con las alas heridas. ¿Quién lograba tener algo así y perderlo?

Me recordó a mí mismo, a cómo yo tuve a Cristina y la perdí por tonto, por no creer que pudiera mentirme, por no creer que éramos mucho más fuertes, por no dejarla ser, por no quererla como ella quería que la quisiesen, libre y sin esposas. Ahí descubrí mi gran error, mi imposición: asumir que se convertiría en mi perro faldero, que sería mi acompañante, cuando ella tenía una luz que podía brillar sola. En todo caso, ella era una mujer maravilla, y yo un vagabundo.

Tuve la más grande epifanía: Cristina tenía miedo a que el futuro fuese un recordatorio del pasado, y hasta que no le demostrara que no sería así, no llegaríamos a ningún lado.

Mi corazón se acongoja, porque ver a mi hermana despojarse de sus demonios mientras bailaba me hacía pensar que yo era exactamente como ese tipo que la había hecho sentir así, rechazada, desolada y herida. ¿Cómo no se podía amar algo así?, ¿tan delicado?, ¿tan bello? Era como tener la más bella rosa y dejarla marchitar.

La canción terminó y el barman puso otras dos tequilas a la barra. Arabella tomó los dos, uno seguido del otro.

—Los hombres… Ustedes. —Nos señaló a mí y al chico de detrás de la barra, que la miró raro—. Lo siento, eres mi hermano, y a ti no te conozco —lo señaló a él—, pero son unos hijos de puta…

—¿A quién hay que cortarle las bolas? —pregunté.

La sonrisa que me regaló me llenó de melancolía, y decidí que era hora de quitar la tirita de una y contarle todo a mi hermana… Y así lo hice. Comencé desde el principio.

—… Y… volví en busca de quien perdí… Y ahora resulta que tengo dos hijos…

Mi hermana me observaba con la boca abierta. La música se apagó, como el clásico cliché de las películas, como si un disco se rayase. Sentí la mirada de los que nos rodeaban. No sabía si me habían escuchado también y fui muy cobarde para voltearme a mirarles. Ella no decía nada, se la veía en *shock*. Solo me miraba y pestañeaba. Pensaba que Aidan se lo habría contado, pero aparentemente era la primera vez que lo escuchaba. Sentí alivio y un poquito de agradecimiento por que mi hermano no hubiese corrido con la noticia a mi familia; aun así, no le perdonaría, no se lo merecía.

—¿Soy tía? —habló ella al fin.

Asentí.

—¿Y no los conoces?

— No, aún no… Ha pasado todo muy rápido.

Podría decirle muchas cosas, pero decidí mantener los detalles privados. No quería que mi hermana odiase a Cristina, sería pronto su cuñada. El hecho de que Cristina fuera mi esposa me volvía ligero y feliz, porque era más que evidente que así sería, solo tenía que darle tiempo.

—Mis problemas quedan minúsculos al lado tuyo… Sin ofender. John —llamó al barman, que la miró raro ya que ese no era su nombre—. Dom, por favor…, dos copas.

—No la vendemos por copa.

—La botella entonces.

Mi hermana tomó la botella de las manos del chico y la abrió como una experta, el sonido *pop* del corcho explotando entre nosotros. Vertió en dos copas, tomó la suya y la tocó con la mía.

—Felicidades, papá.

No nos dijimos nada en un tiempo, ambos saboreando el efervescente sabor, el sonido de una canción instrumental de fondo como si mi vida tuviese banda sonora, lúgubre, deprimente, y desolada. Ella habló primero:

—Entonces, ¿te quedas? ¿Dejas la medicina? —preguntó y tomó un sorbo de su bebida. Me preguntaba si, como Aidan, ella también tenía un problema con la bebida. Se la notaba increíblemente sobria aún.

Asentí y abrió los ojos como platos.

—Pero ¿por qué? Entiendo que te quedes, pero dejes la medicina por el pequeño detalle de qué tienes hijo no.

¿Por qué? Porque mi ambición era muy fuerte y no sabía cómo ser padre, esposo y cirujano. Además, desde el momento en que supe que tenía hijos una necesidad de protegerlos se apoderó de mí, un sentido de responsabilidad. Quizás de esa manera me castigaba a mí mismo.

—Si ella puede —mi hermana interrumpió mis pensamientos— ser madre, me refiero, y médico, tú también puedes, solo tienes que aprender a priorizar.

—¿Acaso eres psicóloga ahora?

—Aunque no lo creas —sonrió— he tomado una o dos clases, y no es una mala idea, pero me gusta la moda. Entonces, ¿en qué punto estás tú y la mamá de los bebés?

—Solo amigos… Es lo que ella quiere, y lo respeto…

Nos miramos por medio segundo. Mi hermana abrió la boca como para decir algo, pero con la misma la cerró.

—La entiendo.

—¿Cómo así?

—Se protege a sí misma y a los chicos. Imagínate: ahora es algo nuevo, pasional, excitante, pero ¿cuando pasen los años? ¿Y si no duran? ¿Qué pensarán los chicos? Sería un desastre: primero no te conocen, luego estás en sus vidas y otra vez tienen que sufrir si ustedes se separan.

—Nunca dejaría a mis hijos.

—Eso lo sabes tú, pero no ella.

—¿No crees que es una manera muy negativa de ver las cosas?

—Quizás, pero tienes que recordar que tienen un pasado, y si no funcionó antes…

—Ella mintió…

—Lo que sea, algo la llevó a mentir.

Resopló porque tenía razón. Me sentía avergonzado de la verdad.

—Quizás —dijo— el hecho de que no quieras volver a la cirugía tampoco ayuda.

—¿Cómo así? —Mi tono le decía que no me creía—. ¿Qué más prueba que dejar esa parte de mí por ella?

—Los hombres sí que están ciegos. —Volvió a servir otra copa para ambos.

—Y tú eres una cría…

—Quizás. —Me miró directo a los ojos—. Acostúmbrate a ser el ex, *solo* el padre de los niños…

Touché.

—¿Qué sugieres? —dije en tono cansado.

—Nada. Es simple: no cambies tu vida, incorporarlos, dales su lugar en ella… No será fácil, pero tendrás que aprender a vivir con la cirugía y ser esposo y padre. Tendrás que cambiar tus hábitos. Es muy fácil decir «te quiero», pero muy difícil demostrarlo.

Observé mis manos, ya menos hinchadas de la paliza que le di a Aidan. Esperaba ver la derecha vibrar, temblar, pero nada de eso pasó. «Todo está en tu cabeza», me dije.

—Por cierto —su voz me trajo de vuelta—, tendrás que hablar con mami y papi... No puedes esperar más.

Sentí la bilis subir a mi garganta.

—¿Te molesta si subimos? Es tarde.

—Sube tú…

Seguí sus ojos al otro lado de la barra, hasta el barman que atendía a otro cliente.

—No.

—Ale, no soy una niña pequeña. Es una botella de casi mil dólares… —se lamió los labios— y él se ve bien apetecible.

Quizás dejarla sola en el bar fue una mala idea, pero no iba a discutir con ella. Ya estaba crecida, y yo estaba exhausta.

10

Cristina

Me subió sobre la península de una, mis muslos alrededor de su cintura, su mano sosteniendo mi mandíbula, su pulgar restregando mi mejilla y quemando mi piel, y el calor de su cuerpo seduciendo cada célula en mí. Su mirada volvía mi cuerpo un cañaveral encendido.

Una pausa, respiraciones a medias, ojos que buscaban permiso en los míos. Asentí y aplastó su boca contra la mía con labios bruscos, amenazantes, hambrientos. Su otra mano seguía explorando.

El sonido de la cremallera de mi vestido, el frío de la habitación en mi piel en contraste con sus manos calientes.

Mi mente cortocircuitó, perdí el sentido. Un cóctel de emociones me mareaba: su olor, su calor, su sabor. Ya no buscaba justificación a nada. Me sentí en trance, él era mi droga y sus labios tomaban y extraían toda sustancia de mí. ¿Por qué sus labios siempre se sentían mejor de lo que imaginaba?

Suaves, firmes y acolchados. Sabía exquisito. Bebí de ellos, del elixir que le devolvía la vida a mi cuerpo. Su aliento me volvía una demente y causaba ríos crecidos en mis bragas. Su lengua lamió mi labio inferior y entró en mi boca, reuniéndose con la mía, que le daba la bienvenida. Sus labios me ofrecían el oxígeno que mi cuerpo tanto necesitaba. Un solo beso no lograba recuperar el tiempo perdido, necesitaría una vida entera de ellos, pero era un comienzo.

Mis labios se curvaron en una sonrisa contra los suyos y suspiré aliviada. Mi cuerpo vibró cuando su boca dejó la mía y sus labios bajaron por mi barbilla y mi cuello. Me hice atrás para darle mejor acceso, sus manos explorando por dentro de mi vestido, una cerrada en uno de mis pechos, sus dedos jugando con un pezón.

Su boca comenzó el viaje de regreso a la mía, dejando besos ligeros en su trance. Cuando llegó, mis labios se cerraron en los suyos y me besó lento, sin prisa, como intentando pasar el dolor de su cuerpo al mío, un anhelo ferviente y melancólico.

Un suspiro mezclado en un gemido escapó de mis labios cuando por sorpresa sentí uno de sus dedos hacer a un lado mis bragas.

Supe que soñaba cuando escuché a mi madre aclararse la garganta y él desapareció, solo quedamos ella y yo en la cocina. Ella con los brazos cruzados, moviendo la cabeza a los lados.

—Eres una gran puta, Cristina. No seas ilusa, ¿no ves que solo te está usando? Si él quisiera, habría vuelto hace años. Date tu lugar, no te crié así…

Me desperté de súbito, frustrada y avergonzada, con los dedos entre mis piernas, la necesidad corriendo entre ellas. Me volví de espaldas en la cama con las manos una debajo de la almohada y la otra restregándose el rostro, el olor de mi excitación evidencia de lo que él me hacía sentir

hasta en sueños.

Cerré los ojos al recuerdo, a la memoria de las tantas veces que me hizo suya y usaba mi cuerpo como su juguete favorito. Mis músculos se contrajeron ante el recuerdo, una fricción exquisita, un deseo que nunca moría sin importar cuánto tiempo pasase. Me toqué los labios. Parecía como si hubiese sido verdad. Los sentía hinchados, tanto que podía saborear su aliento en mi lengua, su olor en mi nariz, el calor de sus brazos rodeándome. Me sentí sucia, ¿cómo podía ser posible que, después de tantos años, lograra que perdiese la cabeza en una semana?

Me volví en la cama recordando las palabras de mi madre cuando Ale se fue; mejor dicho, cuando ella lo echó:

—Creo que te crié un poquito más dura —dijo—. Si no hubiera intervenido casi te abres de patas aquí mismo, en la cocina. Date un poquito más tu lugar... No te crié tan puta… Eso es de sucias.

Una lágrima escapó de mis ojos hasta mi oído. Me tomó por sorpresa, ni había notado que lloraba, quizás de frustración, porque su ausencia dolía. Lo que daría por que ese sueño hubiese sido real, por que al darme la vuelta en la cama cayese en sus brazos y no la encontrara vacía y fría... Suspiré y llevé la mano a mi frente. Me notaba febril, quizás debería llamar al hospital y decir que no iba; era un turno extra, de todas formas, pero ya había dado mi palabra.

El agua fría de la ducha no ayudó a calmar el fuego entre mis piernas que se encendió ante el primer beso, al primer roce de sus labios, del recuerdo de lo que sus manos podían hacerme sentir. Quizás lo que necesitaba era pasar una noche alocada con él, una más, pero sin compromisos, sin ataduras, solo sexo: que me llevase a la cama con la promesa de ese orgasmo elusivo que echo muchísimo de menos, ese que nunca se perdía cuando estaba con él. La voz de la razón me decía que era una locura, ¿como resguardar mi corazón después? ¿Quién decía que una sola vez sería suficiente para apagar esa necesidad casi inhumana que crecía cada día?

—Cristi —llamó la voz empalagosa de mi madre. Volví a la realidad y me vestí en tiempo récord; ella tenía la costumbre de no tocar a la puerta, solo abrir.

—Cristina —volvió a llamar. No había usado mi apellido *todavía*, lo que significaba que se había comenzado a molestar con mi lentitud pero no estaba al borde de perder la paciencia.

La semana había sido literalmente un infierno. Cristi esto… Cristi aquello... Mi nombre era un puto disco rayado…. Y fue toda la bendita semana, hasta Iza comenzó a rodar los ojos (sin que ella lo notará, gracias a Dios, porque si mi madre lo notara no dejaría de escuchar lo insolente y maleducada que es mi hija).

Ambos niños, sin diferencia de género, siempre han tenido tareas domésticas después de la escuela, como sacar la basura, ayudar con los platos, barrer y acomodar su ropa en los cajones (aunque después tenga yo que ir a doblarlos un poco mejor). A mi madre eso no le parece nada bien. «Alexei es un hombre, él no tiene por qué barrer el patio, es un insulto que lo vean los vecinos», dijo el martes, y el miércoles: «¿No crees que tu hijo tiene el pelo muy largo?».

El jueves, cuando regresé del hospital, mi hijo vino corriendo con la cabeza rapada al estilo militar. «Lo pelé yo misma», me informó. Parpadeó, bajé y subí, conté hasta dos mil y me dije que pronto se iría, que solo estaba de visita por mi cumple, hasta que rompió mi burbuja de negación al mencionar: «Tenemos que hablar de una opción permanente, no esperarás que duerma toda la vida en el cuarto de desahogo…».

«Sí, madre, tenemos que pensar en una opción permanente, como un asilo de ancianos», porque, si no la sacaba de mi casa, la que terminaría en un manicomio sería yo.

¿Qué pasó con su «muy excitante e importante vida social en Miami»? Si es que se le podía llamar vida social a chismear en los bajos del pequeño apartamento donde vivía.

Lo peor era que no podía molestarme ni armar líos porque si le reclamaba su respuesta sería irse y no responder a las llamadas en meses, algo que siempre había hecho después de una discusión. Y no, no era la primera vez que lo hacía.

Tomé turnos extras en el hospital, centrándome del todo en mi trabajo no solo por evitarla, sino porque era una boca más que mantener y no resultaba barata con su tendencia a comprar todo orgánico y cocinar *gourmet*.

Además, mientras más trabajara más ganaría, y necesitaba estar preparada monetariamente para lo que se avecinaba. Me imaginaba hablando delante de un juez, practicando a la vez que me peinaba: «Señor juez, no le prohib*í* a sus hijos, solo le pedí que los conociera primero, que *estuviera* seguro de que esto era lo que *quería*, porque *en cuanto le llamaran papá* no habr*ía* vuelta atrás, y no hay nada *más* doloroso para un hijo que que tu padre te rechace. *É*l, por supuesto, no lo ve desde ese punto de vista, pero he sido madre y padre por mucho tiempo, y quizás es egoísta, hasta podría tildarse de celos, pero tengo que velar por su bienestar, el cambio necesita ser gradual, no de la noche a la mañana».

Anita, que ha sido una santa, me cuenta que lo ve todos los días como un reloj en la parada del autobús. Los observa salir de casa y subirse en el autobús desde su auto. No ha fallado ni un solo día. Ella no me dice lo que siente de veras, pero sus ojos me gritan que estoy siendo injusta, y me pregunto por qué aún no me ha demandado por la custodia.

—Cristina Rojas —grita mi madre. Su voz se nota mucho más cerca, mucho más molesta, ya que ha usado mi nombre y apellido. Escucho los pasos de sus chanclas subiendo las escaleras, odia subir al «palomar», como ella llama a las dos habitaciones en la planta alta. «No entiendo por qué no buscaste una casa donde todo estuviera en el primer piso».

Definitivamente tomé la decisión correcta al aceptar ese turno extra en el hospital. Me inspiré, preparándome. Tomé bocanadas de aire, sosteniéndolo y dejándolo ir lentamente. Si no me calmaba terminaría discutiendo con ella, y el vaso casi estaba lleno. Usualmente respondía a mi madre como un mayordomo cuando su amo hace sonar la campana, pero el chisme en la ventana era muy pero que muy interesante.

Me fijé en su auto (mi casa está orientada de manera que veo quién entra y sale desde mi habitación). No cabía duda, a no ser que mi vecino hubiera ganado la lotería la noche anterior, el Bentley negro que aparcaba enfrente era el de Ale. Me extrañó que no aparcara su auto en mi entrada, sino en la de mis vecinos de enfrente, los Connelly. Lo vi salir, cruzar el jardín y tocar. Solo esperó unos segundos, como si lo estuviesen esperando.

—¿Qué hace *él* en casa de tus vecinos? —Di un brinco ante la voz de mi madre detrás de mí.

—No tengo ni idea. —Ella solo chasqueó los labios, tan audible que me di la vuelta.

—Tú nunca tomas mis consejos, pero —abrí los ojos en grande para evitar ponerlos en blanco. Mi madre no sabía que un consejo, o una sugerencia, se dejaba en manos del interlocutor para que lo aceptara o no. Si mi madre te daba un consejo, debías tomarlo como un aviso— tienes que decirle a Alexei y a Iza que su padre está aquí. Es raro que hable con tus vecinos, lo más probable es que esté preparando un caso en tu contra. Tiene muchísimo dinero, te va a quitar los niños y se los va a llevar con él, ya verás.

—Madre, ¿cómo puedes decir algo así?

—No te molestes, es la verdad. —Se encogió de hombros como si mi predicamento no le causara ni frío ni calor—. Y no será difícil: no estás en casa nunca, vives trabajando, tus hijos son un desastre, malcriados…

Levanté una mano en señal de silencio, sus palabras herían.

—¿Me estás llamando mala madre? ¿Por trabajar? Si trabajo es para darles un sustento, *él* lo

sabe…

—No te ofendas —No podía creer que lo dijera sin expresión en el rostro—, pero eres muy confiada… Dile a tus hijos y, por el amor de Dios, búscate un abogado.

Odiaba cuando mi madre tenía razón, tanto que hinché las fosas nasales e inhalé profundo.

—¿Qué querías? —Si no cambiaba de tema terminaría diciendo cosas de las que me arrepentiría.

—¿Qué?

—Subiste a preguntarme algo, ¿qué querías?

—¿Chocolate o vainilla?

Se refería a mi torta de cumple. Creo que fue a los once cuando dejé de pelear con mi madre y rogarle no tener fiestas de cumpleaños extravagantes.

—Chocolate.

—Pensé que este año mejor de caramelo, ¿qué opinas?

—Excelente.

Ella aplaudió. Debía de tener un trastorno bipolar o algo así, ¿cómo podía cambiar de humor tan rápido? ¿No podía leer el ambiente y entender que yo no estaba para fiestas? Para colmo, su respuesta era aplaudir a una opción que no había elegido yo, el sonido hiriente a mis oídos. Esperé a quedarme sola para cerrar los ojos y tomar una decisión.

No esperé a ver a Alejandro salir de casa de mis vecinos, esperar era perder tiempo. Bajé las escaleras y llamé a mis hijos. Les pedí que se sentaran en el sofá porque tenía algo que decirles y agradecí que mi madre no apareciera por los alrededores. Tenía mis dudas y caminé de un lado al otro con las manos entrelazadas, ellos siguiéndome con ojitos curiosos.

—¿Vamos a tener una PlayStation? —Le fruncí el ceño a Alexei. No soy draconiana ni pienso que la tecnología sea malísima, pero sí tengo mis reglas: ni videojuegos, ni Ipads, ni teléfonos con pantalla táctil. Le respondí que no y él respondió abrazándose a sí mismo con indignación y el labio en un puchero—. Todos mis amiguitos tienen uno.

No había manera de decirles. Fui a ellos y los abracé a ambos, tan pequeños pero tan grandes que ya no cabían ambos en mis brazos. ¿Cómo hacerles entender algo tan difícil?

—Mami, ¿estás bien? —Me limpié las lágrimas que querían salir.

—Los amo muchísimo a ambos. —Los cubrí de besos, ¿quién era yo para prohibirle a *él* sentir esto?—. Su papá ha venido a verlos —susurré.

La expresión triste de mis hijos me sorprendió. Siempre hemos sido nosotros tres, los tres mosqueteros, pero con todo lo de la escuela y el *bullying* por no tener padre pensé que estarían más felices por esta noticia.

—Te vas a ir, mami. —Alexei me observaba con ojos grandes, y el labio inferior le vibraba.

—No, mi amor, nunca. Su papá los quiere conocer.

—¿Tengo un papá?

—Sí, corazón, tienes un papá.

—¿Va a jugar al fútbol conmigo?

—Quizás, bebé.

No quise prometer. No sabía qué tipo de padre sería Alejandro. ¿Y si era un padre ausente? Estaba pasando una crisis existencial; no creía que de la noche a la mañana hubiera decidido dejar su vida en D. C. por mí. El doctor Cortez, cirujano de primera, aún seguía ahí, y con él

estaría el ambicioso, el egoísta. Las personas no cambian de la noche a la mañana, simplemente es así.

—¿No dices nada, Iza?

Ella solo negó.

—¿Un papá? —Asentí, a lo que ella salió corriendo—. ¡Yo no necesito un papá! —gritó escaleras arriba.

Corrí detrás de ella, la tomé del hombro y la giré hacia mí.

—¿Iza?

—¿Nos vas a dejar? —Lloraba desconsolada, la abracé con fuerza.

—Eso nunca, mi querer. —Joder, ¿por qué dije que sí a ese turno extra? Mi busca no dejaba de sonar—. Me tengo que ir, amor, pero hablaremos más cuando vuelva, ¿sí?

Ella asintió. Bajé las escaleras corriendo y le mandé un mensaje rápido a Ale:

*«L*e dije a los niños que van a conocer a su padre… *S*i los hieres, te corto los huevos.*»*.

Odié dejarlos otra vez con mi madre. ¿Acaso ella tenía razón y era mala madre?, ¿cómo me iba a ir a trabajar después de soltar esa bomba a mis hijos? A punto estuve de llamar, pero ahí estaban, delante de mí, las muchas cartas de pagos requeridos. ¿Cómo íbamos a sobrevivir si no trabajaba? Los adoraba con locura, y eran mi vida; esperaba que cuando fueran adultos lo entendiesen. Salí de la casa con la cabeza baja, ignorando el Bentley aún aparcado enfrente.

Agradecí que la noche fuera atareada. No tuve tiempo de pensar. Al parecer, todos en el pueblo tenían la nueva gripe y el hospital estaba repleto, lo que agradecí: necesitaba distracción para no pensar en mi vida personal.

—¿Estás bien? —Tan ida estaba que ni noté el vaso de café de plástico con el logo de Starbucks delante de mí.

—Hmm. —Me estrujé los ojos y elevé la mirada a la persona a mi lado—. Lo siento, ¿qué?

Sam señaló el café con una mueca de labios. Di un gran sorbo ignorando que era pura azúcar y que era malo para mi salud, aliviada por la cafeína que me despertaba el cerebro.

—Gracias, mil gracias, eres un ángel. —Volví a beber, esta vez más lento, dejando que el papel calentara mi mano.

—Vete a casa, Cristi. —Su orden me tomó desprevenida.

—No, no me mandes a casa —el ruego y la desesperación en mi voz—, por favor.

—Llevas aquí desde el lunes. Ve a casa, descansa… Y no te quiero de vuelta hasta el martes, es una orden.

—¿El martes? Sam, ¿vas en serio?

—Pensé que te alegrarías. —Se dejó caer en la silla a mi lado.

—Mi madre está en casa.

—Sal conmigo, eso te sacará de casa… —dijo con voz sugerente y un guiño.

—Sam…

—Cristi… —Rodé los ojos a la mención del apodo que por alguna razón solo tenía efecto cuando salía de otros labios, en una voz mucho más grave y barítona.

—Este finde no puedo, de veras…

—Excusas, excusas. —Tomó un sorbo de su propio café. Quizás debería decirle un no sin dejar la puerta abierta, pero soy una persona que no sabe decir que no. Además, Sam era un buen hombre… ¿No me merecía yo algo bueno? Algo nuevo, fresco… Pero… Pero sentía el corazón como si lo hubiesen raptado, ¿podría otro rescatarlo? No era justo, él debía saberlo, pero ¿cómo decirle? Ya era suficiente venir con carga, pero traer también problemas de ex a la mezcla sería

un sucidio personal.

—Deja que te invite a una cena que no tenga que ser de cafetería de hospital o de una máquina expendedora.

Sonreí, porque al hablar de la máquina me vinieron ganas de unas papitas.

—Unas papitas no estarían mal, me comería unos *chips*.

—Ja, ja... Está bien.

—No, Sam, no…. Hablaba solo por hablar. —No lo escuchó, ya iba a la máquina. Me di una palmada en la frente por ser tan tonta. No se merecía que le diese cordel, ni ideas.

Volvió con tres paquetes de distintos sabores.

—No sabía cuál te gustaría —dijo como justificación,

Tomé las originales tras darle las gracias y saboreé la explosion de salado en mi lengua. Él abrió las picantes y sostuvo mi mirada antes de llevarse la primera papa a la boca. Desvié la mirada, tragando saliva, porque vi el gesto mucho más erótico de lo necesario. Un polvo… Un polvo lo curaría todo. Estaba falta de sexo, eso era todo.

—¿Qué es lo que te estresa? —preguntó.

Abrí los ojos en grande con la papa de camino a la boca.

—¿A qué te refieres?

—¿Crees que no se nota? Trabajas como una hormiguita, tus horas se han duplicado, tienes ojeras, se te nota cansada y… ahí va…

—¿Ahí va qué?

—El suspiro que se te escapa y ni lo notas. Puedes contármelo.

—Eres mi jefe.

—Quiero pensar que también tu amigo… No es solo tu madre en casa, ¿verdad?

Moví la cabeza lentamente. Quizás no era una buena idea mencionar a Alejandro. Tomé una profunda respiración, sintiéndome de repente nerviosa. Jugaba con mis manos y la bolsa de patatas.

—Mi ex, el padre de mis hijos, está de vuelta en la ciudad. —La cara de Sam se notó desanimada mientras procesaba la bomba que le solté—. Por eso tomé la semana de vacaciones la semana pasada... —Él solo me observaba en silencio, su expresión neutra. Me esperaba, así que continué—. No sabía de sus hijos, y al enterarse ha creado un caos en mi vida…

—Ah.

—¿Me juzgas? Es una larga historia, solo te di la versión resumida… No me siento lista para hablar.

—No —me interrumpió hablando con un matiz apurado en la voz—. Tus razones tendrás, pero empatizo con que ha sido una semana cargada emocionalmente para ti, y yo aquí insistiendo en una cita...

¿Una cita? Así, sin confusiones… ¿Por qué no pudo llegar unos seis meses antes? Seis meses antes, estaríamos escribiendo una historia muy distinta.

—Debí decirte. —Mis ojos cayeron al suelo. Me sentía increíblemente culpable.

—Que esté de regreso no es problema. —Su voz segura, sus ojos sosteniendo los míos—. Tu sinceridad me desarma, ¿aún lo amas?

Si íbamos a hablar con sinceridad... Moví la cabeza en un sí lento y él asintió de vuelta. Sentí que se merecía mucha más explicación.

—Fuimos novios durante casi toda la escuela de medicina, tuvimos una ruptura dolorosa y ahora ha vuelto de la nada. Es un eminente cirujano. No estoy segura de si estoy lista para volver a tener una relación con él, por una parte es el padre de mis hijos…

—… ¿Eminente cirujano? —me interrumpió.

—El doctor Alejandro Cortez.

—¿El cirujano cardiotorácico?

Asentí.

—¿Lo conoces?

—No personalmente, pero he escuchado de él, es… —Calló como buscando las palabras. ¿Un dios?, ¿un hijo de puta?, ¿un genio?—. Mi amigo Edel me lo recomendó y le mandé una oferta de trabajo, ahora quisiera no haberlo hecho.

Oh.

—Joder… ¿La aceptó?

—No, pero sí accedió a dar algún que otro seminario. Pensé que…

—Este hospital le quedaba chiquito. —Él asintió, de acuerdo—. Me alegro —dije—, no creo que pudiese verlo a menudo aquí.

—Lo que quiere decir que existe alguna esperanza… —Guiñó—. Bromeo. —Se levantó y posó la mano en mi hombro sin matices sexuales—. Aquí tienes un amigo para lo que necesites, espero que sepas eso.

—Gracias. —Se me aguaron los ojos sin saber por qué.

—Promete que irás a casa y descansa, ¿sí?

La conversación con Sam me dio la valentía de poner punto y final a nuestra situación. Tanto él como yo nos merecíamos seguir con nuestra vida, así que entré en el auto prestado de Anita, un viejo Buick de los setenta, con la intención de ir directa a casa, pero de repente me vi en el camino opuesto, hacia la autopista, ignorando la hora. Quizás una noche con él era lo que mi mente y mi cuerpo necesitaban; después, nos dedicaríamos a criar a nuestros hijos sin esa atracción entre nosotros.

El reloj de la consola marcaba pasadas las dos de la mañana, el Buick resonaba a cada cambio de velocidad como si se opusiera a mi mala idea. Quizás estaba dormido. Yo movía la cabeza a los lados: no, demasiado tarde para arrepentirse. El camino por fortuna fue corto. Cuando llegué y aparqué el auto, el silencio acompañaba a las dudas. Respiré hondo, tomé mi bolso y salí a la noche fría. Fui directa a los elevadores evitando mirar hacia la recepción, que se encontraba vacía gracias a la hora.

Oí el clic del elevador al abrirse. De ahí a su habitación eran unos pasos y los di lentos. Tragué sintiendo la navaja en mi garganta. Llegué a su puerta, habitación número 708; si había llegado hasta allí, lo mejor era tocar, y así lo hice, unos tres toques suaves. Quizás dormía, no me escuchaba y evitábamos todo este papelazo. Pero no, la puerta se abrió, aunque no fue Alejandro quien lo hizo.

Ella era joven, pequeña y de piel bronceada. Su belleza me paralizó. Lo último que recuerdo ver de ella fue sus piernas largas e infinitas y la camiseta que llevaba puesta, «John Hopkins MD» escrito sobre lo que parecía ser un increíble escote. Di la más rápida media vuelta de camino al elevador y mis ojos se aguaron al instante. Creo que la escuché gritar:

—Espera.

Pero ya el elevador se abría y cerraba.

11

Cristina

Agradecí que la noche fuera atareada. No tuve tiempo de pensar. Al parecer, todos en el pueblo tenían la nueva gripe y el hospital estaba repleto, lo que agradecí: necesitaba distracción para no pensar en mi vida personal.

—¿Estás bien? —Tan ida estaba que ni noté el vaso de café de plástico con el logo de Starbucks delante de mí.

—Hmm. —Me estrujé los ojos y elevé la mirada a la persona a mi lado—. Lo siento, ¿qué?

Sam señaló el café con una mueca de labios. Di un gran sorbo ignorando que era pura azúcar y que era malo para mi salud, aliviada por la cafeína que me despertaba el cerebro.

—Gracias, mil gracias, eres un ángel. —Volví a beber, esta vez más lento, dejando que el papel calentara mi mano.

—Vete a casa, Cristi. —Su orden me tomó desprevenida.

—No, no me mandes a casa —el ruego y la desesperación en mi voz—, por favor.

—Llevas aquí desde el lunes. Ve a casa, descansa… Y no te quiero de vuelta hasta el martes, es una orden.

—¿El martes? Sam, ¿vas en serio?

—Pensé que te alegrarías. —Se dejó caer en la silla a mi lado.

—Mi madre está en casa.

—Sal conmigo, eso te sacará de casa… —dijo con voz sugerente y un guiño.

—Sam…

—Cristi… —Rodé los ojos a la mención del apodo que por alguna razón solo tenía efecto cuando salía de otros labios, en una voz mucho más grave y barítona.

—Este finde no puedo, de veras…

—Excusas, excusas. —Tomó un sorbo de su propio café. Quizás debería decirle un no sin dejar la puerta abierta, pero soy una persona que no sabe decir que no. Además, Sam era un buen hombre… ¿No me merecía yo algo bueno? Algo nuevo, fresco… Pero… Pero sentía el corazón como si lo hubiesen raptado, ¿podría otro rescatarlo? No era justo, él debía saberlo, pero ¿cómo decirle? Ya era suficiente venir con carga, pero traer también problemas de ex a la mezcla sería un sucidio personal.

—Deja que te invite a una cena que no tenga que ser de cafetería de hospital o de una máquina expendedora.

Sonreí, porque al hablar de la máquina me vinieron ganas de unas papitas.

—Unas papitas no estarían mal, me comería unos *chips*.

—Ja, ja... Está bien.

—No, Sam, no…. Hablaba solo por hablar. —No lo escuchó, ya iba a la máquina. Me di una palmada en la frente por ser tan tonta. No se merecía que le diese cordel, ni ideas.

Volvió con tres paquetes de distintos sabores.

—No sabía cuál te gustaría —dijo como justificación,

Tomé las originales tras darle las gracias y saboreé la explosion de salado en mi lengua. Él abrió las picantes y sostuvo mi mirada antes de llevarse la primera papa a la boca. Desvié la mirada, tragando saliva, porque vi el gesto mucho más erótico de lo necesario. Un polvo… Un polvo lo curaría todo. Estaba falta de sexo, eso era todo.

—¿Qué es lo que te estresa? —preguntó.

Abrí los ojos en grande con la papa de camino a la boca.

—¿A qué te refieres?

—¿Crees que no se nota? Trabajas como una hormiguita, tus horas se han duplicado, tienes ojeras, se te nota cansada y… ahí va…

—¿Ahí va qué?

—El suspiro que se te escapa y ni lo notas. Puedes contármelo.

—Eres mi jefe.

—Quiero pensar que también tu amigo… No es solo tu madre en casa, ¿verdad?

Moví la cabeza lentamente. Quizás no era una buena idea mencionar a Alejandro. Tomé una profunda respiración, sintiéndome de repente nerviosa. Jugaba con mis manos y la bolsa de patatas.

—Mi ex, el padre de mis hijos, está de vuelta en la ciudad. —La cara de Sam se notó desanimada mientras procesaba la bomba que le solté—. Por eso tomé la semana de vacaciones la semana pasada... —Él solo me observaba en silencio, su expresión neutra. Me esperaba, así que continué—. No sabía de sus hijos, y al enterarse ha creado un caos en mi vida…

—Ah.

—¿Me juzgas? Es una larga historia, solo te di la versión resumida… No me siento lista para hablar.

—No —me interrumpió hablando con un matiz apurado en la voz—. Tus razones tendrás, pero empatizo con que ha sido una semana cargada emocionalmente para ti, y yo aquí insistiendo en una cita...

¿Una cita? Así, sin confusiones… ¿Por qué no pudo llegar unos seis meses antes? Seis meses antes, estaríamos escribiendo una historia muy distinta.

—Debí decirte. —Mis ojos cayeron al suelo. Me sentía increíblemente culpable.

—Que esté de regreso no es problema. —Su voz segura, sus ojos sosteniendo los míos—. Tu sinceridad me desarma, ¿aún lo amas?

Si íbamos a hablar con sinceridad... Moví la cabeza en un sí lento y él asintió de vuelta. Sentí que se merecía mucha más explicación.

—Fuimos novios durante casi toda la escuela de medicina, tuvimos una ruptura dolorosa y ahora ha vuelto de la nada. Es un eminente cirujano. No estoy segura de si estoy lista para volver a tener una relación con él, por una parte es el padre de mis hijos…

—… ¿Eminente cirujano? —me interrumpió.

—El doctor Alejandro Cortez.

—¿El cirujano cardiotorácico?

Asentí.

—¿Lo conoces?

—No personalmente, pero he escuchado de él, es… —Calló como buscando las palabras.

¿Un dios?, ¿un hijo de puta?, ¿un genio?—. Mi amigo Edel me lo recomendó y le mandé una oferta de trabajo, ahora quisiera no haberlo hecho.

Oh.

—Joder… ¿La aceptó?

—No, pero sí accedió a dar algún que otro seminario. Pensé que…

—Este hospital le quedaba chiquito. —Él asintió, de acuerdo—. Me alegro —dije—, no creo que pudiese verlo a menudo aquí.

—Lo que quiere decir que existe alguna esperanza… —Guiñó—. Bromeo. —Se levantó y posó la mano en mi hombro sin matices sexuales—. Aquí tienes un amigo para lo que necesites, espero que sepas eso.

—Gracias. —Se me aguaron los ojos sin saber por qué.

—Promete que irás a casa y descansa, ¿sí?

La conversación con Sam me dio la valentía de poner punto y final a nuestra situación. Tanto él como yo nos merecíamos seguir con nuestra vida, así que entré en el auto prestado de Anita, un viejo Buick de los setenta, con la intención de ir directa a casa, pero de repente me vi en el camino opuesto, hacia la autopista, ignorando la hora. Quizás una noche con él era lo que mi mente y mi cuerpo necesitaban; después, nos dedicaríamos a criar a nuestros hijos sin esa atracción entre nosotros.

El reloj de la consola marcaba pasadas las dos de la mañana, el Buick resonaba a cada cambio de velocidad como si se opusiera a mi mala idea. Quizás estaba dormido. Yo movía la cabeza a los lados: no, demasiado tarde para arrepentirse. El camino por fortuna fue corto. Cuando llegué y aparqué el auto, el silencio acompañaba a las dudas. Respiré hondo, tomé mi bolso y salí a la noche fría. Fui directa a los elevadores evitando mirar hacia la recepción, que se encontraba vacía gracias a la hora.

Oí el clic del elevador al abrirse. De ahí a su habitación eran unos pasos y los di lentos. Tragué sintiendo la navaja en mi garganta. Llegué a su puerta, habitación número 708; si había llegado hasta allí, lo mejor era tocar, y así lo hice, unos tres toques suaves. Quizás dormía, no me escuchaba y evitábamos todo este papelazo. Pero no, la puerta se abrió, aunque no fue Alejandro quien lo hizo.

Ella era joven, pequeña y de piel bronceada. Su belleza me paralizó. Lo último que recuerdo ver de ella fue sus piernas largas e infinitas y la camiseta que llevaba puesta, «John Hopkins MD» escrito sobre lo que parecía ser un increíble escote. Di la más rápida media vuelta de camino al elevador y mis ojos se aguaron al instante. Creo que la escuché gritar:

—Espera.

Pero ya el elevador se abría y cerraba.

12

ALEJANDRO

—Tiene su encanto.

Mi hermana había insistido en acompañarme y observaba todo con interés.

Razón tenía: era tranquilo, sereno, las casas mostrando su peculiaridad con distintos diseños, arquitecturas y fachadas. Eran de antes, cuando todos querían resaltar y tener algo diferente. El follaje caduco en su estado último con casi todas las hojas ya caídas se abría dejando al auto pasar entre ellas.

La casa en sí estaba en muy malas condiciones, los canalones caídos, el techo dañado, la pintura de la fachada desgastada, las ventanas aún de cuando se construyó y el césped sin podar, crecido desde hacía quizás más de un mes.

Los ocupantes previos de la casa ya estarían a esta hora en un vuelo de primera clase de camino a un complejo de apartamentos recién construido para retirarse en Florida. Su hija se había mudado hacía ya dos años, acababa de tener un bebé y les vino muy bien la oferta. Sí que le había tocado la lotería a Carolina del Sur con mi problema: ya iban dos casas sobre las que pagaba impuestos de venta y de propiedad.

Contrastaba con la casa de enfrente, la de la vecina, con sus ladrillos conservados, las ventanas nuevas de doble argón, el césped recién podado de un verde uniforme sin parches amarillentos aún. Como toque final, una puerta amarilla, su color favorito. Sonreí al recordarlo. La decoración terminaba con los adornos de la noche de brujas en la entrada, una simple calcomanía de una carabela.

Aparqué mi coche y apagué el motor. Mi hermana saltó del auto de una y la seguí a la puerta de atrás. Los dueños me habían dado como tres llaves; la primera, del portón que daba al patio trasero. Le di la vuelta a la llave en la puerta y empujé, pero esta no cedió. Inhalé y volví a empujar, y esta al fin cedió, no sin antes mover a un lado un montón de hojas caídas. Unas escaleras de madera de seguridad dudosa y dos puertas más tarde, entré directo a los años cincuenta.

La casa serviría como museo, con una moqueta verde que parecía haber sido vendida en aquella época, la estufa blanca de cuatro hornillas teñida de aceite, los armarios de madera con un fuerte olor a guardado y a viejo, las repisas laminadas y el linóleo pegajoso bajo mis zapatos.

—¿Aquí vas a vivir? —preguntó mi hermana incrédula, tapándose la nariz con ambos dedos. Le quise decir que por ella y por mis hijos iría al infierno si fuera necesario, pero tenía razón: esa moqueta tenía que irse pero ya.

El día que vine a firmar los papeles de la compra, porque los dueños insistieron en hacerlo sin intermediarios, supe que la casa necesitaría mucho arreglo, pero el estado de la casa no me

molestó tanto como su espacio vacío sin muebles.

—¿Te importa si llamo a la agente un momento?

—No, pero ¿puedo esperar fuera?

No terminé de mover la cabeza y Arabella ya salía por la puerta que daba al patio trasero.

Marqué el número de Aileen. Por supuesto, no tomó la llamada. Lo volví a intentar y esta vez sí la tomó. No dije ni «hola», fui directo al grano:

—Aquí no hay muebles.

La pausa vergonzosa me dijo que algo no iba bien.

—Oh, señor Cortez, usted solo especificó la casa. En el contrato de venta no se incluyeron los muebles.

—¿Y dónde pretendes que duerma?, ¿en mi auto? Otra cosa, ¿por qué hace tanto calor aquí?

—La casa no tiene aire acondicionado centralizado, solo tiene un aire en una de las habitaciones, la que ocupaban los anteriores inquilinos, y este se…

—Lo vendieron —terminé por ella.

Increíble, perfecto. «Mi problema por no leer lo que firmaba, excelente».

—¿Al menos tiene calefacción?

—Sí, calefacción sí. Ale, si no tienes dónde quedarte te puedo ofrecer mi sofá, a mí no me es molestia, y…

—Gracias por la oferta, estaré bien. —Corté la llamada antes de que otras fantasías se crearan en su mente.

Por dentro era tan desastre como por fuera. Volví a observar la moqueta verde que cubría toda la casa, la cocina e incluso el cuarto de baño. Saqué el pequeño cuchillo suizo que suelo llevar a todos lados, rompí la moqueta por los costados y ale, bingo, debajo había madera.

Quizás esto era lo que necesitaba. Una mala idea se formó en mi cabeza, pero me entretendría, me ayudaría a olvidar. Miré a mi alrededor con las manos en las caderas, ¿podría hacerlo? ¿Podría renovar la casa yo solo? Escuché la voz de mi padre en mi mente: «*N*o cuando tus manos están aseguradas *en* un mill*ó*n de d*ó*lares». Pero necesitaba la distracción. La casa tenía buenos cimientos. Los arreglos serían más bien cosméticos: pintar, modernizar sus equipos... Quién sabe, hasta podría recuperar mi dinero.

Oí un toque en la puerta principal. La esperaba. Había dejado mi auto afuera como aviso y abrí sin mirar por la mirilla. Cristina, entretenida de espaldas a la puerta y sin notar que había abierto, dio un último golpe al aire que *casi* terminó en mi pecho.

—Oh, maldición, lo siento, ¿te di?

—No. —Mi voz sonó traviesa. Ni que un golpe suyo fuese a doler.

—¿Qué haces *tú* aquí?

—Bueno —puse mi mejor voz de comediante—, esta no es la bienvenida que esperaba, para serte sincero. ¿A los nuevos vecinos no se les recibe con un arreglo de frutas, o con horneados...?

—¿Vecino?, ¿de qué hablas?

—Que soy el nuevo dueño del 403 de Buena Vista *D*rive… Que soy tu vecino. —Me atreví a sonreír.

—¿Que tú qué?

—Te prometí que no te decepcionaría y aquí estoy, listo para ser padre.

—No me jodas, Alejandro, ¿en serio? —Pasó de mí y entró en la casa. Se detuvo en la cocina, vacía excepto por los horrendos y ruidosos electrodomésticos—. ¿Qué hiciste?

—Los maté, obvio. —Su cara no era de humor, sino de espanto—. Se mudaron a Florida, su hija tuvo un bebé y se morían por ir. Hicimos un trato, y ten por seguro que los más beneficiados

fueron ellos. —Di una vuelta con las manos en los bolsillos—. No tengo putos muebles, no hay aire acondicionado, la alfombra apesta a orina de animal y los electrodomésticos son de los cincuenta.

El silencio se hizo largo y aterrador, luego su carcajada hizo vibrar las paredes tan alta y clara y a la vez tan contagiosa que sentí mis labios curvarse por instinto.

—No es gracioso. —Me crucé de brazos sobre el pecho.

—¿Oh, no? —Continuó riendo, doblada sobre sí misma, sin aire—. Sí que lo es, no te veo viviendo aquí ni dos días.

—¿Tan poco crees en mí?

Esto último lo dije sosteniendo sus mirada, a lo que ella me miró seria. Mis ojos le decían que era un todo o nada, que ella era mi estrella guía, mi quimera; éramos todo o nada. Le respetaría esa idea tonta de ser solo amigos, pero no se la pondrá fácil. Tendría que verme a menudo, convivir con mi presencia a unos metros, conocerme *otra vez*, pero ahora como el mejor padre.

Sabía que todavía me amaba, que solo se hacía la fuerte, que me imaginaba a solas en su cama y se calentaba pensándome, se encendía. ¿Cómo sería ahora que me sabía a unos metros? Yo era el único que podía aliviar ese dolor entre sus piernas.

Se lamió los labios y puso su labio inferior entre sus dientes. Necesité todo mi autocontrol para no acortar la distancia y robarle ese beso que los dos tanto deseábamos.

Unas vocecitas interrumpieron nuestro encuentro. «Mamá, mamá», gritaban, como el pío pío de pollitos en busca de la gallina madre. El primero que entró fue el varón, pequeño, flaco. Parecía que me mirara en un espejo: la misma boca y nariz, ojos grises, excepto el cabello rapado.

Detrás entró la que con una mirada se convirtió en la reina de mi vida. Tenía los mismos ojos café que su madre, un moño alto con rizos que caían hasta su cadera y una expresión curiosa, más bien molesta: una línea entre las cejas y el labio retorcido en un «no te conozco, pero aun así no me caes bien».

—Alexei, Izabela —habló su madre—, recuerdan que les dije que conocerían a su padre…

Yo ya me iba agachando lentamente. El chiquillo movió la cabeza de arriba abajo en un sí sin quitar sus ojos de los míos.

—Tienes mis ojos —dijo él. Tragué ante que notase ese hecho, era tan pequeño y tan inteligente… Yo asentí—. ¿Eres tú nuestro… —hizo una pausa, como si la palabra quizás le fuese rara— papá?

Asentí y con los ojos llenos lágrimas, les miré a ambos y confirmé con la voz seca:

—Sí, soy tu papá.

Abrí los brazos y el varón corrió a ellos. Sus brazos rodearon mi cuello en un agarre fuerte, un abrazo de esos que no sabes que necesitabas pero cuando lo tienes te das cuenta de que todo está bien en tu vida, que no importa lo externo, ni las metas, ni los problemas, mientras tengas esto todo estará bien. Estiré mi otro brazo a la pequeña, que me miraba con recelo y el ceño fruncido.

—¡Mentira! —gritó y corrió fuera. Cristina corrió detrás de ella.

Su reacción me tomó desprevenido, nunca me habría imaginado que mis propios hijos me odiasen. Su rechazo se sintió peor que un corazón roto, sentí mi alma sin cuerpo; cortarme una mano o un brazo dolería menos. Me tomó un segundo reaccionar, abrí los brazos y cargué a Alexei, sus brazos flacos rodeando mi cuello, sus piernas mi cintura. Era una pluma, no pesaba nada, lo que me preocupó.

Al salir, vi a Cristina de rodillas sobre el césped. Ambas manos sostenían la cintura de Iza, la chiquilla le armaba una pataleta, lloraba, sus manos gesticulaban. Logré escuchar lo último que dijo, algo así como:

—¿Nos vas a dejar? .... No me voy a ir con él...

Cristi, se mordió los labios y la abrazó. No logré escuchar qué le dijo a la pequeña al oído. Elevo los ojos, pero miraba detrás de mí; de repente, su expresión se transformó. Me volví a donde miraba: a mi hermana, que la saludaba con un gesto de manos y un simpático«Hola».

—¿En serio, Alejandro? ¿En serio? —fue la respuesta de Cristina. Las miré a ambas y juro que creí haber entrado a otra dimensión, porque no entendí nada.

—Aquí ha habido un gran malentendido —dijo mi hermana sonriente—. Dios, qué pena.

Arabella fue hacia ella.

—Arabella Cortez, es mi hermano. —Cristi abrió los ojos bien en grande ante la palabra «hermano» y ante mi hermana, que la rodeaba en un abrazo y le daba un beso en la mejilla—. Es un socotroco sin cerebro. Qué gusto conocerte *al fin*…

—¿Hermano?

—Sé que no nos parecemos, de ahí tu confusión. Yo aquí tan regia, pareciendome a Lupita Nyong'o, y él… Bueno casi neardental. Obvio que soy adoptada. —Se agachó, su interés en la muñeca que se escondía detrás de la pierna de su mamá—. ¿Y tú, pequeña?, ¿cómo te llamas?

—Iza.

Sentí envidia de que mi hija respondiese con tanta facilidad a mi hermana pero hubiera salido corriendo al verme. Además, le sonreía de oreja a oreja, los celos me carcomían.

—Tú y yo, chiquita, vamos a ser muy buenas amigas. Y, Cristina, mis mil disculpas… Este —se volvió a mí— tiene la muy mala costumbre de no incluir a su familia en nada, nos hubiésemos ahorrado los malentendidos…

«Y los años perdidos», dijo una voz en mi cabeza.

—¿Y tú, guapo? ¿Cómo te llamas?

Los cachetes de mi hijo se volvieron de un rojo carmín. No respondió, escogiendo esconderse detrás de mi pierna.

—Es tímido. Alexei —respondí por él, y dejé que mi mano le despeinara el pelo. Iza me lanzó una mirada cortada, con el ceño fruncido.

No sé si intuyó que necesitábamos espacio, pero mi hermana de repente me pidió las llaves de mi auto. Quise preguntar a dónde iba, pero movió la cabeza levemente a los lados.

—Un gusto conocerlos a los tres. —Tomó las llaves que le lanzaba con ambas manos.

Estiré la mano y mi hijo la tomó. Seguimos a mi hermana con la mirada hasta que el auto se perdió en la curva.

—¿Fuiste a buscarme? —pregunté casi susurrando.

—Sí, y menos mal que ella abrió la puerta, fue una muy mala idea.

A punto estuve de replicar, pero me hizo señas que no estábamos solos, que no era el momento. Suspiré. Aún no me había derrotado. Nos observé, una familia, los cuatro juntos al fin. ¿Por qué tenía que ser un error?

—Cristina —los cuatro nos volvimos a la voz nasal de Elena—, te estamos esperando.

Con la misma, se volvió hacia la casa de Cristina, no sin antes lanzarme una mirada. Alexei me jalaba del pantalón para llamar mi atención:

—Es el cumple de mami, pero… *S*hh, es una sorpresa. —Terminó tapándose los labios con los dedos como si cerrara una cremallera.

No pude hacer otra cosa que sonreír a su manera tan natural de ser. Lo adoré, pero a la vez la

melancolía se apoderó de mí, porque lo imaginé pequeño de meses y me odié por perderme esos preciosos años. No había nadie más a quien culpar que a mí mismo.

—¿Vienes? —La voz de Cristi estaba llena de esperanza, tanto que casi pude escuchar a su garganta esconder un suspiro.

—Por supuesto.

Le ofrecí la mano al pequeño y este la tomó. Tener su mano pequeña en la mía, palma a palma, se sintió natural.

Los quise al momento que supe de su existencia; incluso a su hermana, que caminaba al frente en brazos de su madre y se volvía de vez en cuando a lanzarme miradas con el ceño fruncido.

Mi hijo me guió hasta el jardín trasero en la casa de Cristi. Al entrar me sorprendió ver a tantas personas allí; por supuesto, sabía qué día era, pero Cristi odiaba que su cumple se hiciera algo grande su cumple. Por esa misma razón, no le dije «felicidades» en cuanto la vi. Había muchísima gente, música alta de fondo, una piñata, un castillo inflable, luces colgantes que atravesaban por completo el jardín y globos rojos, verdes, fosforescentes y amarillos. En una esquina había una barbacoa con una larga fila esperando a ser servidos.

—¿Conoces a toda esta gente? —le pregunté a mi hijo, levantando mi voz sobre la música. Él solo negó.

—Son amigos de la abu.

Sin soltar su mano lo llevé conmigo al lado de Cristi, que tomaba asiento en una silla junto a Amy. Al verme, también ella me lanzó una mirada incómoda. Tendría que comenzar a acostumbrarse, porque aquí estaban mis hijos y yo estaría donde ellos.

—Hombre… —Andrew se levantó a abrazarme, pero se tambaleó. Llevaba una cerveza en la mano. Lo conozco y tiene la tolerancia de un mosquito.

—¿Conoces a toda esta gente? —pregunté. Cristi se encogió de hombros, concentrada en llenar de kétchup el perrito caliente.

*«P*or dios, Cristi, ¿cu*á*ndo vas a dejar de permitir que la gente te pisotee?». Sentí culpa, porque *yo también me incluía ahí.*

—Son amigos de Elena —respondió Amy—. Se apuntó a varios clubes, según ella estar en casa le aburre…

«Oh, pero seguro que gastar el dinero de su hija no».

—¿Sabes jugar al fútbol? —La pregunta de Alexei me trajo a lo que importaba, *ellos.*

—Juguemos, campeón. —Sus ojos se iluminaron y salió corriendo dentro de la casa, supuse que iba a buscar la pelota.

Elena se salvaba porque acaba de conocer a mis hijos y no quería montar una escena frente a ellos y que Alexei me mirara con cara triste. Yo no sería como mi padre. No sé jugar a la pelota, o al fútbol, o lo que sea, pero lo menos que podía hacer era intentarlo, porque a los chicos no les importa qué bien juegues, solo les importas que estés ahí, que lo intentes. Así pasé el resto de la tarde, corriendo de un lado al otro en el jardín, pasando la pelota, dejando que me la robe y me pase para verlo brincar y gritar un enérgico:

—Goooool.

Lo más increíble era ser presentado con un «es mi papá» a cualquiera que se nos acercara,

niños y adultos. Se sentía increíble, no esperaba lo sensacional que podría sentirse escuchar a alguien llamarte así, «papá».

Mis ojos no dejaban de perderse al otro lado del patio, a la mesa donde Cristina y Amy conversaban. Muchas veces la pillaba observando primero, nuestros ojos se enganchaban y mi corazón daba un pequeño brinco. ¿Cómo era posible que no creyese que esto que sentíamos era real? ¿Que éramos el uno para el otro? No. Perderla no era una opción. No solo por nuestros hijos, sino porque sin ella mi vida se veía vacía y sin color. La necesitaba tanto que dolía.

Mis ojos se me fueron a mi hija, que no había dejado el lado de su madre en toda la tarde, labios de puchero. Rodó los ojos al verme, con su manito en la barbilla; de seguro no lo estaba pasando bien, pero se veía tan linda que si fuese pintor la habría dibujado. Saqué el móvil y le tomé una foto de perfil sin que lo notase.

La fiesta había comenzado a decaer en invitados que, después de comer y tomar, dijeron felicidades con un gesto de manos y comenzaron a salir por la puerta. O quizás mis miradas gruñonas terminaron espantándolos.

Alexei me llamó la atención dando brincos frente a mí, su respiración entrecortada de tanto correr, el sudor resbalaba por su frente.

—¿Quieres ver mi colección de legos? No te preocupes por ella —se refería a su hermana—, tiene berrinches… *todo el tiempo.*

Andrew bailaba una bachata justo enfrente de la puerta, nada más y nada menos que con Elena, que cuando me vio me detuvo con un gesto de manos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Su mirada irritada, su mandíbula apretada.

¿No lo veía?, ¿estaba ciega?

—Ir dentro con mi hijo.

—Eso está muy bien ahora…, pero, cuando te aburras, a ver, ¿qué pasará con ellos? ¿Dónde estabas cuando los pañales estaban cagados? ¿Dónde estabas cuando ella dormía quizás una hora por noche? ¿Eh?

—Ma. —Cristina vino a nosotros, pero la detuve con una mano alzada. No quise divulgar la razón, ni el porqué… Eso era privado entre Cristi y yo.

—Pero ahora sí lo estoy, y, si me permites, mi hijo me espera.

Entré, no sin antes grabar la mirada de Cristina en mi cerebro, sinónimo de decepción. Encontré a mi hijo agachado frente a un pequeño armario en el pasillo, repleto de cajas de legos y juegos de mesa, desde el piso hasta el techo.

—Estos son solo los desarmados, ven. —Tomó mi mano y me guio por la sala, escaleras arriba, hasta su cuarto. Detrás de su cama tenía una repisa como con cinco juegos armados. Lo que más sorprendía era que muchos estaban destinados a niños mucho mayores.

—¿Tu mami te ha comprado todo esto?

Movió la cabeza de arriba a abajo.

—¿No juegas videojuegos? —La respuesta era más que obvia con toda la colección de legos y juegos de mesa.

—Sí, pero no tengo los míos propios.

—¿Tienes amigos?

No sé por qué me dio por preguntarlo. Ya sacábamos uno de las cajas, todavía en su estuche. ¿Cuánto gastaba Cristi en estos juegos?

Sé que me escuchó, pero prefirió evitar responder.

—El de construcción es mi preferido, quiero ser constructor cuando sea grande.

—Dirás arquitecto.

—¿Qué es un arquitecto? —Su voz tomó cierto interés.

—El que planea, diseña…, dibuja.

Puso cara de asco.

—Los libros son cosa de mi hermana, yo quiero ser constructor.

Asentí. El pequeño tenía solo cinco años, no valía la pena discutir; a esa edad yo no recuerdo lo que quería ser, quizás porque mis padres desde que estaba en la panza habían dictado que sería «médico, como el padre». Tomé nota mental de no ser como ellos, no poner semillas en la mente de mi hijo ni crear confusiones, que fuera lo que quisiera ser.

Me dispuse a ayudarle a construir la masiva estructura. La caja mostraba la foto de una gran nave espacial y tenía en la esquina el número 9+. Eso me llenó de un increíble orgullo por tener un hijo tan inteligente. Juntaba las piezas con facilidad, guiándose por la foto y moviendo la cabeza de arriba a abajo con expresión de vanidad cuando las piezas encajaban. Lo dejé armarlo solo, solo ayudando o sugiriendo cuando se veía un poco estancado.

La conmoción afuera nos llamó la atención. Alexei bajó las escaleras, observó por la baranda y terminó de bajar las escaleras con rapidez y emoción, gritando:

—¡Abuelo, abuelo!

13

Cristina

Otro cumpleaños, pero bajo mis términos, y el día terminó bien. Los detesto, y no tiene nada que ver con cumplir más años o ponerme mas vieja. Los de las otras personas no me molestan, pero los míos siempre han sido incómodos, pues son más para mi madre que para mí, me causan tal ansiedad que preferiría quedarme en cama todo el día. De pequeña, me peinaba con dos dolorosos moños altos con lazos de colores, me vestía con vestidos de encaje de esos que tienen mangas que parecen de época y tela que me daba picazón y para terminar unos zapatos de charol, y me paseaba por entre los invitados como si yo fuese un trofeo, o una muñeca para su entretenimiento. Mis padres gastaron una fortuna cada año, ¿para qué? Al final, algún familiar se embriagaba más de lo normal y el día siempre terminaba con una pelea, y a veces hasta la policía tenía que intervenir.

La casa ha quedado desorganizada y sucia, y hay confeti por todos lados, pero, sin embargo, este cumple pasará a la historia como quizás el mejor que he tenido. Uno, porque Ale estuvo presente y pasó todo el tiempo al lado de Alexei, entreteniéndolo y jugando con él; no importaba qué tipo de juego fuese, él solo hacía todo lo que mi hijo sugiriera. La palabra «mío» supone ser un poco posesivo, más cuando debería pensar en «nuestro», pero mi corazón se constriñe y mi miedo de que esto sea solo un espejismo se vuelve realidad. Iza los observó toda la tarde; la conozco y sé que su orgullo muere rápido, no es tímida y moría por robarse su atención, pero no lo hizo y se mantuvo a mi lado.

Nuestras miradas se encontraron varias veces y muchas de esas me pilló observándole. Sonreía y era como si se silenciara el mundo, como si la tierra se detuviese en su eje y mi corazón dejase de latir para luego continuar con un ritmo acelerado. No me acostumbro a tenerlo tan cerca, tan accesible otra vez; se había tatuado en mi corazón y para sacarlo de allí tendrían que arrancarlo. Mi madre por supuesto tenía que pisotear mi buen humor.En una de esas, se aclaró la garganta a mi lado y expresó: «No te confíes…».

Tarde en la noche, pasadas las nueve, ya todos los invitados se habían marchado, solo quedaban mi madre, Amy y Andrew; que, por cierto, después de una pequeña discusión no se hablaron el resto de la tarde. Emma apareció, pero solo unos minutos, porque Nathaniel la esperaba. Me dejó el regalo que un millón de veces le dije que no quería, pero insistió —«No te preocupes, no es un juguete sexual»—. Sus ojos fueron a Ale, que jugaba con Alexei en el jardín. «No creo que lo necesites».

Abrí la boca para contestarle a mi amiga cuando los gritos de mis hija interrumpieron la noche.

—¡Abuelo, abuelo!

Mi padre entraba por el pequeño portón del costado. No sé si quería abrazarle o pegarle, dos semanas sin saber nada de él. Tomó a Alexei en brazos y se lo acomodó en un costado, luego hizo lo mismo con Iza.

—Dios, ya están muy grandes para esto —se quejó juguetón, sus ojos sin dejar los míos, y quise que los míos le mostraran lo molesta que estaba.

—¿Dónde estabas? —No fue mi voz la que habló, aunque tenía la misma pregunta en la punta de la lengua.

—Por ahí —fue su simple respuesta. Una canción de salsa comenzó a sonar en los altavoces de su móvil—. ¿No creerías que me iba a perder el cumpleaños de mi única bebe…? —Un guiño y un beso en mi frente. Dejó bajar a los chicos—. Sonríe, que eso de que salen arrugas es mentira. —Otra vez se dirigió a mi madre.

Se le notaba diferente, estaba bronceado y había perdido muchísimo peso; las mangas de la camisa apretaban sus bíceps y la camisa le quedaba holgada. No se notaba esa barriga cervecera que llevaba desde que tengo uso de razón.

—¿Quieren ver mi moto?

Mis hijos gritaron al unísono que sí.

Oh, Dios no. Mi mayor miedo son mis hijos en dos ruedas con motor, y en manos completamente inexpertas.

—¿Moto? —Imité la cara de espanto de mi madre, ¿desde cuándo tenía mi padre un lado aventurero? Era un hombre que iba de su trabajo en la tienda al sofá, a la nevera a por una cerveza y otra vez al sofá, ¿qué tipo de crisis existencial era esta?

—Elena, mire, deje de perder el tiempo, ¿sí? —La voz de él sonó firme, autoritaria, nunca lo había escuchado hablarle a mi madre así… Sostuve la respiración, porque juro que vi venir una discusión—. Vaya dentro y arregle sus maletas, que se viene conmigo.

Ella soltó una carcajada falsa, tan falsa que noté que desde que llegó no ha sonreído así. La he pillado revisando su móvil todos estos días y al no ver nada allí sus labios curvarse bajo en una mueca.

—¿Eso crees? Sigue soñando…

Él fue a ella y la trajo hacia sí. Seré su hija, pero sé que antes de mí eran ellos dos, durante casi veinte años. Se conocieron en la escuela primaria y a estas alturas eran solo gritos, leñas de pasión que tiraban al fuego.

—Firma los papeles de divorcio entonces.

Mis hijos, impacientes por montar en moto, le gritaban. Mi madre suspiró.

—Vamos, mujer, no se haga de rogar. Vayamos por las buenas, a no ser que quiera que me la lleve atada... Usted decide.

Mi madre se puso roja como un tomate.

—No te atreverías —dijo con voz ahogada.

Seguí a mi padre con mis hijos, Iza al frente y Alexei detrás. Me aseguré de que ambos tuvieran los cascos bien puestos.

—Agárrense fuerte…

Podría ser como mi madre y robarles experiencias a mis hijos, pero me he dicho que no sería así. Me abracé a mí misma, siguiendo con la vista cómo mi padre daba una vuelta a la redonda en la moto, a una velocidad nada preocupante.

—¡Más rápido! —gritó mi hija, y yo solo negué.

Sentí su presencia a mi lado, su olor llenando mi nariz y mi corazón llenándose de él. Su brazo rodeó mis hombros.

Mi padre volvió a pasarnos.

—Un día me compraré una de estas —gritó mi hija. Sonreí, pero él a mi lado le gritó de vuelta:

—Eso lo veremos.

Sabía lo que sentía, ese miedo de que algo malo les pudiera pasar. No sé qué me dio, pero tomé su mano en mi hombro y entrelacé nuestros dedos.

Si alguien nos viese, pareceríamos una pareja normal que observaba a sus hijos pasar un momento divertido.

—¿Estarás bien? —interrumpió mi madre. Sus ojos iban de mí al hombre a mi lado.

—Sí. —Y de veras me lo creí.

—No hay problema con que me lo lleve. —Levantó un pequeño bolso de tela que reconocí enseguida como mío.

Me dijo que había dejado casi todo su equipaje y le aseguré que se lo haría llegar. Mi padre volvió con los dos chicos, tomó a Iza, la levantó en peso y la bajó de la moto. Ale ya había bajado a Alexei.

Mi madre le entregó el pequeño bolso a mi padre, que se lo acomodó, y se subió a horcajadas en la moto, sin abrazarlo. Mi padre, clásico, arrancó la moto y paró de nuevo, obligando al cuerpo de ella a inclinarse hacia adelante. Ella solo rodó los ojos y terminó abrazándolo.

¿Era malo relacionar el sonido de la moto alejándose con mi libertad? ¿Me sentía aliviada?

Me sentí aliviada por retomar mi normalidad, mi autonomía, mi independencia. Alexei extendió los brazos y lo tomé quejándome un poco, ya estaba muy grande para estas cosas, pero siempre sería mi pequeño. Sus brazos rodearon mi cuello.

—Apestas un poco, necesitas un baño antes de dormir.

La escena frente a mí me detuvo. Iza observaba a Alejandro con cierto interés.

—No tenemos los mismos ojos —observó la niña—, ¿de veras que eres mi padre?

Un aturdido Alejandro solo movió la cabeza de arriba a abajo. Quise pensar que el amor de padre lo intoxicaba, sus ojos eran un par de corazones enamorados.

—Pues te tomó muchísimo tiempo. —Abrió los brazos, a lo que él abrió los suyos también, y ella se lanzó del todo en ellos—. Bienvenido a casa. —Iza se retiró el pelo humedecido por el sudor de la frente—. No perdono fácil, voy a querer una moto.

Mi corazón se sintió lleno ante esas palabras. Ale soltó una carcajada.

—No importa lo mucho que me chantajees, no será una de esas…

Si fuera por él, seguro que les compraría un auto blindado. Entramos los cuatro al jardín trasero, Alexei en mis brazos, su rostro apoyado en mi hombro, sus manos alrededor de mi cuello. Se le escapó un bostezo alto, Iza caminando a su lado.

Andrew y Amy callaron de súbito al vernos. Amy observó el cuadro de familia y rodó los ojos.

—Nosotros nos vamos. —Él, apenado, movió la cabeza a los lados, dio las buenas noches y la siguió fuera.

¿Qué coño le pasaba a ella? Algo me decía que no tenía nada que ver conmigo, sino con Ale,pero ¿qué?

Ya después de un baño con agua tibia y su jabón favorito de lavanda, mis aún muy estimulados hijos se rehusaban a dormir. Al menos, Iza se entretenía sola con uno de sus libros, pero Alexei era otra historia. Su padre nos observaba desde la puerta con el hombro recostado sobre esta y los

pies cruzados a los tobillos, como no sabiendo qué hacer consigo mismo. Todo iba bien hasta que la pregunta sobresalió en el aire como un mal augurio:

—Mami, ¿se va a ir papi?

Yo creo que a los tres se nos detuvo la respiración. Cuánto quise decirle que no, asegurarle que su padre nunca más lo abandonaría, pero no pude. En parte porque no era justo, Ale nunca los abandonó, la culpa fue tanto suya como mía, por esa omisión. Sin una bola mágica me era imposible saberlo. Me volví a Ale y tragué las navajas en mi garganta.

Supongo que Ale supuso lo que tenía que hacer: demostrar. Vino a nosotros y se acomodó en la cama, su espalda contra el cabecero.

—¿Cuál de estos es tu preferido? —Señaló los pocos libros de cuento en la pequeña mesa de noche de mi hijo. Él hizo una mueca de asco.

—Esos son de Iza, los deja por doquier. —Rodó los ojos.

—Ya veo que tu hermana es desorganizada, ¿y tú?

Iza había salido más a mí, sí que lo dejaba todo por doquier, Alexei no tanto. Ale miró por detrás de mí, a la pequeña con pelo despeinado y ojos de sueño pero bien despierta en la puerta. Se hizo a un lado, le hizo señas y ella corrió a la cama. Menos mal que insistí en comprarle a ambos camas medianas.

—A ver, cariño —le preguntó a ella—, ¿cuál es tu favorito?

Iza le entregó uno que traía con ella, un manga japonés que llevaba a todos lados esos días.

—¿Estás segura de que tienen cinco? —Se dirigió a mí, casi con lágrimas en los ojos. Yo asentí—. Bueno, mientras yo les leo, ¿por qué no te relajas?

Les di privacidad y fui al cuarto de baño. El día había estado lleno de emoción y necesitaba despejarme un poco. Solo cerraba los ojos y me imaginaba un futuro que nunca pensé que podría ser, pero ahí estaba, en la punta de los dedos.

Media hora después ya estaban apagadas las luces en los cuartos. Entré, ambos chicos dormían en la misma cama, de espaldas cada uno. Los arropé, besé sus frentes y bajé a la cocina. Una música suave romántica sonaba de fondo, y una botella de vino blanco, una *pizza* y mi bizcocho favorito de limón descansaban en el centro de la península con lo que parecían ser treinta velitas.

Ale estaba de espaldas, con medio cuerpo dentro de la alacena. Me entretuve examinando su espalda ancha, sus hombros flexionados, sus manos cerradas en la puerta.

—Oh, hey —sus ojos chispeantes me atraparon—, ¿tienes encendedor?

—Primer cajón a tu derecha. —Lo abrió y sacó el encendedor.

El ambiente se sentía cargado era como una película que sabes tendrá un final trágico pero no puedes dejar de ver.

—¿Volverás al hotel?

Ignoró mi pregunta y se tomó su tiempo para prender cada vela. Cuando estuvieron todas encendidas —«espera»— corrió a apagar la luz.

—Ale, esto no es necesario.

Me ignoró.

—Vamos, soplando casi a las doce…

Llené de aire mis pulmones y sin más apagué casi todas las velas, pero quedaron algunas que luego soplé una por una. No sé qué le había dado para traer otra vez esa tradición suya.

Él sabe exactamente cómo soy en mis cumpleaños: mi ánimo cambia, me siento cabizbaja, y este no solo era por evitar ser el centro de atención, sino que debía añadir que en exactamente veinte minutos entraría en los *trein*… Mis veinte se despedían justo ante mis ojos. Quién iba a

decir que estaríamos aquí otra vez, compartiendo mi día, juntos…

—¿Pediste un deseo? —Moví la cabeza en un leve sí, una mentira porque, por supuesto, me había olvidado. Cuando me vio con intención de hablar se me adelantó—: No lo digas..., para que se cumpla.

Su mirada me daba la idea de que quería que mi deseo lo incluyera a él. Me abracé a mí misma, el reloj de pared gritó las doce y suspiré…

—Para serte sincera, me siento igual, pensé que me sentiría diferente.

Saqué los platos desechables de la gaveta y los cubiertos. Le pasé el suyo y nuestros dedos se rozaron, lanzando destellos de electricidad a través de mí.

—Para mí siempre serás eterna, no importa cuántos cumplas. Además, soy más viejo… Espera y verás, en la mañana todos tus ligamentos comenzarán a sonar y tendrás que hacer ejercicios de estiramiento. —Se lamió los labios, mordió de su labio inferior, y estoy segura de que no se refería al yoga.

—*Somos* viejos… —Reí, una risa nerviosa, ahogada—. Comamos, que estoy hambrienta.

Abrí la caja y se me hizo la boca agua: una *pizza* que aún humeaba… Tomate, albahaca, y mucho mucho mozzarella…

—¿Cómo lograste que la entregasen a esta hora? —pregunté, ya sacando la primera ronda, que no llegó al plato y fue directa a mis labios. Un gemido se me escapó cuando los sabores explotaron en mi boca.

—Hmmm… Favor.

Sus ojos no dejaban de mirarme la boca y me sentí cohibida.

—Lo siento, soy una bruta, esto está…

No terminé de hablar cuando su pulgar fue a la comisura de mis labios, retirando los restos de salsa, esparciéndose en mi labio inferior… Contuve la respiración, él se llevó el dedo a los labios y los lamió, cerró los ojos.

—Vamos para el sofá —ordenó—. ¿Estás muy cansada como para ver una peli?

La verdad, estaba cableada, mi cuerpo completamente electrificado, mis piernas de mantequilla agradecidas por el sofá. Me dejé caer en él. El se tomó su tiempo para llevar nuestra pequeña cena a la mesa del café.

—¿Puedo escoger?

—¿Te refieres si al sofá o en la cama…? —Sus ojos eran dos chispas.

—Me refería a la peli. —Le pegué en el hombro levemente, a lo que él sonrió, libre, juguetón.

Se acomodó a mi lado, codo a codo, devorando en silencio del vino y su primer pedazo de *pizza* cuando ya yo iba por el tercero.

—escoge lo que tu quieras pero por dios no otra peli de romance…

—¿Sabes cuál sería una buena peli?

—¿Cuál?

—*La pasión turca*…

—Eres muy graciosa. —Se volvió a mí de repente, sus dedos cerrados en mi nuca, sus labios en mi oído—. A mí me parece —su otra mano se cerró en mi muslo— que tú no quieres mantener *esto* estrictamente platónico.

Bebí un poco más rápido de lo que debí y casi me atraganto, porque él tenía razón, sería casi imposible mantener nuestra relación platónica. Ser solo amigos y cuidar de nuestros hijos en común era casi imposible mientras esta nube de lujuria se mantuviera sobre nosotros. La verdad era un signo en neón sobre mi cabeza: hasta que Alejandro y yo no follásemos y nos sacásemos

el uno al otro del sistema no podríamos mantener la mente clara para criar a nuestros hijos.

—¿Sabes qué? —Me levanté de repente—. Pasan de las doce, es un poco tarde para pelis… Estoy cansada. —Fingí un bostezo y comencé a limpiar y organizar, más bien para entretener mis manos con algo. Sus manos fueron a mi cintura y en un movimiento me atrajo a él, sentándome entre sus piernas, su pecho en mi espalda.

—Ale… —gemí su nombre. Hizo a un lado mi cabello y sus labios hicieron un camino en mi cuello.

—Entregué la habitación esta mañana, no tengo dónde quedarme. —Su voz en mi oído, sugerente.

—¿Y?

—Me estás pidiendo que me vaya. Ten piedad, amor, no tengo putos muebles…

Su mano en mi muslo viajó hacia arriba. Mi mano sobre la suya intentó detenerlo sin lograrlo, llegó al borde de mis bragas y las movió a un lado, pero solo estirando el elástico, tentándome… Tragué el bocado en mi boca con dificultad.

—Tengo un colchón de aire en el que puedes dormir.

—¿En esa casa? —Puso boca de puchero—. ¿En el suelo con olor a orina de animal?

Joder, ¿por qué me convencía tan fácil?

—Aún no se enfría la cama donde durmió mi madre.

—¿Quién dijo que quiero dormir donde duerme tu madre?

—No estoy lista para que termines en la mía. —De una sola, llenándose de coraje, me levanté—. Le cambio las sábanas. Lo tomas o lo dejas. Y solo esta noche, mañana resuelve dónde dormir.

14

ALEJANDRO

De saber que solo tenía que decirle que no tenía dónde dormir me hubiese ahorrado muchísimo dinero y tiempo. Me di una ducha rápida, primero porque cada momento dentro era tiempo que no pasaba con ella, y segundo porque el agua nunca se calentó, siempre entre tibia y fría, no importaba cuánto volteara la llave. Volví a la habitación con la toalla rodeando mis caderas, las gotas de agua chorreando por mi pecho desnudo.

Cristina se había cambiado en el tiempo que me tomó ducharme y llevaba un vestido largo de noche, de esos que tienen mangas, un escote modesto con vuelos y un lazo al frente. Se encontraba de espaldas y cambiaba las sábanas. Mi mente sucia no dejaba de imaginar las mil cosas que podríamos hacer para ensuciarlas. Al darse la vuelta me notó, dio un brinco, pasó de mí y fue directa a cerrar la puerta.

—Oye, tú eres tonto, ¿y si los chicos te ven?

Mierda… Ella tenía razón, estaba en mi nube en que la miro y el mundo desaparece. Sentí vergüenza, ¿cómo había olvidado algo tan primordial como que no estábamos solos?

—No te preocupes —debió de notar la angustia en mi mirada—, para la próxima ten más cuidado.

—¿Suelen bajar al primer piso después de dormir?

— No, usualmente no.

La notaba hacer un esfuerzo sobrehumano por mantener su mirada en mi rostro. Se dio la vuelta para tomar una funda en una mano y la almohada entre el pecho y la barbilla. Sus ojos traviesos bajaron no tan disimuladamente y subieron por mi cuerpo.

—¿No vas a cambiarte?

Mi labio se curvó en una sonrisa amistosa un poco retorcida. Nuestros ojos se encontraron y fue un momento de eureka para ella, porque abrió los ojos en grande.

—Además de que no traje ropa —di un paso adelante y ella dio uno para atrás—, ya que toda está al cruzar la calle... —Otro paso adelante mío, otro paso atrás suyo—. Sabes que duermo en cueros…

Vi su garganta pasar saliva. Se dio la vuelta, dejó la almohada en la cama e hizo el intento de pasar a mi lado de camino a la puerta. La hice creer que la dejaría ir, pero un momento después la encerré entre mi cuerpo y la pared.

—Ale… —Su voz baja, una mezcla de advertencia y éxtasis.

—Amor. —Tomé sus manos en las mías, entrelazando mis dedos con los suyos. Era muy pequeña en mis manazas y sentía su piel tibia, delicada, suave. Quería comérmela entera, probar cada milímetro de su piel, arder entre sus brazos. Apreté mi pelvis contra la suya y llevé sus

brazos sobre su cabeza.

Ella extendió su cuello y cerró los ojos, quizás por instinto; se lamió los labios y el gesto fue directo a mi entrepierna.

—¿Sabes lo que causas en mí cada vez que haces eso? —Me aseguré de que notase a dónde iba toda la sangre de mi cuerpo, a esa parte de mi anatomía que la echaba muchísimo de menos.

Abrió los ojos, la miel en ellos volviéndome preso. Volvió a lamer sus labios, pero esta vez su lengua lamió su labio inferior y sin dejar de mirarme mordió de su labio inferior. Había acortado mucho más la distancia entre nosotros, tanto que podía sentir sus pezones contra mi pecho. Oh, yo no me estaba volviendo loco, ni era mi imaginación; no, ella quería andar conmigo tanto como yo.

—¿Me estás invitando? —Me atreví a besar ese punto detrás de su oreja, a dejar que mis labios exploraran su cuello con besos cortos, inofensivos…

—Quizás…

No, yo estaba soñando, tendrían que pellizcarme. ¿Cristina acababa de decir «quizás»? Mi corazón se descarrió tanto que hasta mis latidos podía escuchar, me sentí como un niño pequeño, contento, feliz.

Puse a prueba su determinación. Una de mis manos escapó de entre las suyas y mis dedos acariciaron sus muñecas menudas y delicadas, el pulgar rozando la piel de dentro de su antebrazo, sus hombros huesudos y sus clavículas, mucho más prominentes de lo que debería. Mi dedo índice se paseó por su escote y ella se estremeció en mis brazos. Bajé la mirada para observar descaradamente cómo subían y bajaban con su respiración jadeante. Mi dedo se enredó en el pequeño lazo que los resguardaba y jugué con la idea, la posibilidad de desatarlo, de verlos libres y derramados…

—Muy bonitos para encarcelarlos así, ¿no crees?

No respondió.

Su mano soltó la mía y ambas se cerraron en mi nuca. En un gesto rápido y apurado, llevó mis labios a los suyos y me devoró de manera impaciente, con hambre y desespero. La seguí con el mismo deseo, el mismo ímpetu. Su sabor era una mezcla de vainilla y miel que me volvía un demente, embriagándome. Era un navegante y ella mi brújula.

Su cuerpo se amoldaba al mío. Mis manos se cerraron en su cintura y la pegué mucho más a mí, como si eso fuese posible. En este punto sería mejor fundirnos en uno solo. Una de sus manos dejó mi cuello y bajó a mi espalda para apretarme mucho más contra ella. Ni un pelo cabría entre nosotros, pero la abracé de vuelta con la misma intensidad, y podría jurar que sentí cómo finalmente sus paredes comenzaban a caer.

Nos besamos y nos besamos, tanto que mis labios quedaron tatuados con el rojo de los suyos, tanto que su aliento se volvió uno con el mío, tanto que podría jurar que su ADN se había mezclado con el mío para toda la eternidad. Salimos a la superficie de mala gana, la necesidad de oxígeno me ponía de mal humor.

—No puedo perderte. —Puse un mechón detrás de su oreja. Ella solo desvió la mirada y asintió, esa cabecita suya estaba llena de musarañas—. ¿Qué piensas?— pregunté contra su boca antes de raptarla otra vez en un beso largo que esta vez me supo a duda.

Su mirada, que no era menos hambrienta, se veía llena de miedo.

—Y...o... Yo...

—¿Cristina?

—Hay muchísima tensión sexual entre nosotros… y creo que debemos explorarla y ponerla a dormir de una vez.

—Me gusta por dónde va tu mente. —Volví a pegar mi pelvis a la suya—. ¿Qué propones? —Mi erección le demostraba lo que su cuerpo causaba en el mío, la tortura que era tenerla así de cerca. ¿Amigos, nosotros? Imposible. Existía, como decía ella, «mucha tensión sexual».

—Follemos… y después criemos a nuestros hijos, con vidas separadas, tú en tu vida, yo en la mía…

Ella tenía la manía de lanzarme bolas curvas a cada paso, pero esta la había sostenido directito en el guante. Me mantuve neutral.

—¿Con «follar» te refieres a duro y rápido? ¿Seguro que no quieres que te seduzca lento?

Movió la cabeza de arriba abajo.

—¿Y crees...? —Besé su barbilla—. ¿Que una sola noche...? —Mis labios continuaron por su mandíbula e inclinó el cuello atrás, quizás por instinto, y ahí me dirigí—. ¿Un solo momento... será suficiente?

Su pecho se elevó, esquivó mi mirada y se le escapó un suspiro.

«Eso pensé».

Ella sabía muy bien que esto entre nosotros no se aliviaría con un solo contacto, ni una noche, ni una semana, ni un mes, sino con una eternidad y el resto de nuestras vidas. Como siempre, estaba en negación. Aun así, decidí seguirle la corriente, porque cuando la tuviese nada ni nadie la separaría otra vez de mí. Una vez más le recordaría por qué aún era adicta a mí.

—¿Así de fácil? —Me di permiso y besé la comisura de sus labios—. ¿Sin compromisos? ¿No me rogarás por más?

Mis palabras le decían lo opuesto a mis gestos, a mis labios, que a cada contacto la adoraban, que iban bajando por su barbilla; mi nariz enterrada en su cuello, su olor volviéndome un demente. ¿Solo una vez? Mentiras, prefería un manicomio a no tenerla.

Mis manos quisieron recordarle lo que se sentía cuando recorrían su cuerpo; una de ellas se cerró en su muslo, la otra se cerró en uno de sus pechos, el derecho, el más relleno, mi preferido. La de su muslo se encargó de subir el vestido hasta lograr entrar dentro de este. Al contacto de piel caliente, un gemido escapó de la boca de ambos.

—¿Amigos con derechos? —Mis labios contra la piel delicada entre las montañas de sus pechos.

—No. —Su voz salió ahogada, su respiración entrecortada. Mis labios exploraban su escote —. Nada de amigos. —Mis dedos continuaron explorando la parte interior de su muslo, casi tocándose ahí donde su muslo encontraba su entrepierna, solo rozando la esquina de sus bragas. La sentí encogerse—. Nada de amigos con derechos, una vez y ya. —Su voz era una mezcla de un suspiro y un gemido. Le respondí con un solo «uhm», no la creía nada de nada.

—Está bien…, pero con una condición.

Sus ojos se abrieron en grande.

—¿Cuál?

—Que salgas antes en una cita conmigo. Cenaremos primero, al menos merezco que me alimentes antes de que me uses así —terminé diciendo con burla en mi voz.

«Te querré en mi cama, libre para que grites mi nombre, para que me ruegues una y otra vez que tenga piedad contigo».

15

Cristina

El problema con Alejandro era que me perdía cuando estaba con él. No me reconocía, era como estar bajo la influencia de alguna droga o alcohol. Su cuerpo grande e imponente sobre mí me volvía una rea voluntaria contra la pared. Las posibilidades de lo que pudiese hacer conmigo me excitaban tanto que tuve que respirar hondo, controlarme para no rodear su cintura con mis caderas y apretujar mi pelvis contra él.

Él continuó sosteniéndome con una mano. La otra comenzó a bajar por mi muñeca, su pulgar rozó el interior de mi antebrazo causando cosquillas hasta que llegó a mi clavícula. Mi corazón se aceleró. Inhalé y exhalé, sus dedos continuaron paseando por mi escote, un toque ligero, exploratorio. Sus ojos bajaron a observar el espacio entre nosotros; a mis pechos, que cada vez se elevaban más con mi respiración. Su mirada se volvió seria cuando tomó la punta del pequeño lazo: un solo jalón y estarían libres. Cerré los ojos.

—Muy bonitos para encarcelarlos así, ¿no crees?

Me sorprendí a mí misma cuando mis manos se zafaron de la suya. Ambas se cerraron en su cuello y aplastó sus labios con los míos. Le tomó quizás medio segundo caer en que le besaba, pero se recuperó rápido. Cerró los ojos y ambas manos sujetaron mi cintura, y cayó conmigo.

Mi cuerpo se amoldó al suyo, era como tener un bloque de granito encima y me sentí tibia, protegida, deseada. Lamió mi labio inferior, abrí la boca y su lengua entró en ella, la mía enredándose con la suya. Sabía exquisito, a restos de *whisky* mezclado con el dulce de vainilla de mi tarta de cumpleaños. Gemí en su boca, dejándome ir, viviendo. La melancolía me abrazó porque quería que besarle fuese una ocurrencia diaria y de repente sentí mucha separación entre nosotros, aunque no se sabía dónde comenzaba yo y donde terminaba él. Una de mis manos fue a su espalda para empujarlo más contra mí, queriendo fundir nuestros cuerpos en uno.

Nos besamos no sé cuánto tiempo; podrían ser horas, días o meses, hasta que nuestros pulmones gritaron que se quemaban y como niña malcriada solté su boca.

Nuestros ojos se encontraron en lo que podría ser una competencia.

—No puedo perderte. —Situó un mechón detrás de mi oreja y desvié la mirada ante sus palabras francas; si las creía, caería mucho más fuerte de lo que ya lo había hecho en ese beso—. ¿Qué piensas? —preguntó a milímetros de mi boca con la intención de atraparme de nuevo en su red.

—Y...o... Yo...

—¿Cristina?

—Hay muchísima tensión sexual entre nosotros… y creo que debemos explorarla y ponerla a dormir de una vez.

Lo dije, lo admitía: necesitábamos poner punto y aparte a esto, y quizás tener sexo era la única manera. Rascarnos, como se dice vulgarmente, y seguir con nuestras vidas centrados en criar a nuestros hijos.

—Me gusta por dónde va tu mente. —Pegó su pelvis a la mía en señal de invitación, la muy notable excitación en ella—. ¿Qué propones?

—Follemos… —dije cerrando los ojos; no quería ver su reacción, no podía creer ni que lo hubiera dicho— y después criemos a nuestros hijos, con vidas separadas, tú en tu vida, yo en la mía…

—¿Con «follar» te refieres a duro y rápido? ¿Seguro que no quieres que te seduzca lento?

Moví la cabeza mintiéndome a mí misma. Si era sincera, enamorada ya estaba; llevaba años sintiéndolo en lo más dentro y nada ni nadie lo sacaría de allí. Pero no podía pensar en mí, sino en ellos.

—¿Y crees...? —Un beso en mi barbilla—. ¿Que una sola noche...? —Dejó besos en mi mandíbula y moví la cabeza para darle mejor acceso, su nariz escondiéndose en mi cuello. Inhaló hondo, sus labios continuaban dejando besos húmedos—. ¿Un solo momento... será suficiente?

«No, por supuesto que no, pero tendrá que serlo».

Esquivé su mirada porque podía leerme, sabría que era todo mentira. Construí una mentira, una pared de arena en el medio del desierto; aunque me muriese de sed y él fuese mi oasis, nunca lo admitiría.

—¿Así de fácil? —Iba hacia arriba por mi cuello, hasta llegar a la comisura de mis labios y habló contra ellos—. ¿Sin compromisos? —Besó la comisura de mis labios—. ¿No me rogarás por más?

Había creído que podría luchar contra este sentimiento. Una de sus manos remangó mi vestido mientras la otra se cerraba descaradamente en uno de mis pechos, examinando su peso y molestando un pezón entre los dedos. Subió la mano por mi muslo e hizo astillas el poco autocontrol que me quedaba. Me quedé sin habla, muda, el volcán entre mis piernas una serie de ríos calientes que arruinaban mi ropa interior y mojaban hasta mis muslos.

—¿Amigos con derechos? —Su tono tenía un pequeño matiz de burla. Su otra mano deshizo el lazo que sostenía mis senos y los desparramó libres.

—No. —

No reconocí mi voz, que salió ahogada. Intenté pasar saliva con dificultad—. Nada de amigos. —Sus labios me distrajeron lamiendo la curva de mis senos—. Nada de amigos con derechos, una vez y ya. —Sus manos habían llegado a la esquina de mis bragas. Le escuché decir un «uhm» desde su garganta, no me creía nada. Quería recordarme lo que sentía, y una vez lo probase volvería a ser adicta a él.

«Amigos con derechos» implicaba repetir, una vez era solo un fallo… Así cerraríamos esa puerta y dedicaríamos nuestra energía a criar a nuestros hijos…

—Está bien… —me sorprendió cuando estuvo de acuerdo—, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que salgas antes en una cita conmigo. Cenaremos primero, al menos merezco que me alimentes antes de que me uses así —dijo en tono burlón.

Sus dedos hicieron el material a un lado. Me moví para intentar buscar alivio a esa necesidad entre mis muslos, pero él solo acunó mi sexo con su pulgar reposando en mi clítoris. Sus labios volvieron a atacar mi garganta, esta vez no de manera juguetona sino en forma de asalto, como

un hombre con sed que no había probado el agua en años. Al fin ese dedo se adentró en mi centro, mi sexo chupándolo de un todo. Su pulgar apretó mi clítoris, su otra mano se cerró en un pecho. Los labios que bajaban por mi cuello se cerraron en este y chupó para luego ponerlo entre sus dientes, darle un mordisco juguetón, jalarlo y dejarlo ir con un pop. No evité el gemido alto que escapó de mis labios.

—No estamos solos, ¿recuerdas? —me regañó con una sonrisa torcida. Me llevé la mano a la boca, avergonzada. Ambos nos detuvimos, esperando escuchar a alguno de los chiquillos moverse. —Silencio —ordenó, y de una sola continuó bajando por mi cuerpo, dejando besos por su ruta: entre mis senos, en mi esternón, en mi ombligo, hasta que se escondió debajo de mi vestido.

—Ale. —Mi voz ahogada, casi ni un susurro. Su boca no reemplazó ese dedo, más bien lo complementó. Añadió otro más y sus labios lamieron de delante a atrás por encima de mis bragas.

—Esto está de más.

Bajó mis bragas por mis muslos hasta mis rodillas, y me meneé hasta que estas cayeron a mis pies. Él volvió a subir, dejando besos por dentro de mis muslos, hasta llegar al epicentro y hundir su boca ahí.

—Joder, cómo había echado de menos probar esto. Sabes incluso más dulce que antes.

Mi cadera se movió de manera involuntaria creando una fricción increíble contra sus labios. Se le unió un dedo y sentí la cuenta regresiva comenzar. Mis piernas intentaron cerrarse, pero una palmada en la parte de adentro de mi muslo hizo que las volviese a abrir

—Ni se te ocurra, quiero beberme… —Su voz sonó severa.

¿Cómo decirle a mi cuerpo que no podía acostumbrarse?, ¿cómo decirle a mi cuerpo que esas exquisitas sensaciones no venían para quedarse? Un bramido escapó de su boca, como si yo fuese lo más exquisito que había vuelto a probar en su vida. La vibración de su voz hacía muy fácil perder control y olvidar que esa boca no me pertenecía. «*S*olo porque t*ú* no quieres…», me gritaba mi voz interna.

Me probaba como un marinero hambriento, como si yo fuese la última fruta en el universo. Me sentí justo ahí, a pasos del precipicio donde todos los sentidos se desvanecen: no escuchas, no hueles, te vuelves ciega. Me mordía el labio inferior intentando retrasar lo inevitable, hasta que su pulgar jugó con mi clítoris y sus dedos mantuvieron un ritmo seductor, volviendo la excitación una caldera. Quería gemir, gritar su nombre, pero se quedó ahogado en mi garganta.

—Tan húmeda… Dámelo todo. —Bebía de mí como si de mí saliese el elixir más dulce del mundo.

Me sentí desfallecer, mis piernas queriendo rendirse, no importaba que una de sus grandes manos me sostuviera por la cadera contra la pared. No era suficiente. Mis manos fueron a su cabeza, mis dedos entrelazados en su pelo por encima de mi vestido.

Supe que ya no era la dueña de mi cuerpo, ni de mis reacciones a él. Su boca se había vuelto mi dueña y su lengua se volvió glotona acompañando sus dedos, saboreándome, probándome.

No sabía cómo lo lograba, era como si tuviera los códigos nucleares de mi cuerpo. Sentía la boca seca y veía destellos detrás de mis ojos. Me mordí el labio inferior con fuerza intentando no hacer ruido, pero me fue casi imposible y un gemido bajo se me escapó.

El orgasmo fue de esos que se alargan y parecen continuar por siempre. La sensación perduró y, con mi cerebro apagado, mi corazón bombeaba tomándose su tiempo para hacerle llegar a todo mi cuerpo esa electricidad mágica que todas mis células necesitaban.

Ni siquiera había notado que había salido de debajo de mi falda, ni que había vuelto a poner

mis bragas en su lugar.

Le miré y sentí mis mejillas arder. La vergüenza quería apoderarse de mí, pero le encaré; nuestras miradas se encontraron, la suya se desvió a la puerta y la seguí, esperando escuchar el sonido de piececillos bajando la escalera, voces infantiles, algo que indicara que habíamos sido descubiertos. La culpa me llenó, los había olvidado por completo y me había dejado llevar. Él debió de notar mis sentimientos encontrados, porque dijo:

—Oye… —Su voz era el único sonido, … pero ¿y si hubiesen entrado? ¿Y si nos hubiesen visto?—. Tienes que darte el derecho a ser mujer también.

Asentí porque no podía hablar, mi garganta seca. Intenté pasar de él, pero me atrajo aún de rodillas sobre el piso, sus manos alrededor de mi cintura, la yema de sus dedos quemándome a través de la tela de mi camisón.

Ahí hizo algo que no había previsto: sus manos bajaron rápido y subieron la falda hasta pasada mi cintura. Adentró los dedos entre el elástico de mis bragas y mi piel. El momento se volvió mucho más íntimo, más intenso que el mismo orgasmo que acababa de darme. Sentí escalofríos cuando su dedos rozaron la cicatriz que los trajo al mundo, exponiéndola a sus ojos.

—Es horrible —dije la verdad (no entendía cómo mis labios solo podían decir la verdad ante él), no es de esas que es solo una línea y que simplemente está ahí: la piel sobresale y tiene pliegues, como si me hubiesen cosido con hilo de coser. Nunca la había odiado, porque gracias a ella tuve a mis dos bellos hijos, pero no es invisible, no importan las cremas que aseguran ser milagrosas.

—¿Puedo? —Su voz un hilo, como si se aguantara, como si pelease internamente con sus demonios. Sin voz, solo asentí.

Su mano tomó la mía, inerte a mi costado. Con mis dedos entre los suyos, tocamos la cicatriz.

—Es lo más hermoso que he visto en mi puta vida. —Juro que quería escuchar la mentira en su voz, pero no pude; notaba la emoción en su garganta.

Recorrí la cicatriz guiada por sus dedos, quizás por millonésima vez. No recordaba la última vez que me toqué justo ahí con tal veneración. Me besó ahí tan sutil, tan delicado y tan lleno de emoción que hizo que mi cuerpo vibrara y la electricidad se esparciera por toda mi piel. Sus manos rodearon mi cintura, su mejilla contra la piel de mi vientre. Sentí primero la humedad, luego el llanto ahogado, y sus murmullos contra mi piel, tan bajos que hacían imposible escucharle. Lo único que escuché fue «siempre estaré aquí, siempre».

Su voz se rompió en llanto y lloró contra mi vientre. Me dejé deslizar contra la pared, mis piernas tocando el piso, y le abracé. Admitir los errores es crecer, y el mío era admitir que él no la cagó solo, que yo debí decirle… Ambos jodimos nuestras vidas, ambos. No sé cuánto tiempo estuvimos así, quizás minutos, quizás horas, mis manos acariciando enredadas en su pelo, mis rodillas alrededor de las suyas en un abrazo completo.

Otro miedo nació: no quería su culpa. No quería que lo que nos uniese fuese un sentido de culpa por dejarme, por criar a sus hijos sola. Ahí supe que me mentía a mí misma: no quería algo rápido y efímero con él, no quería solo llamarlo el padre de mis hijos. Tal vez era egoísta, pero lo quería todo. No quería confusiones, me había mentido a mí misma con esa tonta idea de que una sola noche sería suficiente para atacar esa picazón, pero era imposible; ni una vida entera sería suficiente con él. Tragué en seco, el sonido de la saliva trabado en mi garganta.

Sus ojos se elevaron a los míos. Al fin se levantó, su altura sobre mí, sus hombros anchos cubriendo mi cuerpo menudo. Quise decirle que la dinámica había cambiado en mi mente, que no quería nada de amigos con derechos, que lo quería mío, pero mi voz no salió; después de

todo, existía la posibilidad del rechazo y eso me aterraba, ¿y si él lo que quería era una revolcada de una vez y ya? ¿Y si una sola vez conmigo era recordatorio suficiente del pasado? ¿Y si durante sus años por ahí había conocido mejores que yo? Mi cerebro trabajaba horas extras.

—Eres jodidamente bella, ¿sabías? Increíblemente bella, enfermizamente bella… —Besó mi sien, luego mi frente…

—Es tarde… —Di unos pasos atrás, mis ojos sin dejar de observar la cama recién hecha y su cuerpo, que olvidé que había estado desnudo todo este tiempo… Y estaba duro… Horrible y dolorosamente duro.

—Mañana. —Su voz una promesa.

Asentí. Di unos pasos atrás y me forcé a salir de la habitación. Cerré con un suave clic detrás de mí.

16

Cristina

Al día siguiente, insistí en vernos en un restaurante que, aunque pequeño, servía el mejor tiramisú. De solo pensarlo se me hacía la boca agua. No sabía si era auténtico de verdad, pero para mi paladar sí que lo era. Nunca he estado en Italia, ni mucho menos.

Empujé la pesada puerta y di los primeros pasos dentro, mis tacones sonando contra las losas. Un mozo de evidente ascendencia italiana con la tez bronceada, ojos marrones, estatura baja y la barriga de a quien le gusta vivir bien la vida me recibió con una sonrisa y un «¿tiene reserva?». Le di mi nombre y me guió de inmediato entre las mesas hasta llegar a una esquina del restaurante. Abrió otra puerta igual de pesada que la de la entrada a una sala privada.

Alejandro se levantó al verme , saludó al mozo con un apretón de manos y le hizo señas de que ya se las arreglaba él. Con una mano sacó la silla para mí y me guió con la otra en lo más bajo de mi espalda El calor de su mano traspasó el vestido y me provocó cosquillas al notar lo peligroso que era este encuentro. Ya sentada, besó mi mejilla con un beso relámpago que me dejó en una pila de nervios, y emociones. Su mirada hambrienta me devoraba, se lamió los labios como si observara a su presa y yo desvié la mirada, sintiéndome pequeña. Me limpié las manos sudorosas en el vestido, me aclaré la garganta y no me atreví a mirarle a los ojos, me entretuve poniendo la servilleta en mi regazo.

Otro mozo apareció, muy parecido al anterior, más joven y más alto.

—¿Un *aperitif*? —preguntó.

No supe si ordenar alcohol era una buena idea, quería mantener la mente clara, pero a la vez necesitaba algo que ayudara a apaciguar los nervios.

—¿Agua?

El mozo parpadeó e insistió:

—La especialidad de la noche es limoncello con champán.

—Serán dos —Ale habló sobre mí y despidió al mozo con un «gracias».

—¿Champán?

—¿Por qué no?

—Es para celebrar.

—Oh, aquí hay mucho mucho que celebrar.

—¿Como qué?

—¿Quieres que te de una lista?

Asentí.

—Dos hijos maravillosos y saludables. —Una pausa, como si buscase la palabra correcta—. El reencontrarnos…

Ante sus palabras cerré los ojos levemente; me llenaban el alma de una emoción desconocida, una seguridad que no me atrevía a sentir. ¿Qué sería de mí si una vez más me abandonaba? Era por ese sentimiento por lo que no creía que salir en una cita fuera una buena idea, pero teníamos que hablar, establecer las reglas, poner los puntos en las íes.

—Hablando de —casi se me escapó un «mis hijos» y me aclaré la garganta— nuestros hijos… Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—Asuntos legales. Creo que deberíamos estar en la misma página antes de involucrar abogados.

Sus ojos se abrieron en grande, pero antes de que pudiese hablar el mozo interrumpió con nuestras bebidas y preguntó si estábamos listos para ordenar. Alejandro se me adelantó y ordenó el antipasto, la *pizza* margarita para comenzar, la lasaña para mí, el filete para él, y por supuesto mi tiramisú para terminar. Pasé saliva con dificultad; no era que me molestara que ordenara por mí, más bien me excitaba sobremanera su forma dominante de ser.

—¿Algo más? —preguntó y parpadeé. Negando levemente, tomé mi copa. Él tomó la suya y la tocó con la mía, un pequeño cli*n* se escuchó en el salón—. Por los problemas legales. —Guiñó, su voz sarcástica.

—Ale, son cosas que sé que son incómodas, pero… tenemos que hablarlas.

—Pensé que esta noche era *solo* para nosotros… —Tomó un sorbo de su bebida. Sus ojos no dejaban los míos, el azul de los suyos se veía turbio y quise nadar en ellos, creer que podía creerle, espantar ese aura oscura de él—. Si vamos a comenzar a listar demandas, déjame darte las mías. Uno: quiero mi nombre en los certificados de nacimiento. Dos: quiero que les cambiemos los apellidos a Cortez Rojas. Tres: ¿cuándo ibas a decirme que molestan a Alexei en la escuela?

Sentí mi rostro arder.

—¿Cómo lo sabes?

—Hoy, en el campo de béisbol, unos chicos se le pegaron y muy descaradamente le preguntaron si yo era su padre rentado… ¿Qué hay con ello?

Ale había insistido en pasar la tarde con los chicos. Llevó a Alexei a un campo de béisbol, no sin antes pasar por una librería y comprarle media tienda a Iza, que se entretuvo mientras ellos jugaban. Ambos volvieron contentos, animados, hablando como nunca, y mi hija con varias bolsas llena de libros, algunos muy más avanzados para su edad, entre ellos la colección de *Harry Potter* o los clásicos de *Orgullo y prejuicio.* Según ella, «papi me va a construir un estante bien grande». Alexei se creyó grande e importante porque le había dado con el bate a la pelota unas tres veces.

—Sabía algo... Un día volvió a casa con un moretón en la mejilla. Fui a hablar con la directora, pero es una arpía, estoy pensando en cambiarlos de escuela.

—¿Por qué no me dijiste? No sabes lo que se sintió no saberlo, no poder prevenirlo. Pensé que eran sus amiguitos, y de repente los veo pegarle en el hombro… Menos mal que me metí entre ellos rápido, pero entonces gritaron «es tu padre rentado».

Su voz no era acusadora, ni juzgaba, sonaba más bien dolida. Bajé los ojos a la mesa sintiéndome increíblemente culpable. Su mano derecha se extendió en un gesto de paz y apretó la mía.Sentí mis ojos humedecerse y lágrimas que comenzaban a brotar.

—Han sido años de hacerlo todo sola;, es mi culpa, debí decirte, lo siento.

—¿Cuándo vas a entender que ya *no* tienes que hacerlo sola? Tuve un flechazo en el primer momento en que los vi en tus brazos y supe que eran míos, nada ni nadie me separará de mis

hijos.

—¿Y tu amor a la medicina?

—¿Qué hay con ella?

—¿Esa obsesión con el éxito? ¿Con ser el mejor? ¿Dónde la dejas? No me digas que no echas de menos tu vida en D .C. Tenías una excelente vida, hasta eres famoso y saliste en GQ. Ahora me dices que de la noche a la mañana vuelves a un pequeño pueblo en Carolina del Sur, dejarás la medicina y serás un padre de familia, por Dios… y esperas que crea que… —Suspiré cuando su mano tomó la mía, entrelazando los dedos.

Sus ojos se iluminaron.

—¿Seguías mi carrera? —Sonrió con picardía.

—Esto ha sido un error. —Moví la silla atrás con la disposición de pararme, pero él se me adelantó y sostuvo mi brazo para impedir que me moviese.

—No puedo practicar la cirugía. —Levantó la mano y ahí lo noté: un leve temblor en su mano derecha. Su otra mano tomó la mía, mi palma abierta en su pecho. El latido de su corazón era errático, nuestros ojos no se veían el uno al otro.

Ni notamos que el mozo había regresado con nuestra cena. Ambos volvimos a nuestros respectivos lugares. Yo no sabía qué decir, tenía muchas más preguntas que antes. El miedo se apoderó de mí, porque muchas cosas causaban temblores, y muchas eran terminales. Siempre sospeché algo así, pero tener la razón se sentía muy mal. Ni noté que el mozo había retirado nuestros platos. Elevé la mirada.

—Espero que no sea lástima lo que veo en tus ojos.

—No…, es miedo —admití. Se me había quitado el hambre. El lugar se sentía de repente demasiado caluroso; inspiré, pero parecía que le habían robado todo el oxígeno a la habitación—. ¿Qué es?

—Podemos hablar de eso luego… ¿Quieres salir de aquí?

Ya se levantaba, extendía la mano y entrelazó sus dedos con los míos. Me guio por las mesas de camino a la salida con paso seguro, nuestras manos unidas en un símbolo de lo que podría ser nuestro futuro si lo dejábamos.

Al llegar a la recepción, el mozo le entregó una gran bolsa, supuse que nuestra cena. En la calle nos esperaba un auto negro. Abrió la puerta del pasajero para mí y le vi dar la vuelta y sentarse a mi lado.

—¿A dónde vamos?

—¿Confías en mí?

No titubeé, me fue muy fácil decirle que sí, casi como un acto reflejo. No sentí miedo con él a mi lado, su brazo rodeando mi cuello; mi cuerpo, consciente de que él estaba a su lado, se ponía en estado de calma.

No importaba que el chófer condujese por la ciudad de manera apurada, girando rápido en las esquinas hasta entrar a lo que parecía un estacionamiento subterráneo. Al aparcar, Alejandro me ordenó que no me moviese, se bajó del auto, le dio la vuelta por detrás, abrió la puerta para mí y agradeció al conductor.

Sin soltar mi mano nos guio a un elevador. El viaje hacia arriba no fue como en las películas, al cerrarse las puertas no me atrapó contra la pared ni me robó un beso, más bien se mantuvo detrás de mí. A medida que los números cambiaban lo sentía mas cerca.

El calor de su cuerpo y el olor de su colonia me volvían ligera. Supe que se había inclinado hacia mí porque podía sentir su respiración cálida en mi cuello, sus labios tan cerca que causaron

cosquilleos en mi piel. Tomó todo mi autocontrol no darme la vuelta, engancharme de su nuca y besarle.

—¿Qué quieres? —La pregunta escapó de mis labios como un suspiro.

—Que dejes que te demuestre cuánto te amo aún…

Me di la vuelta, pero el sonido de las puertas abriéndose interrumpió. Nos guio por un pasillo hasta llegar a una puerta azul oscuro con el número 888, buen augurio de que mi vida quizás sí iba en el camino correcto.

Había esperado un apartamento grande, pero era pequeño y modesto, los pisos de cemento, una pequeña sala con un mueble gris en forma de L y una alfombra roja *plush* debajo, frente a una televisión inmensa. La cocina era semiabierta a la sala, estilo industrial con mesetas de metal y puertas que abrían a un balcón donde se veía un jardín interno.

Ale dejó las bolsas de la cena en la meseta, fue al refrigerador y volvió con una botella de vino blanco y dos copas.

—¿De quién es este apartamento?

—Mío, últimamente, he comprado bienes como si fueran casitas del *Monopoly*… Pensé que los chicos, tú y yo íbamos a necesitar nuestro espacio.

—Oh….

—Vamos, te doy un *tour*. —Vertió el vino en las dos copas, sus dedos rozaron los míos al pasarme la mía.

No había mucho que ver, era como un departamento de soltero: una sala de estar, una cocina, un medio baño y un solo cuarto principal. No tenía mucho, solo lo necesario: una gran cama en el centro de la habitación, dos mesas de noche y una cómoda sin espejo con un tocadiscos encima. Lo escuché ir al interruptor y lo que una vez fue un cuarto oscuro se volvió tenue, con luces amarillas que caían en cortina por la pared de detrás de la cama.

Vino a mí, sigiloso como una pantera. Su pecho a mi espalda, sus labios besando ese punto entre mi oreja y mi cuello. Me incliné más atrás por instinto y necesidad, buscando el calor de su cuerpo y el sentir exquisito que sus labios me ofrecían. Le sentí sonreír contra mi piel, su otro brazo rodeó mi cintura empujándome más a él, eliminando todo espacio entre nosotros, su excitación evidente en mi trasero…

La realidad de la situación no se registró hasta que su mano retiró el botón en lo más alto de mi vestido y me sentí tímida de repente. Observé la gran cama y mis piernas se volvieron mantequilla.

—¿El baño? —pregunté; él, sin retirar sus labios de mi piel, señaló una puerta con una mano. Me desligué de él, sin mirarle, y me apoyé contra la puerta intentando calmar mi respiración errática.

El cuarto de baño era de ensueño: mármol de tonos azules, grises, blancos, lavamanos cuadrados modernos, una gran tina en el centro incrustada en el piso, una ducha donde se podían bañar al menos cinco personas...

Me sentí cobarde por huir. Me miré en un espejo de cuerpo completo. Parecía un presentito bellamente grapado en un vestido negro de encaje que ya estaba semi abierto en la espalda, solo tenía que bajar la cremallera y caería a mis pies. Así lo hice. La tela cayó en mis tacones y salí de él. Debajo traía lencería de infarto, un *body* de encaje pegado al cuerpo.

Tras inspirar una millonada de veces y echar aire a mis axilas, me llené de coraje y abrí la puerta.

—Hey, *sexy*. —Mi voz ronca, el nerviosismo evidente en ella. Me llevé un dedo a la boca y lo lamí.

Vino a mí como un huracán y en tres largos pasos me tenía presa entre la pared y él, con ambas manos sosteniendo mi rostro en un apretón nada delicado. Sus labios aplastaron los míos en un beso desesperado, tanto que dolía. Le respondí el beso, pero por mucho que lo intenté no logré dejar los sentimientos fuera. Su boca era un recuerdo de lo que una vez fuimos, su respiración mezclada con la mía. Sus labios me supieron a un futuro que ninguno de los dos se atrevía a admitir que quería.

Sus manos estaban en todo mi cuerpo, apretaban mis senos y lo sostenían uno contra el otro haciendo mi escote tres veces más alto; mis pezones presos de sus dedos, mis cintura, mis caderas... Acunó y pellizcó mi trasero. Su boca salió de mis labios bruscamente y bajó por mi cuello dejando besos húmedos hasta llegar a mis senos. Los sostuvo en sus manos, los pellizcó entre los dedos y sus lengua los lamió. Un gemido alto escapó de mi boca e incliné la pelvis hacia él intentando calmar el fuego que se había asentado en mi centro.

—Espero que sepas lo que haces… Después de esta noche no creo que pueda dejarte ir…

Sus labios tomaron otra vez los míos. Esta vez el beso comenzó casto, suave, melancólico, mi sentimiento preso del suyo. Mordió sensualmente mi labio inferior y me envolvió en un abrazo con todo su cuerpo, mi cuerpo semidesnudo contra el suyo completamente vestido. Entrelacé las manos en su pelo, atrayéndolo mucho más a mí, mis caderas intentaron rodearlo como si trepase a un tronco. Me sentí ligera, como si él fuese una droga, mi marca favorita de éxtasis.

Sin soltar mis labios, uno de sus brazos pasó por debajo de mis muslos y me levantó en peso. Grité asustada y a la vez reí en alto, sosteniéndome de sus hombros, mis piernas rodeando su cintura. Sentí el colchón suave debajo de mí, mis piernas rodeando su cadera, mis pies en el aire en la esquina de la cama. Él aún estaba de pie.

Moví las caderas buscando la fricción de su cuerpo exquisito.

—Eres una niña traviesa, ¿sabías? —Su voz entrecortada. Le afectaba tanto como a mí.

—Siempre…

—¿Sabes que a las niñas malas se las castiga?

No existía control, ya no… Mis sentidos me guiaban.

—Creo que llevas mucha ropa. —Le quité la chaqueta con su ayuda y la lancé lejos.

Luego, abrí uno a uno los botones de su camisa, sintiendo el calor de su piel en mis dedos, deleitándome con los músculos que vi la noche anterior: eran increíbles, duros, y mis dedos trazaban las grietas de sus músculos, mis uñas raspando delicadamente la piel de su abdomen.

Me sentí feliz cuando le vi perder la razón y echar la cabeza hacia atrás. Un gemido de león en celo escapó de su boca.

Su mano fue a la parte de atrás de mi nuca y me sostuvo justo ahí, su boca a milímetros de la mía, sus ojos queriendo penetrar los míos…

—¡Hoy serás mía! —dijo antes de aplastar su boca con la mía y lanzarse del todo sobre mí. Como si me diera primeros auxilios, sus labios tatuaban un futuro, dejaban una marca en mi alma, desesperados, hambrientos, posesivos—. Esto está de más. —Su mano derecha fue ahí a donde nos uníamos y de una destruyó la parte más baja del *body* y lo subió por mi cuerpo. Era muy apretado y me levanté para ayudarlo. Sus ojos recorrieron todo mi cuerpo, me observó de arriba abajo, encendiendo con su mirada cada milímetro de piel.

Me sentí tímida ante sus ojos y agradecí las luces tenues; mis senos ya no eran los firmes de la adolescencia, mi cintura aunque algo tonificada mantenía marcas de estrías, mi piel no era firme. Desvié la mirada, pero su mano tomó mi barbilla, la tormenta en sus ojos rogando refugio en los míos…

—Bella, increíblemente bella… y mía… —dijo posesivo. Intenté apretar mis muslos, a lo que él sonrió—. Si quieres algo solo tienes que decirlo.

Su mano derecha fue ahí a donde nos uníamos. Cerré los ojos, la sensación era indescriptible, pero no era suficiente… Mi cuerpo era dinamita y sus dedos el fósforo que amenazaba con encenderla.

—Lista… Húmeda… —Abrí los ojos, se mordía el labio inferior.

—Ale… —grité su nombre cuando uno de sus dedos se adentró en mi sexo y casi brinqué al sentir su lengua seguirle.

—Lo siento, necesitaba probarte… Postre antes de la cena… —Dejó un último beso en mi centro y sus labios comenzaron a subir por mi cuerpo. Sus manos viajaban libres también, como queriendo aprender para luego dibujar mis caderas, mi cintura, mi estómago, mis costillas, el costado de mis pechos. Sus dedos como plumas rozaron mis pezones.

—Por favor…

Le escuché reír. Sus labios se cerraron en uno de mis pezones, que eran dos piedras duras, y lo mordió juguetonamente. Después lamió el otro y lo mordió también.

—No queremos que se encelen…

Joder, se sentía exquisito, pero dolía entre mis piernas, porque me había vuelto un fuego forestal y necesitaba que me apagase.

Nuestro reflejo en el techo llamó mi atención.

—¿Tienes un espejo en el techo?

—Sí… Quiero que te veas cuando sea demasiado y explotes por mí, que te conozcas.

Sus labios subieron por mi cuello hasta mi oreja y volvieron a bajar hasta mis labios, donde dejó un beso casto.

Me volvió a levantar en peso y nos acomodó en el centro de la cama. Su cuerpo me envolvió, mis piernas abiertas a ambos lados. Una de sus manos fue a mi trasero, lo acunó para elevarlo y posicionó mi sexo contra lo duro de su centro, creando una fricción exquisita. Moví las caderas, lo quería; mejor dicho, lo necesitaba dentro de mí, estrechándome, demostrando que era y siempre será mi dueño.

Él parecía no tener ningún apuro y continuaba la tortura, sus labios subiendo y bajando lentos por mi cuello.

—Bésame… —exigió contra mis labios.

Lo hice y lo que comenzó como un simple contacto maduró hacia uno lleno de sentimientos. Su boca tomó el control llevándome con él a ese mundo donde su lengua nos guiaba jugaba pícara y traviesa con la mía. Me volví una adicta, glotona por cada roce, cada toque, y ahí lo supe… Me había mentido a mí misma si creía que lograría dejar mi corazón fuera de este juego cuando me besaba así, tan lleno de sentimiento, como si yo fuese el gran amor de su vida, como si fuese la mujer, la estrella fugaz que una vez se fue y hoy regresaba. Sentí la humedad en mis ojos, porque le amaba mucho, muchísimo, y quería gritarle a los cuatro vientos «te amo». Aunque callé, no pude evitar la lágrima que escapó de mis ojos.

—¿Qué pasa? —Por supuesto que notó mi cambio de humor.

—Malditas hormonas —justifiqué. Él asintió, pero supe que no me creía. Me besó la frente y casi rompí en llanto.

—No tenemos que hacer nada que no quieras…, pero —tomó una de mis manos y la llevó a esa parte de su anatomía dura y caliente como un hierro— mira lo que causas...

Negué moviendo el rostro a ambos lados.

—Sí lo quiero…

Llevé nuestras manos unidas ahí, a mi necesidad, a ese dolor en mi centro, a ese fuego que solo él lograba apagar.

—Lista. —No fue una pregunta.

Le vi bajarse de la cama y quitarse la ropa que le quedaba, el pantalón y los bóxers. Buscó algo en la mesa de noche.

—Joder, creo que olvidé cómo se ponen. —Rio.

—Tengo la inyección … —Sabía que mi sugerencia convertía ese acto en uno un millón de veces más íntimo, pero necesitaba sentirlo piel con piel, nada entre nosotros.

—¿Estás segura? —preguntó ya acomodándose. La sensación de su piel contra mi centro era indescriptible, el éxtasis apoderándose de mi vista. Su mano fue a mi trasero, mis brazos se apoyaron en sus hombros, mis labios dejaron besos en sus pectorales.

—Ale, por favor…

—Amor, tienes que decirlo.

—Fóllame.

Entró en mí, ni lento ni gentil, y lo agradecí infinitamente. Quería que me demostrara quién era mi hombre, a quién pertenecía.

—Joder, estás caliente, húmeda…, perfecta…. —Su boca tomó la mía, distrayéndome. Se detuvo dentro para darme tiempo a acostumbrarme a la intrusión.

—Por favor.

Le mordí el hombro y sentí que comenzaba a moverse lento, muy lento… Poco a poco perdió el control y encontró un ritmo que nos torturaba a ambos. Sentí una de sus manos viajar entre nosotros e ir ahí a donde nos uníamos… Ahí lo perdí del todo, la explosión detrás de mis ojos fue de proporciones atómicas.

—Ale. —Una mezcla entre grito y gemido escapó de mis labios.

17

ALEJANDRO

Años esperando por ese momento que la tuviese otra vez, que en mis brazos fuese mía, beberme su respiración en el momento preciso que se rompió conmigo dentro, el acto solo sirvió es para fomentar que no podía vivir sin ella que Cristina el amor de mi vida, y quería gritarlo alto y claro, pero como ella tenía que mantener las apariencias de que esto era solo un acto cuando le entregaba mi vida entera en un roce, un toque, un beso.

— ¿hambre?

Asintió, se bajó de la cama, tomó las sábanas, y se cubrió con ellas.

—¿ por qué la sabana?

—no tengo veinte años Alejandro,

— no, tienes razón, creo que ahora estas mucho mas buenísima… — sus cachetes se sonrojaron, y descaradamente la intente tomar del culo trayendo a mí, mierda… ya volvía a ponerse duro…

Le pase mi camisa, no porque no la quisiese ver en cueros sino porque dolía mantener una erección por tanto tiempo,

— gracias — dijo pasando la camisa entre sus brazos abrochando los botones asegurándose de dejar los tres de arriba desabrochados mostrando ese hermoso escote que ahora iba adornado en rosa por mis manos, mis labios, y mis mordiscos…

Mi mano se fue sola descaradamente tome uno entre mis manos ella se quejo pero no me prohibió tocarla

—¿por qué contigo siempre es así?

— ¿así como? — pregunto.

— eres como un desierto donde no importa cuanta agua tome siempre sentiré sed… no importa cuantas veces me entierre en ti, no puedo esperar por volverte a tener…

— Alejandro…

Juro cada vez que decía mi nombre me volvía un loco sin mente. Ya en la cocina me daban ganas de darle vuelta, subirla a la península, joder… ¿por qué me volví adicto sexual solo con ella?

Me contuve, alejándome, entreteniéndose en sacar la cena de los containers y ponerla en platos, mientras ella buscaba algo que ver en la tele…

Me gusto el silencio, que ninguno de los dos sentía la necesidad de llenarlo, que era suficiente la compañía del otro para mantener la pequeña burbuja que creamos cuando estábamos solos.

Fui a sentarme a su lado, nuestros muslos rozándose, la cena caliente frente a nosotros, ella

continuó buscando qué ver en la tele hasta dar con una serie dramática,

—esta parece estar interesante— dijo, y juró ni se de que se trataba mi único enfoque ella, de vez en vez mientras comía robaba miradas a ella, su perfil, su nariz pequeña, su barbilla puntiaguda, ese mechón, no resistí, mis dedos se fueron solos, y lo ubique detrás de su oreja, lo que causo que ella doblase el rostro a verme, nos miramos a los ojos con el mismo nivel de deseo, a la mierda la cena, tome rostro entre mis manos y la bese, un movimiento de mis labios contra los suyos, un restriego, mi lengua se adentro entre sus labios entreabiertos, los lamió, y los obligó a abrir a mi, me sabía a tomate, al queso parmesano, ella se volvió a mi, uno de sus brazos rodeando mi hombro sus dedos entrelazados en mi cabello en lo más bajo de mi nuca,

—¿porque me haces esto?—preguntó su voz entre cortada, pegue mi frente contra la suya,

— podría quizás preguntarte lo mismo,

— es tan fácil perder la cabeza, mi mente se va de vacaciones cuando estoy contigo— a su comentario no pude hacer más que reír, — no te rías — replicó dándome leve en el brazo — no es justo,

— lo que no es justo que no quieras admitir que esto no pasajero ni de amigos que se desean,

— Ale,

— descuida que seguiré esperando…

— te puedo hacer una pregunta,

La mire sigiloso, y tenía que admitir a su alrededor a veces vivía como si caminara en una cuerda floja con miedo a que la respuesta incorrecta nos arruinaría por siempre,

—¿qué pasa con tu mano? ¿Y esos temblores?

Trague en seco, pero ella se merecía que fuese honesto, si lo nuestro iba a funcionar yo tenía que abrirme

—unos tres meses atrás, comienzo, de la nada, primero fue un calambre en mi mano derecha, lo tire al estrés, las expectativas, ser cirujano en jefe, y toda la cosa, y un día en el quirófano, titubee, juran que llamaron mi nombre varias veces, y me tomó casi medio minuto volver en sí,

— ¿Un derrame? — mi silencio, como decirle que quizás— ¿Esclerosis Múltiple? ¿Parkinson?

ALEJANDRO—su grito… me volvió al presente…

— No, nada…

— Oh Alejandro…no me mientas…

— No te miento, en serio no fue nada, ese día llevaba casi veinte horas sin dormir, me hice todo tipo de examen hasta resonancia magnética, todo salió normal.

El suspiro que le escuché soltar me desarmo, lanzó sus brazos alrededor de mi cuello y se tiró del todo encima mío, de repente me abofeteó duro, y rápido, — hey…

— me asustaste, ni se te ocurra volver a hacerlo,

Me amas… quise decir, pero esa era una verdad que ella tenía que descubrir sola.

— Quizás no quiero ser cirujano, o es mi cuerpo pidiendo un respiro, es una profesión muy difícil, muchas horas de pie, mucho estrés.

— Lo dudo, es tu vida.

— No — dije con convicción, — era una adicción, una manera de ser mejor que mi padre, mejor que mi hermano, y que casi me arruino la vida — esto lo dije mirando directo a los ojos.

— ¿ Este apartamento ? — la vi tragar con dificultad, cambiaba el tema, — para traer a chicas…

—quizas,

—tienes razón es mejor que los chicos no vean mujeres entrando y saliendo de la casa del

frente,

—me crees así de mujeriego, — me miró de arriba abajo, se mordió el labio inferior

—¿me vas a decir lo opuesto?

—¿si te digo algo me creerías? — espere ver su cabeza subir y bajar para hablar — es la primera vez en años que logró mantener una erección con una mujer,

—¿ A qué te refieres?

— que no estado con nadie mas, babe, he tratado de borrarte pero siempre mi cuerpo me traicionaba,

— joder

— ¿con cuantos has estado tu?— la pregunta salió de forma natural,

— he salido en citas, y no he logrado pasar de segunda base…. —escucharla decir aquello me llenaba de un orgullo increíble,

—¿y aún sigues creyendo que esto entre nosotros es pasajero?

— esto fue divertido pero es todo lo que será,

—¿Por que?

— porque tenemos dos hijos, y no quiero confundirlos. Ni llenarnos de esperanzas de que sus padres estarán juntos, y que seremos una familia cuando no puede ser…— no se que vio en mi rostro—vamos no me mires así tan derrotado, podemos ser amigos…

— amigos que follan,

— no, eso complicaría mucho mas cosas,

—porque siento que te haces la fuerte, que todo lo que dices ha estado bien ensayado

Tomó un sorbo de su vino, le quite la copa de la mano, y cerré mis labios en los suyos, nos besamos, ella demostrando que era una mentirosa de las buenas, una estafadora porque sus labios me decían exactamente lo opuesto a lo que dijo en voz alta unos segundos atrás,

— ¿qué haces?—pregunto cuando volvimos a la superficie por aire,

— aprovechando, tengo hasta la mañana, pretendo hacerte mía en cada superficie de este apartamento empezando ahora…

La escuche reír alto, y era el más bonito sonido que jamás he escuchado, nos miramos a los ojos, y supe que ella sentía al menos tres cuarto de lo que yo sentía, y era entendible que debido a nuestro pasado estuviera aterrada, pero estaba aquí, y era un hombre cambiado, y se lo iba a probar.

Menos de dos minutos más tarde estaba otra vez en casa… enterró hasta las bolas en ella por segunda vez esa noche. Ella encima, sus piernas alrededor de mi cintura, sus manos arañando mi espalda…su pelo cayendo sobre mi como cascada, su olor embragándome, su sexo entrerrandome en un extasis, tan intenso del que no quería salir nunca.

— Cristina — murmure a su odio mis labios chupando del lóbulo de su oreja…. ella respondió con un gemido, inclinando su pelvis más a mi, curvando la espalda hacia atrás…

Me maravillaba la manera increíble que copiamos uno dentro del otro, como dos piezas ancestrales, el ying de mi yang, la última pieza del rompecabezas, específicamente una para el otro.

Su sexo tan caliente y húmedo me daba la bienvenida con cada entrada, y me ponían mucho mas cerca del abismo, necesitaba llevarla allí conmigo, y pronto. Base de su oreja a su cuello, en esta posición sus senos, tan perfectos, curvas mágicas tan cerca de mis labios, los besé con hambre, a la vez que incline mi pelvis arriba una y otra vez sin piedad haciendo que ella rebota sobre mi, un gemido ahogado se escapó de sus labios…

Sin dejar de atacar sus pezones entre mis labios, lamiéndolos, lleve mis mano derecha entre

nosotros, a ese pequeño maravilloso botón que siempre ha sido mi mejor amigo, y la escuche casi maullar como gata, gemir en bajo, contraer las caderas, curvear los pies… y grito mi nombre como si llamase al dios del sexo, en un murmullo bajo y ahogado… Cerré los ojos, con mis manos en la curva de su trasero la empuje a mi una y otra vez en un movimiento rítmico de caderas,

— ¡Alejandro! —se quejó — voy a volver….

Se inclinó a mí, mordió mi oreja, bajó sus labios por mi cuello, sus manos arañando mis pectorales… Cerré los ojos dejándome ir, perdiendo el control, y aunque logré que mis labios se callasen casi suelto el más tonto de los “te amos,” porque era muy pronto, y era una palabra muy fuerte, pero si que la sentía. No evite que mis ojos se lo dijesen, la mire intenso.

Ella se acomodo en mis brazos, y nos quedamos así, contentos uno en los brazos del otro, sin mencionar palabra alguna, sin lograr bajarnos de la nube aún, una tela de sudor nos cubría a ambos, sus labios se entretenían besando mi cuello, su mano delicada sostenido la parte detrás de mi nuca.

No importaba que ella llamase lo nuestro, amigos con derecho, solo sexo, sexo casual, a mi mismo no podía mentir, para mi, no era nada de eso cuando quería gritarle que la amaba, que la sentía muy adentro, que me había vuelto un mendigo suyo, pero, por ahora, tomaba lo que me diese, migajas y un poco más.

18

Cristina

La mañana me sorprendió, la luz filtrándose por las ventanas despertando, aún existiendo, en los brazos de Alejandro, calentita, bajo las mantas, mi mejilla reposando en su pecho, su brazos rodeándome, apretando a el. Eleve mi cabeza, y le observe, aun dormía, y se veía tan pero tan bello, que no era mío dolía. Sus labios se entreabrieron y por un momento pensé que me había descubierto mirando pero no, algo dijo pero no fue entendible.

Mis ojos se fueron a su torso desnudo, y esos pectorales duros dándome el derecho de grabarlo en la memoria, mis manos se fueron solas pero a último momento no lo toque, me di la vuelta de costado, y espere, el no se despertó, así con cuidado de no despertarle me levante. Pedí un Uber, y me vestí con el vestido de la noche anterior, y su camisa sobre este. Se que fue de cobarde marcharme en la mañana sin despedirme pero la noche anterior me fue imposible separar el corazón, me tocaba, me besaba como si yo fuese el más grande amor de su vida, y no quería manchar la memoria con la verdad a la luz de la mañana.

Ya ha pasado una semana, Alejandro no se ha quedado más a dormir en la casa, ni hemos hablado de esa noche, pero cada vez que nos miramos esa chispa está ahí y me siento dejar de respirar cada vez que sus ojos viajan por mi cuerpo.

Está arreglando la casa del frente, comenzó cortando el césped del jardín, el niño se le une después de la escuela, y lo ayuda, Iza se sienta en el columpio que el padre reforzó y los observa trabajar por horas. Lo último que supe de Alexei es que ya comenzaron a retirar la alfombra. Alejandro me aseguro que no lo deja acercarse a la cuchilla, y que solo le deja sacar la alfombra vieja, parece un marciano con todo lo que le ha hecho vestir el padre, lleva guantes, espejuelos de construcción, y un casco que no creo que sea necesario, pero se ve increíblemente mono con el.

Mi trabajo está, sorprendentemente, estable, porque no quiero echarle mal de ojo, es apenas lunes. Un donante anónimo pagó por los arreglos de la clínica de bajo recursos, e incluso más, tanto que estamos expandiendo y mi corazón se llena de pensar. Sam me puso sobre aviso los otros días que la directora actual de la clínica, la Doctora Alonso, se retira a finales de este año “y con tu entusiasmo, y tu pasión por ayudar a los más necesitados eres quizás la candidata ideal.” Excepto que yo no sé ni una pizca de administración, es un cargo muy alto, muchas responsabilidades.

Al final del día encontré el auto de Ana con una llanta explotada. El auto de Sam estaba aún en el parqueadero pero, me daba increíble pena llamarle para que otra vez me sacase de un apuro con mi transpiración, ademas ya con la conversación que tuvimos sobre mi ex, el padre de los niños, nuestra relación actual es estrictamente profesional, y quería mantenerla así, no quería que

las líneas se volvieron borrosas. Ni deberle favores.

Mierda, tenía que ser exactamente el día que había prometido a los niños volvería a casa temprano que íbamos a ver tele, y comer su platillo favorito, y el mío también, *fettucini alfredo*

No lo cocino, no me atrevería a tanto. Lo compro, en un restaurante italiano a unas cuadras de la casa. Inocentemente pensé que no sería ningún problema tomar transportación pública hasta que comenzó a llover. ¿Dónde estaba mi cabeza? por completo había olvidado revisar el sistema del tiempo, en un día cualquiera sería fácil caminar, saludable incluso, pero con esta lluvia repentina, la otra opción sería pedir un Uber a casa, lo busqué en el móvil pero el más cercano demoraba veinte minutos, más un cargo de cincuenta dólares. Así que me trague mi orgullo, y le llame.

— No me regañes — lo primero que le dije cuando abrió la puerta y el tibio del interior del auto me recibió,

— estás empapada,

—no tanto, estaba resguardada, me moje fue de caminando aquí al auto — me crecerá la nariz como a Pinocho si estaba bien empapada tanto que las gotas de agua caían de mi pelo al cuero del auto… — mierda arruinó el tapizado,

Le negó, rodeando sus ojos,— olvida el tapizado…

Se adentraba al tráfico con agilidad, y con la boca torcida, ¿Porque los hombres tienen la mala costumbre de querer arreglarlo todo, mi error no prevenir que iba a llover y no llamar un Uber desde el hospital?

— ¿ Y Peter? — aprovecho estábamos detenidos en una luz, me miró, movió la cabeza en una negociación frustrada, — y no me mientas que llevo días viendo salir en un viejo Cadillac gris…

Un poco acosador él, pero no llegué a decirlo porque mi cuerpo me traicionaba, solté un estornudo que sonó a un trueno entre nosotros, — No más Peter — dije… le observé subir la calefacción del auto,

—quítate ese abrigo mojado, hay una manta detrás del asiento, —la busque y me la tire encima…

—¿ De quién es el Cadillac ese ? No me digas que … - le detuve con una mano alzada,

— es un buen auto, es de Ana, y tiene una llanta explotada es todo…

—Cristi necesitas un auto… *nuevo.*… - hizo énfasis en la palabra nuevo.

— Lo se. Me comprare uno pronto,

Tengo algunos ahorros, y podría apretar la cartera y comprar un auto aunque no nuevo como el quería, comprar un carro nuevo me haría tremendo hueco.

—no te preocupes — dije volviéndome a el— para la próxima, no te molestare, llamaré a Amy,

— ¿Es eso lo que crees? ¿ que me molesta irte a buscar? No me molesta ir a tu rescate ni hoy ni mañana ni nunca pero es que tienes que entender que me preocupas, que anden deambulando por ahí sin sin auto propio.

— esta bien el mes que viene me compro un auto,

—No el mes que viene Cristina, necesitas un auto hoy…

—¿Hoy? — ni había notado iba a la dirección opuesta de mi casa—¿ a donde vamos?

— A comprarte un auto,

— Oh por dios Alejandro, te lo agradezco pero no —me lanzo su mirada de advertencia, — hombre, si esta bien, si necesito un auto pero no exactamente en este preciso momento

— vamos y fin de discusion

— No — mi voz firme — tengo planes, prometí a los chicos llevarles su platillo favorito, y ver tv con ellos, me esperan—hice una pausa, llenándome de valor — podrías quedarte si quieres…

Me atreví a mirarlo, él se volvió a mirarme aprovechando nos habíamos detenido en una luz, su rostro cambió semblante, sus ojos se habían iluminado, y sus labios se curvaron en una sonrisa — no se me va a olvidar

— lo se, pero otro día, hoy vamos por *fetuccine* y hey que haces… — su mano abierta en mi muslo, su cuerpo inclinado a mí, sus labios tan cerca de los míos,

— vas a negarme uno de esos cuando se que lo quieres también,

A la mierda…él tenía razón, lo venía queriendo desde dos semanas atrás, cerré la distancia entre nosotros con mis labios, los suyos se sentían fríos y quise calentarlos, mi labio inferior entre sus labios, y chupe de su labio inferior, queriendo probarlo, el pitazo que se escuchó detrás nuestro me sobresaltó, haciendo que volviese a mi asiento, él no se notaba nada molesto mas bien entretenido,

— ni se te ocurra reírte—dije.

19

Cristina

Papi

Papi

Gritaron mis hijos al vernos entrar…

—¿Ma?— esa tentativa pregunta en los labios de Iza al ver las bolsas de cartón llenas de víveres.

Alejandro había insistido en pasar por el super, según él podía preparar un mejor fetuccini que el que yo pensaba comprarle a mis hijos,

— ¿Y el fetuccini?

— Iza cariño — antes de que pudiese explicarle ya iba poniendo los labios torcidos, los brazos sobre el pecho, y movía el pie en forma de reto… —Voy a bañarme.

No vi el mejor momento que dejarlo a él solo para lidiar con ella, Ya no es fácil, y si coloreas fuera de las líneas lo sabrás, con ella es como te lo dice, y no te salgas de su guión porque te encontrarás con las perretas del siglo. Subí las escaleras sonriente porque lo último que escuche fue a una Izabela preguntándole al padre — ¿ Y tú puedes cocinar eso?

A lo que escuche que él respondió — no, nosotros vamos a cocinar, me vas a ayudar…

— ¿Nosotros?— fue la voz de mi hijo …

Ale me miró por encima de ellos, sus ojos llenos de orgullo, me lanzó un beso al aire, y con una mano me despidió, subí las escaleras de dos en dos, necesitaba ducharme y cambiarme rápido.

No demore ni unos veinte minutos, me cambie en ropas cómodas, pijamas de pantalón largo, y camiseta de mangas de algodón, al salir los podía escuchar hablando, quise darle privacidad con sus hijos, así que me escondí entre los barrotes de la escalera a observarlos.

Alexei sentado sobre la isla rallado el parmesano, Iza parada sobre la estufa, sus pies en la una banqueta que suelo usar para subirme cuando no llegó a los estantes más altos. El padre detrás guiando a la hija a remover la salsa. Le escuche bajar la candela, y dejarla sola revolver la salsa blanca — continua cariño no dejes que se pegue…— la orden sonó aun melódica, dulce, llena de mucho amor.

Una musica de Paul Mcarney sonaba de fondo en el tocadiscos… y joder, que esto podría ser mi vida todos los días, sentí el corazón repleto tan lleno que se me hicieron agua los ojos,

—¿Estás seguro que esto sabrá bien? — sonreí a la pregunta de Alexei, que miro a los lados, buscándome, se llevó los dedos a la boca en forma de shh — mami no sabe cocinar, Anita sí… pero Mami

No me sentí ofendida, pues era la verdad, mis intentos de cocinar solo terminan en comida

ordenada, o en espaguetis con salsa comprada, o cosas fáciles como arroz y frijoles enlatados. Ahi si puedo admitir que soy la peor madre del mundo, por eso trabajo un mundo para poder pagar a Anita que no sólo los cuida, sino también nos cocina, no limpia pero si cocina, ese es nuestro trato. Una excelente ayuda, y no se que haría sin ella.

— ¿Quién quiere echar el queso? — preguntó el padre…

— Yo… Yo — dijeron ambos pequeños a la vez

—A ver, porque no ambos…. Le observe dividir el queso en dos tazones. Iza lo echo primero que ya estaba sobre la estufa, Ale la guió a que batiese con un poquito de más fuerza, luego Alexei la reemplazó, y hecho el último del parmesano…

La boca se me hizo agua… decidí era mi momento de aparecer

— Mami mami estamos cocinando,

— Ya lo veo corazón — fui a el, y acaricie su pelo despeinado, mis ojos no dejaban de observar a Ale explicando con sus manos como guía sobre las pequeñas de mi hija rayando más queso,

—esto — le miro ella a él coqueta, un gesto de manos al aire, un movimiento de cadera hacia un lado, a lo que el padre más bien sonrió, ella lo tenía en la palma de su mano, y ni lo había notado— mas te vale sepa remotamente bueno

Luego nos acomodamos los cuatro alrededor de la mesa del café en la sala de estar, no algo que solemos hacer a menudo, quizás nunca, pero era una excepción. Iza escogió una peli, Tangled, la habíamos visto quizás diez veces, pero nadie dijo nada, menos Alexei que solo rodeo los ojos, su enfoque en la comida que hasta yo tenía que admitir estaba exquisita. A Ale le quedó el pollo perfecto, jugoso, y se desmoronaba a cada bocado.

Los chicos estaban entre nosotros dos en el sofá, ambos con los piececillos sobre el sofá, bajo las mantas, Alexi de mi lado, y Iza del lado de él. No había pasado ni media hora en la peli cuando mis ojos se fueron a ellos, ella tenía su cabeza reposada en el pecho de su padre, sus ojos abiertos pero la conozco, luchaba contra el sueño, el carbohidrato pasándole factura, Alejandro elevo las cejas a mi, sonrió…

—la que creía que la comida no iba a estar buena —comentó,

— si, estaba riquísima, gracias — respondió ella.

— A ver — me levante, y tome a Alexei en mis brazos, o dios, dos días antes no pesaba tanto, — que es hora de dormir

Los chicos se quejaron pero se levantaron del sofá, Iza abrazo al papa, y le escuche no muy discretamente decirle al oído que gracias por la cena, Alexei, le dio la mano,

—¿Te molesta si … — hizo una pausa — los superviso el aseo antes de dormir?

Moví la cabeza por ambos lados, entreteniéndose con los platos sucios… los moví a la cocina, entreteniéndose en ponerlos en limpiándolos para ponerlos en el lavavajillas, uno por uno los limpie, los acomode en el lavavajillas, y luego limpie la mesetas. Mire al reloj ni veinte minutos había pasado desde que Ale subió, quise ir a ver que hacían pero me contuve, ya acababa de abrir el pinot grigio que trajo unas semanas atrás cuando sentí su calor detrás de mí,

—¿Todo bien?— pregunté…

Él asintió, tomó la copa de mi mano y tomó de ella. Mis ojos se entretuvieron observando cómo su garganta bajaba el líquido, sus ojos azules una tormenta de deseo que querían ahogarme entera… Me hipnotizaba, me di vuelta, sosteniéndome de la península, sintiendo que perdía la batalla, en silencio, sus manos fueron a mis caderas, me dieron vuelta, cerré los ojos, inhale de su olor, mi cuerpo se relajo disfrutando del calor en el que su cuerpo me encerraba, dos semanas que no lo sentía, sí que habían sido largas.

Sosteniéndome con una sola mano, volvió a tomar de la copa, sus labios se acercaron a los míos, los abrí y me paso el liquido exquisito, mis labios cerrando en los de el, nos besamos, o mejor dicho comimos uno del otro en un beso, en una desesperación, mi cuerpo se encendía, su olor me volvía una demente, mis manos estaban por doquier en sus cuello en sus hombros, en sus pectorales, sus abdomen, le retire la camisa del pantalón, y metí mis manos dentro, palma abierta en su espalda, aprestándolo mas a mi queriendo que no existiese espacio entre nosotros.

Sus labios se volvieron frenéticos, dejaron un último beso, volvió a tomar de la copa de vino, la dejó caer en el fregadero con un click, y juro se debió de romper pero no importo, sus manos se entrelazaron en mi pelo obligándome a inclinar mi cuello atrás, labios fríos bajaron por mi cuello eran fuego para dinamita, se detuvieron al primer botón de mi camisa de dormir, y los deshizo, su lengua lamió justo ahí donde sus dedos habían quemado, luego otro botón…

— Ale — no fue un reclamo, fue un aviso…

No estábamos solos…él asintió, y pensé que ahí terminara la noche pero acuno mi trasero, y me levanto en peso, aprovechando para retomar mis labios, cerré mis brazos a su cuello, y mis piernas sobre su cintura. Nos besamos mientras me movía, escuche la puerta corrediza del cuarto de las lavadoras abrirse y cerrarse. Me dejé bajar deslizando mi cuerpo contra su cuerpo hasta que mis pies descalzos sintieron el piso frío. La oscuridad bañándonos…

El martes mi turno terminó mucho más tarde de lo usual, pasaban casi de las ocho de la noche, y estaba totalmente oscuro. No pude evitar el suspiro de alivio que salió de entre mis labios al notar el familiar Bentley negro esperando afuera. Al notarme salió a abrirme la puerta del pasajero. Ya adentro mi cuerpo se relajo, noviembre venia mucho más frío de lo usual, los pronósticos del tiempo advertían una semana gris, lo que es inusual pues el estado es uno del sur que no son tan cálidos como la florida pero no tan al norte como para que se desaten estas temperaturas.

—un poquito acosador ¿no crees…?— ignoro a mi comentario— ¿ cuánto tiempo llevas esperando?

—no mucho,

—¿no mucho? — retorcí mis labios en una mueca,

—Está bien, una hora…

—gracias — y lo decía en serio, no lo decía por decir, ni por llenar el silencio de veras que estaba más que agradecida, pero mi humor cambió al instante que tomó la autopista —¿donde vamos?

—necesitas un auto, Cristi…

—¿en serio? ya te explique … sabes que olvídalo, imposible … eres imposible ...— Mis labios en un puchero, mis brazos cruzados, mi cuerpo vuelto en el asiento casi de espaldas a él.

— Si vieras lo bonita que te ves así — le escuché reír— te pareces tanto a tu hija cuando da berrinches.

Cerré mis brazos en mi pecho, rodeé los ojos, pero no podía mantenerme molesta con él. No era justo. Le observe mientras conducía, de perfil se veía increíble, mejilla pronunciada, nariz puntiaguda, labios gruesos, mentón varonil, de repente la luz cambie a roja, se volvió a mi, y me agarro mirándole, y podía escuchar esa voz en mi cerebro gritarme, descarada. Sus ojos bajaron por mi cuerpo para luego subir lentos, elevo las cejas, y me sonrojo, recordando la noche anterior. Me dio vuelta, y me follo lento, tortuosamente lento de pie contra las lavadoras, y fue quizás rápido, sucio, carnal, y un alivio para ambos, sin embargo, tenemos que admitir que algo

más ahí había: una alarmante necesidad.

Ale parqueo en auto en un concesionario, donde los principales autos de propaganda eran carros de lujo, como el BMW, la Mercedes Benz, o Volvo.

— espera aquí — dio la vuelta y otra vez abrió la puerta para mi, le mire de arriba abajo y moví la cabeza a un lado— ¿que tiene de malo que quiera abrir la puerta para ti?

— nada, — aclaré mi garganta, estiró su mano esperando que la tomase pero no lo hice más bien escondiendo mis manos en los bolsillos de mi abrigo,

—como le va mi nombre es Manolo — se introdujo el vendedor—… ¿que buscamos hoy?

— me va bien Manolo, aquí andamos buscando un Volvo, — se volvió a mi, — ¿ como lo quieres?

— ¿Un Volvo? Ale — ¿ cómo decirle que un Volvo estaba muy pero muy por encima de mi presupuesto sin armar una bronca delante del vendedor? El aún esperaba una respuesta de mi parte,

— Los Volvos son los carros más seguros que hay — añadió,

Se lo seguro que son, quise decir

— No tengo el presupuesto para un Volvo — susurre solo para él y yo,

— ¿ Y quien dijo que tenías que tenerlo?

Joder, —no crees que deberíamos de hablar de esto antes… a solas…

Aceptar un auto significaba tirar la definición de amigos que follan, que crían a sus hijos en conjunto por la ventana,

—Si su esposa no quiere un Volvo tenemos muchas otras marcas — interrumpió el vendedor, antes de que yo pudiese refutar que no era su esposa el hombre señaló a donde estaban todos los autos parqueados — ¿ por qué no van y miran ?

Alejandro me guió con un empujón en lo bajo de mi espalda, su brazo pasó por mi hombro pegando mi cuerpo mas a el,

—¿ de que te ries?

— me alegra que la gente piense que eres mi esposa — rodee los ojos,

— Ale…

— Shh deja que me lo sueñe un poquito más ¿si?

El dolor en sus palabras lo sentí muy adentro, sonaba casi resignado. Al llegar a un coche mucho más grande de lo que suelo conducir. Un Volvo XC40, y este detalle lo sé porque estaba escrito en papel en la puerta del pasajero con el precio en letras negras… joder … El vendedor se nos unió y comenzó a lanzar palabras técnicas de las cuales no entendí nada pero al parecer el si porque asentía a todo lo que el hombre decía.

— Me puedo comprar un auto sola Alejandro — reclame ignorando que teníamos compañía,

— Entonces, ¿porque no lo has hecho ya?

— porque…

—¿ porque que?

— no he tenido tiempo, está bien, —admití — es siempre algo, un gasto que se aparece de la nada, y nunca pensé que *Peter* nos fuese a dejar tan rápido…

—Nada dura para siempre , y mucho menos un Honda Civic que compraste muchos años antes de empezar la escuela de medicina, y de segunda mano.

— Yo no necesito un Volvo Alejandro, estoy bien con un pequeño sedan

— ¿Un sedan? — interrumpe el vendedor… —Volvo también tiene Sedanes, el C60 es una buena opción…

— Volvos son uno de los más seguros que hay en el mercado, Cristina, los necesito

seguros… por favor déjame hacer esto por it,

— se lo seguro que son — admití,

— Entonces, ¿cuál es el problema?

— Son caros, y estoy…. — al parecer el vendedor noto que la conversación necesitaba privacidad porque se alejó pretendiendo examinar las llantas de otro auto… —con la casa, los arreglos de ésta… no puedo…

Asintió, —¿ con cuanto cuentas?

— ¿en efectivo? — trague en seco porque de veras que no tenía ni un solo peso en efectivo… parece que noto mi titubeo como respuesta…

— ¿cuándo vas a entender que ahora estoy yo aquí… no tienes que preocuparte por esas cosas?

— exactamente, *ahora…*— me sentí mal al momento que lo dije pero si no lo decía me ahogaba,

— ¿ Qué es lo que se supone que eso signifique? —escupió la palabra— "*Ahora*"

— Señor va a hacer una prueba de manejo hoy — casi había olvidado al vendedor que al parecer estaba impaciente, quizás notando que perdía el tiempo con nosotros.

— Si — respondió Ale.

— No — dije yo,

— por favor Cristina escoge el auto que quieres, si no quieres un Volvo, escoge otro, pero hoy salimos de aquí con un auto, y no quiero quejas luego que no es de tu gusto,

— ¿Señora? — el vendedor me miró sus ojos implorando, no había punto discutir con Alejandro, cuando se cerraba en algo no entendía pero yo no era la misma Cristina de cuando éramos novios,

— ¿ Qué quieres Cristina? — repudio Ale,

— Un sedan,

— Se mais especifica,

A la mierda,

—Un Honda o un Toyota sería perfecto, asientos de cuero que se calienten, techo solar panorámico, tapiz de cuero para el piso, una de esas cestas para el maletero que se sacan, —Ale me observaba con su expresión entretenida — ah y si es *hybrid* mejor— añadí.

— ¿Para qué sirve la cesta?

— no sabes lo difícil que es andar con las provisiones y dos niños,

A la vez que lo dije quise haberme tragado la lengua, acaba de recordarle que no había estado ahí, que lo había hecho sola por todos estos años, bajo los ojos al piso, inspiró, miro a lo lejos evitando mi mirada,

—en ello— dijo el vendedor que salió corriendo no queriendo perder una venta… dejándonos solos.

— Ale lo dije sin querer, pero va a pasar otra vez, y otra vez, no puedo caminar en la cuerda floja, cuidando cada palabra para no herirte..

—No — me detuvo levantando una mano— tienes razón, pero una cosa si quisiera,

—¿que?

— ten tu mente abierta al futuro, ¿si? No nos condenes por el pasado que tuvimos… — así sin más beso mi frente dejándome tibia…

Y era como si pudiese escuchar lo que sus labios no decían, *serás mi esposa Cristina* y joder que la idea no sonaba nada mal.

20

Cristina

Monte en mi carro nuevo, un Honda Civic último modelo, no es un Volvo ni muy de lujos, pero me llevará a donde necesito, y es nuevo. Alejandro, después de una larga discusión terminó presentándose solo el depósito, y la mensualidad la pagué yo. Iba de camino al brunch con las chicas, nerviosa porque se me harán una millonada de preguntas.

Al llegar solo se encontraba Emma, sola en una mesa booth con una jarra de mimosa enfrente, ella siempre se encarga de buscar el lugar, le gusta siempre probar lugares nuevos, por eso condujo casi veinte minutos fuera de la ciudad. Al sentarme enfrente suyo quizás noto la pregunta en mis cejas fruncidas porque me aseguro que Amy venía solo que estaba retrasada

— ¿ de qué hablan putis?

— se menciona el diablo y si que aparece — comentó Emma llenando la copa de las tres, consecuente tomando un largo sip de la suya.

— ¿oh así estamos? — Amy señaló de su copa a la jarra

— más Champagne que jugó pero quién cuenta— dije yo… — una sola porque …

— ¿solo una? — me corto Emma — no será suficiente para lo que tengo que contarles, pide un uber o llama a ese vecino super hot que venga por ti…

No, yo no podía hacer eso ya sería la tercera vez esta semana lo que lo convertiría en un hábito.

—¿ estás embarazada? — pregunto Amy,

— mujer lavate esa boca con jabón, no — por primera vez note que Emma gesticulaba con las manos más de lo normal, en su dedo anular una roca de diamante tomaba la luz para convertirla en un millón de destellos de colores,— aun no he dicho que si,

Ambas nos quedamos sin habla… por supuesto Amy habló primero.

—¿Y ya te lo pones?

—Lo estoy probando, a ver cómo se siente, ya se que estuvimos casados una vez, pero fue algo rápido, nada de anillos, firmamos los papeles y ya, pero esta vez si lo hacemos, quiero vestirme de blanco, quiero fiesta, pero no se, nos va bien así como estamos, hemos logrado un ritmo, y tengo miedo ponerle un nombre a esto acabe con la magia.

El mesero nos interrumpió para pedir nuestra orden y el tema de conversación se vio cerrado. Yo pedí un desayuno entero, huevos, tocino, dos panqueques de chocolate chip, a lo que las chicas rieron. Amy pidió una tostadas de aguacate, y Emma pidió solo panqueques,

—¿que? — pregunte porque me miraban raro,

— tu nunca ordenas el desayuno clásico, ¿no que te trae malos recuerdos o que?

—Oh, estoy hambrienta es todo.

—no tendrá que ver con cierto vecino — Emma sonriente su mirada de aprobación. Amy en vez rodeó los ojos a punto estuve de preguntarle cuál era su problema, pero decidí mantener la paz.

—esa sonrisa esconde mucho ...— continuó Emma

—te aconsejo que no le escuches los consejos de Emma está en su burbuja enamorada y sus ojos ven todo color de rosa — añadió Amy

—¿ven acá a ti qué te pasa últimamente? —Emma con su voz baja sirviéndose otra copa de la mimosa,

Amy inhalo, abrió las manos hizo gesto de como quien cerraba el pico con una mordaza y se cruzó de brazos,

—¿Ya te acostaste con él? — a la pregunta de Emma, su pregunta casi me ahogo en mi bebida…

—mirala claro que si, no ves que brilla, esa piel solo pueden ser dos cosas, o el botox o sexo regular,

— y desafortunadamente a ti lo que te toca es botox,

— oye que ese ha sido el comentario mas horrible que puedas lanzarme de vuelta,

—¿que? si estas tan amargada que no te alegras que tu amiga sea feliz,

—la veo auto destruirse Emma no es como tu, eres mas fuerte, si Nathaniel te deja no te volverás nada

—¿Eso es lo que crees que me derrumbare ? — pregunte mirando por primera vez a Amy a los ojos, me había mantenido al margen de la conversación intentando mantener la paz — ¿porque no puedes ser feliz por mi?

El mesero volvió con nuestra orden, dándome tiempo a pensar, ¿era así como me veían todos? ¿ tan patética que su ex volvía y ella salió corriendo como un perrito faldero? Las tres comimos de nuestro desayuno en silencio, y fue Amy la primera en romper el silencio,

—Ojalá, y me equivoque — el sonido del tenedor cayendo en en su plato me sobresalto— me disculpo ojalá sean muy felices, pero no se Cristi, tu ex vuelve, ahora se compra una casa justo al frente de la tuya, no lo crees un poco acosador casi, hasta asfixiante…

— de la manera que yo lo veo — interrumpió Emma—está siendo lo que todo padre debería, velar por sus hijos,

—déjelo ser padre, pero tu necesitas un hombre, uno que no solo sienta que _tiene_ que quedarse por que tiene hijos contigo… o proponerte porque _estas_ embarazada, no seas un puto compromiso… — mi amiga ya tenia lagrimas en los ojos, Emma extendió su mano, ambas notando que Amy ya no se refería a mi vida. a

—Corazón, ¿qué está pasando? Tu no eres así, — le preguntó Emma,

—se acabo, Andrew se mudo ayer…

—No me digas que te ha pegado los cuernos que lo ahorcó

— Amy asintió con ojos lagrimosos — diez años de mi vida por el retrete… aparentemente llevan juntos casi un año, no sabia como decírmelo para no herirme.

Emma dio la vuelta a la mesa, y fue a donde Amy y la abrazo, yo extendí mi mano y tomé la suya.

21

Cristina

El brunch con las chicas me dejo emocional, era el fin de una era, Andrew y Amy eran la pareja que siempre vi estar juntos toda la vida. Lo que me decía que la vida es corta, y los años te pasan por al lado muy rápido, y no se detiene. Quizás si hubiera un mejor hombre para mi, quizás, pero estoy mas que segura que no vería a mis hijos como Alejandro lo hace.

Ale mira a sus hijos con una adoración y un anhelo, se puede pasar horas con Alexei armando rompecabezas o legos. Los otros días vino a casa a cenar, le traía un libro de cuentos de los hermanos Grim a Iza, que lo observó rara. Le explico a su hija con toda la paciencia del mundo que los mejores libros no tienen ilustraciones me llenó de una dicha, ella le preguntó si se lo leería, y el mirándome directo a los ojos le contesto “siempre.” Al final de la noche nos turnamos poniendo a los chicos a dormir, y después terminamos teniendo conversaciones largas, otros días terminamos follando como perros con gemidos silenciosos.

¿No es eso lo que se supone que seamos? Amigos, a la vez que amantes, la pantalla táctil del auto se iluminó con una llamada, era él.

—Hi

— ¿Aun con las chicas?

— No

— ¿Dónde estás?

— aun en el carro en la cochera no entro a la casa todavía,

— tenemos que hablar puedes pasar por la casa,

Suspire no es nada bueno cuando te dicen esas palabras,

— ¿Cristi?

Ni había notado había asentido pero él por supuesto no podría verme,

— ahí estaré dame unos minutos

Cruce a su puerta, y entré sin tocar.

— en la cocina

Pase por la sala, mis zapatos retumbando en la madera, gracias a dios había quitado la alfombra, y airado la casa pero aún no tenía muebles. La cocina vestía los mismos trastes de electrodomésticos el frigorífico de los cincuenta. Los gabinetes amarillentos, la encimera usada de ese color rosa antiguo y rayada.

Lo único moderno era una cafetera cara, _La Marzocco. _

— siempre quise una de esas

— ¿ Quieres un café?

Moví la cabeza negando, me miró de arriba abajo, en sus ojos ese deseo que no escondía

más, en la punta de mi lengua un_ ¿que quieres Alejandro?_

— vas a tener que irte a cambiar tengo una sorpresa para ti,

Me mire de arriba abajo llevaba una falda en forma de A, que llegaba casi a mis rodillas, una blusa sin mangas dentro de ella, y unos zapatos de tacón,

— ¿ por que…?

—pensé ir a correr, ¿ me acompañas?

— estoy cansada

— ¿por favor?

Asentí, ¿cómo decirle que no? su voz me hipnotizaba, podría pedirme que me desnudara y lo haría. Salí de allí antes de que cometiera la locura que se venía formando en mi mente, y es que el hombre me volvió una adicta a él. Al salir, ya el el me esperaba al lado de un Volvo blanco.

— ¿Dónde está el Bentley?

— Lo cambie, no era práctico,

Solo asentí, que bien debe ser tener dinero. Si no te gusta un auto lo cambias y punto. No nos dijimos nada hasta que llegamos al parque, hacía frío pero el cuerpo poco a poco se calentaba con los primeros trotes. Corrimos sin decir nada, un paso tras otro hasta subir la colina, era media tarde, estaba nublado, y el día gris pero aún así el lago se observaba inmenso, y bello.

— no vas a preguntar cual es la sorpresa — a su pregunta, el lugar se volvió simbólico, y juro pensé que se agachaba en una sola rodilla,

— la cafetera — bromee

— ¿ que hay con ella? — pestañeó confundido el,

— no es esa la sorpresa tener al lado de mi casa _ café *late* _ ilimitados,

— podría estar en tu casa,

— sabes que no me gustan los regalos caros,

— no sería un regalo, sería la mía en tu casa, lo mío en tu casa…

— Ale,

— mira adelante — pasó su brazo por mi hombro, y me dio vuelta levemente, pegando mi espalda a su pecho, uno de sus brazos rodeando mi cintura, el otro rodeando mi pecho por encima de mis senos…

— ¿ qué veo? — mi respiración a medias, sentirlo así tan cerca, aquello era algo que quería tener por siempre,

— ¿ te acuerdas de esa casa?

— claro que me acuerdo la veo cada vez que corro, ¿ que hay con ella?

— ¿ la quisieras ver de cerca?

— para ver algo que no puedo tener…

—¿Qué tal si la pudieses tener? — sin darme tiempo a responder salió trotando, le seguí casi sin aliento hasta su auto…

—¿ A qué te refieres?

—¿Confías en mí?

No se cuantas veces Alejandro me ha hecho esa pregunta y ni una sola vez he titubeado, moví la cabeza en un si, él tomó mi mano, abrió la puerta del pasajero para mi, se sentó a mi lado, y condujo fuera del parque dando vueltas hasta entrar al vecindario al otro lado del lago. Yo nunca había estado allí, pero me imaginaba cómo sería vivir allí, tener el parque como jardín, sería maravilloso. Las casas son más nuevas, y modernas. Otras, más antiguas y coloniales. Todas grandísimas, de esas que solo se ven en las peli, con mucho espacio a su alrededor rodeadas de árboles por doquier que en aquel entonces iban sin vestir, sus hojas todas caídas ya,

por lo que se notaban mucho más. Vivir en una casa así.

La carretera era bien curva, y el Volvo la manejaba como si la carretera fuese su chica, y el su amante, suavecito. Ale entró en una calle adyacente, que parecía más bien una entrada a una de las casas, y recientemente pavimentada. Se detuvo frente a una casa, y la reconocí de inmediato.

— ¿Qué hacemos aquí? —él no respondió, apago el auto, sus labios se curvaron en una mueca juguetona, y salió fuera y le seguí.

La casa se notaba había sido remodelada recientemente, las ventanas eran nueva, la madera recién pintada de amarillo pollito,

— la madera es nueva, la acabaron de instalar ayer— le apuntaba a el porche blanco que rodeaba toda la casa— espere al último momento, pero necesito tu aprobación para el interior,

—¿ de qué hablas Alejandro?

— es tu casa Cristina — me lanzó unas llaves y las tome antes de que estas tocasen el piso — salve la fachada, el interior… — aún le miraba con ojos confundidos, mi cejas elevadas, — es tu casa Cristi, la compre hace unos días al regresar por eso me viste en una comida con Ailen, la chica de bienes y raíces. Ni sabía nada de los chicos. Al momento que te vi, supe que no iba a ningún lado que tu no estuvieses, — ahí frente a la puerta de la casa, Alejandro se arrodillo en una sola rodilla… — ¿Te casarías conmigo?

22

CRISTINA,

Debí saber que algo me pasaba, algo raro, me levanté y me senté al lado de la cama, el desayuno me causó náuseas, luego la pequeña penita a mi costado pero lo ignoré, lo atribuí a mi período que estaba a la vuelta de la esquina. Me entretuve observando a mis hijos esperando por el autobús, Alexei hablando alborotadamente como nunca, desde que el padre se apareció en nuestras vidas es un niño cambiado, mas vivo, mas extrovertido. Iza es igual, solo rodeaba los ojos a lo que él decía, que personalidad tan fuerte tiene esta muchachita. La conozco y cada vez que Alexei mencionaba a su padre (aunque aún no sabe que es él) ella se sonroja, y me río porque sí que es verdad la psicología de que las hijas se enamoran de sus padres.

Ayer Alejandro me dio la sorpresa de mi vida, la casa que una vez quise, la compro para mi, para nosotros, para vivir juntos. Los cuatro. El solo pensarlo se me hace mantequilla las piernas. La casa es vieja, solo el jardín y la fachada de amarillo se pudo salvar, todo de ahí en fuera necesitara ser reconstruido, pero antes de que entrásemos a verla, me di vuelta para verlo en una rodilla con un anillo y esa frase — ¿Te casarías conmigo?

Un momento de silencio pasó entre nosotros, yo esperando que él dijese más, y él esperando un si. El fue el primero en hablar — no conozco el futuro, ni se lo que pasara, y me asusta igual que a ti, pero sé que te amo, y amo a mis hijos, seamos una casa los cuatro, por favor…

Le quería decir que si, no saben lo mucho que quería decir si, las ansias de rehacer mi vida con él, pero sentía que nos movíamos muy rápido, al parecer entendió porque se paró negó levemente la decepción pintada en su rostro,

—Te quiero decir que si, de veras que si— solté al fin tomando su rostro en mis manos, mis manos viajando por su cuello a su nuca trayendo a mi, sus brazos rodeándome en un abrazo,

—quizás tenemos que entender, o mejor yo— dijo— tengo que entender que no estamos hechos el uno para el otro, que esta historia la estamos forzando desde el inicio, que no está en nuestros destinos…

Lo que dijo lo sentí tan adentro de mi misma porque quizás él tenía razón porque tenía que existir una razón de que siempre estaba la hesitación, si fuese el hombre, si él fuese el gran amor de mi vida no existiría ni la mas mínima pizca de duda, el si saldría de mis labios sin ninguna hesitación.

Abrí la puerta dentro estaba todo como mi corazón vacío — la mande a derrumbar que sólo quedase la fachada, era un peligro… — habló detrás de mí,

—¿Es seguro? — di el primer paso, la fachada estaba apuntalada por dentro,

—Si, si no estuvieses aquí… tenemos… bueno, tienes una cita con el arquitecto para decidir qué se hará con el resto,

Asentí pero con la misma di un paso atrás me volví a él, —¿te puedo hacer una pregunta?— espere a verlo asentir — ¿eres tú el donante anónimo de la clínica de bajo recursos?

Cerró los ojos — Si, ¿que me delató?

— que van a construir una sala apta para cirugía y emergencia

Nos como pasó el resto, una gota de lluvia, luego otra a la que le siguió un torrencial, corrimos al auto, no se si fue la adrenalina, pero al entrar al auto comenzamos a besarnos con pasión, lujuria, las tormenta y lo alejado del lugar dándonos la privacidad necesaria

—sabes que nunca lo hemos hecho en un lugar público— su voz salió entrecortada, y el resto es historia, nuestra ropa desaparecía, nuestras manos frenéticas exploraban uno al otro, ahí en el asiento trasero de su Volvo lo hicimos como si fuésemos chiquillos de escuela.

Otra vez la punzada a mi derecha me trajo al presente, un poco más fuerte que la anterior me agarre de la meseta, inspire, y poco a poco el dolor paso.

— ¿ estás bien mami? — Iza me preguntó, asentí y sonreí, no quería que notase que nada malo pasaba.

Los acompañe a la parada del autobús como cada Miércoles, mi vecino nos observaba desde su balcón saludo extendiendo la taza de café, Alexei brinco otra vez le señaló a su padre con el pulgar extendido, y una sonrisa de felicidad que quizás nunca había visto en mi hijo, Iza escondió su sonrisa en sus manos—es tan lindo — dijo, y no tuve más que darle la razón porque aun con cara de mañana se veía veía increíblemente bien

La punzada volvió, con mucha más intensidad, dejándome sin aire, me doble en dos con mis manos reposadas en mis rodillas, eso no era mi periodo, el sonido de un camión en la distancia, mis visión nublada, los ojos húmedos, — ¿mami estas bien?

Una mano que me estabiliza — ¿Cristina?

— tienen que ir a la escuela — dije aun con ojos cerrados, luche contra el dolor los abrí, sonríe aunque el dolor agonizante quisiera partirme en dos, los niños entraron al camión escolar con miradas de preocupación, este se marchó y solté todo el aire de mis pulmones,

— no me gusta que tomen el autobús a la escuela, — lo mire como diciendo, ¿ en serio Ale? y me dispuse a volver a la casa pero al primer paso casi me caigo — ¿ Cristina qué te está pasando? ¿ Dónde te duele? ¿Puedes caminar?— No dejo que respondiese, me tomo en brazos como a una novia, y me llevo a cuestas hasta mi puerta— joder estas sudando, ¿ donde te duele? — repitió,

— derecho— logré murmurar

Me situó en el sofá con mucho cuidado, extendió sus manos delante— necesito examinarte, — es solo mi periodo,

— nunca te daba así tan mal, ¿ eso es algo nuevo?

Él tenía razón, tenía la increíble suerte de tener períodos ligeros y sin dolor. Sentí náusea moví mi brazo al frente en señal de que necesitaba que se moviese o le vomitara encima, no se quito lo suficiente rápido, el vómito salió de mi boca tomándome desprevenida.

— tu camisa

— olvida la camisa — levanta tu blusa, así lo hice al momento que sus dedos tocaron mi piel blanda, — tenemos que ir para el hospital— toco mi frente, sabía que estaba ardiendo—

— necesito cambiarme,

— No hay tiempo, ¿cuánto tiempo llevas con dolor?

Mordí mi labio inferior — desde la madrugada… lo que no es tan fuerte…

— joder Cristina… tenemos que ir al hospital ya.

23

ALEJANDRO

No, no se acabaría así. Tome a Cristina en mis brazos, —¿Dónde está tu móvil? — pregunte… a lo que ella señalo con un gruñido, la mirada ausente, sus labio inferior entre sus dientes, se sostenía el abdomen como si le golpearan por dentro. A una esquina donde el artefacto yacía boca abajo sobre la meseta lo vi, la intenté tomar en mis brazos, pero se rehusó

—Puedo…. —hizo una pausa, cerró los ojos —Caminar,

—No es el momento para discutir—la rodé de la cintura con mi brazo, mi mano bajo su trasero, sus piernas rodeando mi cintura en instinto, sus brazos rodeando mi cuello. Camine con ella hasta mi cochera, y la acomode en el asiento pasajero del auto.

—No llevas zapatos, ¿conducirás así?

Ni caso le hice salir de la cochera volando, ni siquiera sé si cerré la puerta, mi único objetivo era llegar al hospital lo más pronto posible, conduje como un loco evadiendo el tráfico de la mañana, Cristina se volvió en el asiento —Ale detente… creo que voy a volver a vomitar… — al vi tapándose la boca con una mano,

— Vomita no importa, — sus ojos me miraron con terror, pero una arcada le gano, y devolvió por la boca ensuciando todo el tapizado del volvo, sostuve su nuca mientras conducía con una mano.

El tráfico se detuvo,

—Sostente… — le advertí, me salí de la fila y conduje por el contén, con esperanzas de que no me parara la policía, ella se repuso en el asiento, aproveché para pedirle a mi sistema del auto que llamase a Amy, — joder contesta… — al cuarto ring lo hizo,

— ¿Ale?

—Llevó a Cristina con una apendicitis aguda, preparen el quirófano…

Sin más corte la llamada. Logré incorporarme otra vez, sin que la policía interviniera tome la salida de camino al hospital, y me di vuelta a observar, ella se sostenía el estómago sus ojos cerrados, el flequillo de la frente pegado contra la frente, la toque ahí retirándose, estaba sudada…

—No quiero ni pensar como me veo, — dijo… — como la muerte

—No digas eso — le reclame mi voz severa…

—Sabes de lo único que me arrepiento,

Me costó preguntar, aproveché nos paraba una luz para encararla, me sorprendió verla mirarme, sentí mi garganta seca—¿Qué?

Inspiró tomo mi mano entre las suyas, la llevó a sus labios y la beso un beso, —quiero casarme contigo si la oferta un esta… decirte que no es lo que más me arrepiento,

Los ojos se me llenaron de lágrimas no quería pensar que era la adrenalina hablando por ella, ni que quizás cuando todo pasase se iba a olvidar de lo que acaba de decir, pero la quería, la necesitaba tanto, un pitazo detrás nuestro, y un quejido de sus labios me hizo volver a la situación actual.

Al llegar la hospital aparque, y sin siquiera apagar el auto, fui a su puerta, la ayude a bajar, al salir casi se cae, la tomé en mis brazos otra vez, y corrí con ella a la entrada de emergencia,

— Ale. — Amy nos recibió — desde aquí la tomamos nosotros…

— No,

Ella solo asintió, suspiro, alzó los brazos con la intención de desatar a Cristina de mí, me miró de arriba abajo, yo sabía lo que ella veía, llevaba pantalones de dormir, y una camiseta de mangas cortas con una mancha de vómito que ni sé cómo llegó ahí. Note que traía con ella una silla para inválidos, la ayude acomodar a Cristi, se le veía muy mal, retire su cabello húmedo de sudor de su rostro, y bese su frente — vas a estar bien, de eso me encargo yo,

— ¿Cuándo fue la última vez que condujo una apendicectomía Dr. Cortez? — la voz venía de mi lado— Vivían Cortado, Cirujana general— se introdujo la extraña,

Si lo admitía no hacía mucho que lo hacía, solo en los primeros años de mi carrera como cirujano, eran de esas tareas que había que quitar de la lista pero que no me llamaban la atención.

—Además, no tienes licencia de Carolina del Sur — explicó Amy, — por favor— sus manos sobre las mías que ni notaba aguantaba el pasamanos de la silla con los nudillos

— quiero observar

No me importo las miradas raras que me dieron los pasantes de cirugía, ni que quizás olía a mierda, pero no deje de quitarle el ojo a la cirujana, a través del vidrio debo decir, no me dejaron entrar al quirófano.

Vivían es una experta en lo suyo, en una hora, quizás un poco más tenía a Cristina saliendo de la anestesia.

—Hoy no es día para que Ana recoja a los chicos a la escuela… estará un poco aturdida, le tomará salir de la anestesia, y quizás querrás bañarte.

Se lo que eso significaba, suspire…

— va a estar bien — continuo— es mi mejor amiga, no dejaré que nada le pase, además, tengo consulta y pacientes citados sino yo iba, Cristi es la que usualmente cubre por mí, imagina.

Fui a casa en tiempo récord, me quite las ropas apestosas, las lanzó en la basura, me duche en tiempo récord, y volví al hospital, todavía faltaba horas hasta la tarde para recoger a los chiquillos de la escuela, no podía estar ni un solo minuto sin ella.

Abrí la puerta de la habitación en el hospital notando que no era una habitación privada,

— ¿Por qué no está en una habitación privada?

Cristina se veía mucho mejor, ya había salido de la anestesia, pero aun dormía, el color comenzaba a volver a sus mejillas, tomo su mano entre las mías, y en ese justo momento Vivían entró, — sé que ya viste todo, pero, aun así, tengo que legalmente explicarle, la cirugía fue un éxito de mínimo acceso, no hubo perforación, estará de vuelta a su vida normal en una semana, quizás menos.

Sus ojos me miraron de arriba abajo, asentí, le agradecí — hazme un favor, muévanse a una habitación privada antes de que despierte,

— ¿Estás seguro de eso? -- Amy acababa de entrar, ¿cómo hacía para siempre estar donde no la llamaban? Va a tirar un berrinche,

— ¿Por qué? — evito mi mirada — el costo.

Debí saber, por supuesto, el costo…

— a la mierda los costos… ¿sabes cómo es?

— haz lo que te pido, voy a por un café, ¿quieres algo?

— no gracias…

Me volví en el último minuto, aprovechando que Vivían había salido, —¿estás bien? — sabía lo que el hijo de puta de Andrew había hecho, ella suspiro,

— ¿Y a ti qué te importa?

— quizás no he sido la mejor persona estos últimos años, pero no soy un monstruo,

— he estado mejor, pero de todo se supera… —salí al fin, quise decir mucho más, pero ¿quién era yo? Mi vida personal no es un ejemplo a seguir.

Fui a la cafetería del hospital, compré un café, y un emparedado, la larga fila para pagar me irritó, pero me mantuve cordial, pagué, y salí corriendo.

Al regresar di un pequeño golpe a la puerta, la abrí y entré, la habitación tenía un contraste completo a la anterior, mucho más amplia, cómoda, y con privacidad. Un gran sillón en la esquina llamaba mi nombre. Sus ojos se abrieron al momento que pase por su lado como si mi presencia fuese algo que pudiera intuir, intentó sentarse en la cama, fui a ella, y con una mano extendida le ordene —no te muevas, ¿cómo te sientes?

—Golpeada — pero sonrió — gracias por traerme

—No hay nada que agradecer, — ¿cuántas veces tendría que decirle que no hay nada que agradecer? — ¿Necesitas algo?

—Me pasas el agua, tengo sed — así lo hice ella hizo el intento de tomarla de mis manos — no estoy invalida, — me dijo, — pero aun así me acomode en la cama a su lado, y le acerque el pitillo a la boca, a lo que ella rodeo los ojos, pero acerco sus labios y tomó,

—¿Has tenido algún síntoma? ¿Náusea?

— Un poco va y viene,

— ¿Vomito?

— No, gracias a dios no, más bien tengo un poco de hambre, ¿cuándo puedo irme a casa?

— Vivían quiere tenerte aquí hasta la mañana —hecho que me alegraba, la cirujana y yo pensábamos muy parecido porque yo la prefería aquí por si alguna complicación, que no quiera dios, pero si pasaba, la quería aquí. Cristi de seguro no pensaba igual que nosotros porque puso mala cara arrugando los labios en una mueca

— ¿Y los niños? Hoy es el día libre de Ana, sabrá dios qué planes ya tiene,

— Bajo control, están en casa

—¿Cómo? La escuela aún no termina, Amy tiene la agenda llena,

—Están con Ana,

— Ale

—Digamos que no me puedo concentrar con los chicos en la escuela, y soy muy bueno convenciendo

—Bueno con los verdes — dijo sonriendo,

—Eso también, — quería aprovechar que sonreía para preguntarle si recordaba lo que había dicho en el auto horas antes, pero la conversación la interrumpió un toque a la puerta, el recién llegado entró antes de que se le dijese adelante, y eso me irrito, llevaba un gran ramo de rosas blancas en un búcaro transparente de esas que están en todos los centro comerciales, caras, pero aun así genéricas, sus ojos iban de Cristi a mi sentado a orillas de su cama con cierto interés en la mirada. Cristi hizo el intento de acomodarse, alejarse de mí, ni había notado que nos habíamos

acercado tanto.

—Sam… ¿para mí? —preguntó ella al recién llegado, él asintió, Cristina le indico donde dejarlas.

El desconocido me ofreció la mano, y la tomé en un apretón fuerte —Doctor Carrera

No sabía cómo debía introducirme, pero al fin decidí ir con lo más formal, — Doctor Cortez

El hombre pestañeó y sé que detrás de mí Cristina rodeaba los ojos, —Es usted, oh… doctor Cortez… — ahí comenzó a listar mi completo currículum vitae —se escucharon rumores de que serias el nuevo director en jefe de cirugía en la capital,

Cerré los ojos porque ese pequeño detalle nadie lo sabía, menos Cristina a la que podía sentir su incomodidad llegando a mí, la única persona que podía culpar por ese mal entendido era Edel,

—Solo rumores — respondí — no soy tan eminencia como se me cree,

—Oh no,

Ahí comenzó a listar a la lista de celebridades que han estado en mi mesa de operación. Oh Edelito no podrías callarte la boca por una vez en tu puta vida me lo imaginaba llamando a todos sus conocidos cuando le llegó la noticia de la posición, el segundo al mejor sin este tuvo el camino libre…

—En la vida hay cosas más importantes — mire a Cristi a los ojos — mucho más importantes que una excelente posición de trabajo, — el hombre solo asintió, y por primera vez noto a la convalida,

—¿Cómo te sientes?

—He estado mejor — este solo asintió y volvió a mirarme…—pase el brazo por el cuello de Cristina, a la mierda no me gustaba como la miraba, y para mi sorpresa ella se inclino a mi, su mejilla reposando en mi pecho.

El hombre parece que se notó de repente en un campo de batalla porque se paró más erguido, puso sus manos en las caderas, me causo gracia porque no debería de existir ni la menuda duda, ni la inseguridad, porque no había competencia, ella podría decir una cosa, pero su lenguaje corporal daba otra imagen. Ahí recostada, calentita, y cómoda a mi lado inclinada hacia mí.

—el sábado, ¿asumo que tendremos que cancelar? —le pregunto el,

Sí que tenía agallas el individuo este para preguntar cuando era más que obvio que ella era mía.

Me volví a Cristi que solo negó rodeando los ojos como diciendo por favor no armes una escena,

— Sam muy amablemente — comenzó a explicar ella— me invitó a una gala donde van a estar muchos donantes, pero — hizo una pausa, inspiro tomando aire, hablar le dolía, y este hijo de puta continuaba molestando, me conocía tan bien que me miró negando así bajando la presión a mi molestía — eso ya se resolvió, la clínica va a los cincuenta vientos… hasta la sala de cirugía tendrá…

Ahí me volví a mirar al hombre en sí, mi sonrisa le gritaba: *¿a ver usted puede construir un hospital? ¿No?, oh que malo.*

— hoy es miércoles —insistió él— el sábado lo más probable es que te sientas mucho mejor… ¿fue el mínimo acceso...? ¿verdad?

Oh a este a qué jugaba,

— Vivian la tiene en descanso absoluto — mentí

— ¿En serio?

— Si, dos semanas… — añadió ella siguiéndome la corriente,

El tipo al final se despidió, y me volví a Cristina ella habló primero, — gracias, no quería herirle.

—Te voy a hacer una pregunta, y quiero que me respondas honestamente, ¿lo que … que dijiste esta mañana o eso fue gracias a la circunstancias o porque de veras ….

— ¿Qué dije? — me pregunto, cerré los ojos, y juro sentí como mi mundo se caía, la última de las esperanzas se morían, ella y yo, nada concreto iba a pasar, teníamos una química sexual increíble, pero de ahí en fuera estaba perdiendo mi tiempo,

—Es broma… — se apresuró a decir — debiste ver tu rostro, por supuesto que me acuerdo y no lo dije gracias a las circunstancias, sacrificaste tu carrera para volver aquí — se acercó besó mi nariz — y no te voy a mentir me aterra el futuro, pero me aterra un poco menos sabiendo que estás ahí a mi lado,

Bese su frente levemente… inhalo el olor de su piel con la punta de la nariz, mis labios bajaron por su cuello dejando besos, me sentía, su cuerpo se arqueaba, sus manos fueron a enredarse ahí en la parte más baja de mi nuca, mire sus labios entreabiertos, deseosos de los míos no la hice esperar, mis labios se cerraron los suyos mientras mis manos buscaban en mi bolsillo, tome su mano, aproveche estaba entretenida para deslizar el anillo en su dedo…

— te prometo que seré el mejor padre… amigo, esposo… mi corazón sangra cuando no te escucho, cuando no te veo, cuando no te siento, eres mi vida entera, y siempre lo has sido. Te amo tanto Cristina Rojas… pronto Señora de Cortez… Este es solo el comienzo corazón, las próximas páginas no se han escrito todavía, y aunque sé que no todo será felicidad, siempre que terminemos los días juntos, que en las noches esté ahí para abrigarte, nada importará.

Bese ambos ojos llenos de lágrimas…

— te amo— le escuché susurrar antes de caer rendida en mis brazos.

Epilogo

CRISTINA..

Me equivoque, lo admito, y es algo con lo que tendré que vivir toda la vida. Gaste muchísimo tiempo, y no fue justo. Nunca se lo he dicho pero mientras lo observo dormido a mi lado a veces las lágrimas corren de mis ojos a la almohada, pero no de tristeza sino de felicidad porque Alejandro resultó ser el mejor padre, y esposo que en mi vida pensé sería.

Han pasado ya dos años desde que regresó a nuestras vidas.

Mañana es un gran día porque nos mudamos al fin a la casa del lago. Nos tomó tanto tiempo arreglarla porque ambos teníamos otros proyectos, yo terminé aceptando la posición como directora en la clínica para personas sin recursos.

Un benefactor anónimo donó los recursos para añadir una sala de cirugía al local, y Ale tomó el puesto de director de cirugía.

Decir que con dos hijos, trabajos, y restauraciones hemos estado ocupados es poco.

Se da vuelta en la cama me nota despierta extiende una mano a mi vientre…

—¿estás bien? ¿No puedes dormir?

— estamos bien… — pongo mi mano sobre la suya… y como si nos sintiese la personita que llevo dentro nos da una patada… Aun no sabemos si es niña o niño, decidimos no querer saber, queremos que sea una sorpresa. Se acerca más a mi, me besa en los labios, un beso que comienza casto pero que se convierte apasionado, su mano de mi vientre baja a por mis muslos, y mi pulso se acelera…deja mis labios para bajar, lento, primero mi cuello, entre mis pechos… hasta llegar a mi vientre acunar la barriga con ambas, la besa… y susurra… — deja a tu madre dormir…

Y sonrío, porque si fuese así de fácil.

— quiero hacerte el amor … — dice pero mira detrás suyo a las dos personas esparcidas en la cama… de una manera u otra casi siempre terminan en la cama con nosotros, y esta noche mucha más cuando es nuestro ultimo día en esta casa. Me levanto rápido… a lo que él sonríe… — dame cinco — el guiño… él sabe a donde me dirigió… al closet de las lavadoras…

Antes de cerrar la puerta lo observo, se cree solo con sus dos criaturas como le quita el pelo de la cara a Iza, y le acomoda la colcha, besa a ambos en la frente, y… joder verlos así me aprieta el corazón porque perdí tanto tiempo, les hice perder tanto tiempo. Y Ale es creo que el mejor padre que puede ser dada las circunstancias…

No llego ni a la escalera cuando me alcanza encerrándome entre la pared y el…

—Dime otra vez que me amas —dice…

— Nunca te cansas,
— Nunca…
— Te amo — le beso… tímida, su boca atrapa la mía y vuelve el beso intenso…
— Mia siempre…
— Siempre…